



La Relevancia de la
Reforma Protestante
para la Iglesia Evangélica en Colombia
en el Siglo XXI

Christopher M. Hays

para la Denominación Eclesiástica Iglesias Evangélicas del Caribe - AIEC

La Relevancia de la
Reforma Protestante
para la Iglesia Evangélica en Colombia
en el Siglo XXI

Conferencias de la 58ª convención pastoral
de la denominación AIEC

Christopher M. Hays

*Dedicado a los pastores de la AIEC,
especialmente a los que colaboran en el proyecto de la FUSBC*

*“La misiología integral y el florecimiento humano de las personas
en condiciones de desplazamiento interno en Colombia”:*

*Pedro Ramón González Yanes
Olger Emilio González Padilla
Deiner José Espitia Díaz
Alberto Elías Martín Díaz
Jesús Alfonso Laza Bermejo*

La relevancia de la Reforma protestante para la iglesia evangélica
en Colombia en el siglo XXI / Christopher M. Hays
© AIEC, 2017.

Las citas bíblicas han sido tomadas de la *Nueva Versión Internacional* ©1999 por
las Sociedades Bíblicas Unidas.

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de este li-
bro por cualquier medio visual o electrónico sin permiso escrito del autor. Escanear,
subir o distribuir este libro por Internet o por cualquier otro medio es ilegal y cas-
tigado por la ley.

La imagen usada en la portada de este libro es de dominio público.

Tomada de <https://pxhere.com/ko/photo/1190426>

Publicado y distribuido por
AIEC, Colombia
Calle 32 No 15-148 Avenida Alfonso López
Sincelejo, Colombia
www.iglesiasaiec.org

Diseño de portada: Esdras Vergara Flórez
+573126200266- esdras974@hotmail.com
Sincelejo- Sucre

Categoría: Religión, Cristianismo, Teología Cristiana.

ISBN: 978-958-59251-3-7
Impreso en Colombia

Contenido

Contenido	iii
Agradecimientos	v
Capítulo 1: <i>Sola fide</i> y <i>sola gratia</i>	1
1. Notas biográficas sobre Martín Lutero	2
Martín el monje	2
Las indulgencias y las 95 tesis	4
La Experiencia de la Torre y la justificación por la fe	9
2. <i>Sola fide</i> : malentendidos de la doctrina de la salvación solo por la fe	14
<i>Sola fide</i> no quiere decir “Fe en mi lectura de la Biblia”	18
<i>Sola fide</i> no quiere decir “Fe en la fe”	18
<i>Sola fide</i> en <i>solī Christo</i>	22
3. <i>Sola gratia</i>	23
Un problema: Santiago 2:24 y la soteriología de Pablo	24
Más allá de <i>sola fide</i> , <i>sola gratia</i> y las buenas obras	26
Obras y salvación en Pablo	34
4. <i>Simul iustus et peccator</i> : simultáneamente justo y pecador	40
Una advertencia en contra de la soberbia y la piedad falsa	41
Un recordatorio de nuestra necesidad de apoyo	45
Un ministerio pastoral más eficaz	47
Capítulo 2: <i>Sola Scriptura</i> y el Espíritu Santo	53
1. ¿Qué es la verdad?	53
2. Aportes de la Reforma a la epistemología evangélica: <i>Sola Scriptura</i>	55
Escritura y tradición en la Reforma Protestante	55
La razón y los reformadores	62
<i>Prima Scriptura</i>	71
	iii

Contenido

3. ¿El Espíritu Santo y la Reforma?	72
Lutero y el Espíritu Santo	73
El Espíritu más allá de la Reforma: aportes desde movimiento pentecostal	80
4. Epistemología y los Hechos de los Apóstoles	85
La conversión de Cornelio: Hechos 10-11	85
El Concilio de Jerusalén: Hechos 15	93
5. Conclusión	99
Capítulo 3: <i>Semper reformanda</i>	103
1. Identificación no crítica de la Iglesia con el gobierno	105
El Estado y la Reforma	105
El Estado en la Biblia	109
El Estado y la Iglesia en el siglo 21	112
2. Falta de amor en las disputas doctrinales	117
Disputas e insultos durante la Reforma	118
Aportes desde el Nuevo Testamento	120
Relevancia para Colombia	123
3. Aceptación de la violencia	126
La violencia de la Reforma	126
La violencia y la Iglesia de Colombia	129
Capítulo 4: <i>Soli Deo gloria</i>	135
1. <i>Soli Deo gloria</i> en la Reforma	135
Un “no” a la glorificación de los humanos	135
Un “sí” a la supremacía de Dios: la supremacía y soberanía de Dios en Calvino	137
2. <i>Soli Deo gloria</i> hoy	143
Un “no” a la glorificación de los humanos	144
Un “sí” a la supremacía de Dios en la vida y el ministerio	153
Bibliografía	167
Notas	171

Agradecimientos

Este libro recopila las conferencias presentadas por el autor en la ocasión de la 58ª convención pastoral de la denominación AIEC, en la ciudad de Sincelejo, del 4 al 7 de julio de 2017. Dado que 2017 marca el 500º aniversario de la Reforma protestante, el liderazgo de la AIEC me invitó a compartir sobre el tema de la Reforma y su relevancia para el ministerio de la denominación AIEC en el siglo 21.

Me sentí honrado por la invitación (y por la oportunidad de enseñar al lado del Pastor Diego Cardona, mi co-conferencista), pero a la vez inadecuado para la tarea, dado que no soy ni historiador de la iglesia, ni pastor, ni miembro de la AIEC, ni siquiera colombiano. Soy más bien profesor de Nuevo Testamento en la Fundación Universitaria Seminario Bíblico de Colombia (FUSBC) en la ciudad de Medellín, anglicano carismático por denominación y estadounidense por nacionalidad. Pero he tenido el gran privilegio de enseñar a muchos seminaristas de la AIEC y además de aprender de la pericia y experiencia de varios pastores de la denominación, los cuales están colaborando con un proyecto de la FUSBC sobre cómo la iglesia evangélica puede responder al flagelo del desplazamiento forzoso en Colombia. Como tal, aunque estas conferencias no pretenden ser la postura oficial de la AIEC, son la ofrenda de un hermano que siente profunda admiración y aprecio por la denominación.

Dado que no soy historiador de la iglesia, mis reflexiones sobre la historia de la Reforma resucitan los esqueletos intelectuales de mis

estudios de posgrado, y también recibieron un impulso fuerte de la impresionante obra panorámica de Patrick Collinson, *The Reformation: A History* (New York: Modern Library, 2006); he buscado reconocer mis deudas intelectuales a Collinson en las notas bibliográficas del libro, pero además vale la pena resaltar su influencia desde el comienzo del texto. El otro libro más vital para la formación del texto actual fue *Nuestras 95 tesis: a 500 años de la Reforma*, editado por Alberto García y Justo González (Orlando, FL: Asociación para la Educación Teológica Hispana, 2016); esta compilación de monografías redactadas por unos de los mejores teólogos latinos me ayudó en cierta medida a superar algunas de mis limitaciones culturales como gringo. Pero la experiencia latina en los Estados Unidos es bien distinta a la vivencia del pastor evangélico colombiano, de modo que le incumbe al lector reflexionar en qué medida los aportes de García y González cuadran con la realidad de la AIEC.

Estoy endeudado también con el Pastor Wilcar Martínez, mi talentoso asistente de investigación, quien editó este libro y rescató a los lectores de una multitud de errores que el autor angloparlante ha cometido. Yaily Gambín, seminarista de la AIEC, realizó la diagramación del libro, y ansío los días venideros cuando la joven teóloga redacte sus propios libros para la denominación. Aprecio a la FUSBC por haberme brindado el tiempo necesario para redactar estas conferencias y publicarlas. Finalmente, agradezco a los pastores Miguel Augusto Bedoya Cárdenas y Lácides Julio Hernández Álvarez por haberme invitado a servir de conferencista en la convención y por haber respaldado la publicación de este volumen delgado. Que sea un pequeño apoyo a la obra hermosa de los pastores de la AIEC, para que Dios siga siendo glorificado por esta rama honrada de su Iglesia.

Capítulo 1

Sola fide y Sola gratia

La doctrina de la salvación en la Reforma

Hans Luder era un minero del cobre, trabajando en Sajonia en el siglo 15. Su esposa, Margarethe, dio a luz a su primer hijo el 10 de noviembre del 1483, y Hans, un hombre ambicioso, estaba comprometido con la formación académica de este hijo mayor, para que él pudiera contribuir al avance social de la familia. Entonces el hombre invirtió dinero para educar a su hijo en los mejores colegios, una experiencia que el hijo, en los años siguientes, recordaría como ¡una vivencia del purgatorio y del infierno! No obstante su actitud negativa hacia la educación, el joven Luder entró en la universidad de Erfurt a la edad de 17 años, y al año siguiente terminó su pregrado. Después de tres años más, terminó su maestría, y en el invierno de 1505 se había matriculado para estudios doctorales con el plan de volverse abogado y entonces cumplir con los sueños de su padre. Pero una tempestad y un rayo interrumpió sus planes.

Después de una visita a la casa de sus padres, en el camino de regreso a Erfurt, se desató una tormenta eléctrica salvaje y el temor comenzó a hervir en el pecho del joven estudiante doctoral. De repente cayó un relámpago bien cerca del joven, y en la lluvia de chispas él gritó a la santa patrona de los mineros, esperando que la santa que supuestamente había protegido la vida de su pa-

dre le rescataría a él, “*Hilf du Sankt Anna, ich will ein Mönch werden!* ¡Santa Ana, auxilio! ¡Me vuelvo un monje!”

Pues, no murió. Y cuando sobrevivió, se sentía obligado por voto a cumplir con su promesa, aunque él mismo no quería hacerlo y aunque enfureció a su padre. Entonces el joven vendió sus libros, salió de la universidad, y entró al llamado Claustro Negro agustino. El hijo de Hans Luder suponía que esta decisión marcaría el final de su vida en el mundo, de modo que se despidió de sus amigos en el portón del Claustro Negro diciendo, “Hoy me ven, y después, jamás me verán de nuevo.” Y así los monjes agustinos ganaron otro novato, el precoz Martin Luder, conocido en el mundo de habla hispana como Martín Lutero.

Notas biográficas sobre Martín Lutero

Martín el monje

Lutero entró al monasterio con algunos problemas espirituales, radicados en la mala teología que había aprendido como niño. En particular, sufría de una mala teología de la salvación, una mala *soteriología*. Aunque la doctrina oficial de la Iglesia Católica siempre había sido que uno se salva solamente por la aplicación del perdón de pecados a través de la muerte redentora de Jesús, los profesores de teología saben bien que lo que es la doctrina oficial de la denominación no siempre es lo que los pastores predicaban en los púlpitos. Así siempre ha sido, y efectivamente ese fue el caso en el siglo 16. En la práctica lo que se predicaba en los púlpitos católicos del siglo 16 era la importancia del arrepentimiento y del *esfuerzo* para mortificar los deseos pecaminosos. Ellos no buscaban consolar sus audiencias con la compasión de Dios, sino que ani-

maron sus congregaciones a huir del pecado, aún si uno ya había sido bautizado, para no incurrir mucho tiempo en el *purgatorio*.

A veces los evangélicos no entienden bien la doctrina católica del purgatorio, entonces cabe brindar una introducción breve al concepto. El purgatorio no se debe confundir con el infierno. El infierno es, según la teoría católica, el destino para las personas no salvas, para personas que no han sido bautizadas. El bautismo perdona todos los pecados por medio de la aplicación de la gracia de Jesús. Pero para las personas salvas, que siguen pecando después de su bautismo, se hacía énfasis en la importancia de purificarse de los pecados cometidos después del bautismo. Esta purificación se daba en particular a través del *sacramento de la confesión*. Uno confiesa sus pecados al sacerdote, expresando su arrepentimiento por estos pecados, y el sacerdote pronuncia el perdón de Dios y asigna *penitencias* a la persona, idealmente para seguir expresando su arrepentimiento y, como una forma de *disciplina espiritual*, para sanar las consecuencias dañinas del pecado en la vida de la persona o en su relación con el prójimo y para continuar contribuyendo a la purificación de la persona. Pero, en el caso de que el proceso de purificación sea inadecuado durante la vida, se suponía que la persona no podría ir directamente al cielo (porque Dios no aguanta nada pecaminoso ni impuro), pero la persona tampoco tenía que ir al infierno (porque ya había sido perdonado de sus pecados, no obstante el proceso incompleto de su purificación). Así, los católicos enseñan que el alma del difunto pasa al purgatorio para terminar este proceso de purificación, y después eventualmente entra al cielo.

Sucede que el joven monje Lutero era muy sensible y autocrítico, de modo que quedó profundamente preocupado por sus

impulsos pecaminosos. Consecuentemente, se disciplinaba con ayunos, largas horas en oración, peregrinajes y confesiones frecuentes. Además, se sentía atormentado por el diablo, de modo que, dentro de su celda, denunciaba a Satanás con palabrotas y groserías atroces, mientras tiraba su propio excremento hacia la aparición diabólica que le afligía. (Y dado que los monjes tienen que hacer aseo en el claustro, ¡supongo que Lutero mismo tendría que limpiar las paredes cuando llegaba la mañana!).

El director espiritual de Lutero era un reconocido académico y predicador llamado Johann Staupitz, quien de pronto sembró algunas de las semillas de la Reforma en el corazón de Lutero. Staupitz buscaba comunicar a Lutero que el propósito del arrepentimiento no es ganar el amor de Dios para el hombre; al contrario, el arrepentimiento busca cultivar nuestro amor para Dios. (Esta enseñanza de pronto era el fruto de la enseñanza de San Agustín, el patrón de la orden a la cual Lutero y Staupitz pertenecían). Además, Staupitz reconoció la mente impresionante que Lutero tenía, de modo que lo animó a volver a sus estudios, esta vez dedicándose a la teología. Así, en 1512 Lutero recibió su doctorado de teología, haciéndose el sucesor de Staupitz en la universidad de Wittenberg.¹

Como profesor, en 1512 Lutero comenzó a dictar clases sobre los Salmos, después pasó a Romanos, luego a Gálatas, después a Hebreos y en 1519 volvió a enseñar sobre los Salmos, momento en el que experimentó una epifanía teológica (la cuál explicaré a continuación). Pero en este tiempo, algo estaba sucediendo que despertó la rabia del joven teólogo: la venta de indulgencias.

Las indulgencias y las 95 tesis

Para entender las indulgencias, tenemos que volver a nuestra discusión previa sobre la doctrina del purgatorio, y explicar un concepto adicional que se llama la “Tesorería de méritos”. Según la enseñanza católica, existía más que una sola manera de disminuir la cantidad de tiempo que uno tendría que pasar en purgatorio para realizar la purificación del alma. En cierto sentido, se consideraba posible aplicar a su “cuenta espiritual” un crédito de la Tesorería de Méritos. ¿Entonces qué es la Tesorería de Méritos? Los Evangelios hablan de acumular tesoros en el cielo (p. ej. Lc. 12:33-34), y estos textos fueron la base para el desarrollo de la doctrina de la Tesorería de los Méritos. La idea básica era que las buenas obras acumulan tesoros en el cielo, y esta acumulación de tesoros celestiales se denominaba “la Tesorería de Méritos”. El primer y más importante depósito en esta Tesorería de Méritos era el mérito del sacrificio de Cristo. Pero se suponía también las buenas obras de los santos contribuían a la acumulación de la Tesorería de los Méritos.

¿Y qué se puede hacer con esta Tesorería de méritos? Puesto que Pedro, según el Evangelio de Mateo, lleva las llaves del cielo, se suponía que él—o su sucesor, el Papa—tiene la autoridad de disponer de esa tesorería. Entonces, si el Papa quiere, él puede aplicar una parte de los “fondos” de la Tesorería de los méritos al alma de alguien en el purgatorio, o a la cuenta espiritual de alguien que iría al purgatorio. Y así, dependiendo de cuantos méritos se decide aplicar al alma, uno podría disminuir o completamente eliminar todo el tiempo que uno tiene que pasar en el purgatorio. Entonces surge la pregunta: ¿bajo cuáles circunstancias aplicaría el Papa la Tesorería de Méritos a la “cuenta” de una persona?

El Papa teóricamente se podría convencer a aplicar la Tesorería de Méritos a alguien que había hecho alguna buena obra, por ejemplo, un peregrinaje a un sitio sagrado. Después de un rato alguien concluyó que de pronto también se podría justificar la aplicación de una indulgencia a alguien que había hecho una donación a la Iglesia. Con base en ese paso lógico, eventualmente se llegó a comercializar las indulgencias. Cuando la Iglesia tenía que financiar un proyecto—por ejemplo, la construcción de un catedral o una cruzada—podía mandar representantes a los pueblos y vender indulgencias. Una persona donaba dinero a la Iglesia, y a cambio la Iglesia aplicaba la Tesorería de Méritos a su cuenta, así disminuyendo o eliminando el tiempo que tenía que pasar en el purgatorio. Esto llegó a ser muy feo. El ejemplo clásico del abuso de indulgencias se encarnó en un hombre llamado Johann Tetzel, quien andaba con una cajita, vendiendo indulgencias y ganando una comisión altísima, equivalente al sueldo de 20 profesores.² Tetzel se hizo famoso por su cancioncita publicitaria que resalta cuánto había comercializado y tergiversado la doctrina de la tesorería de los méritos. Él cantaba, “Tan pronto caiga la moneda a la cajuela, el alma del difunto al cielo vuela”.

La gente tenía tanto miedo del purgatorio que ellos comenzaron a comprar muchas indulgencias, y con frecuencia descuidaban los pobres como resultado. Además, personas ricas malvadas pensaban que ellos podrían comprar indulgencias y después seguir pecando. Todo esto dio rabia a Martín Lutero. Él quería enseñar que uno no puede manipular a Dios para conseguir el perdón. Entonces él comenzó a elaborar contraargumentos para repudiar a Tetzel. Inicialmente, en sus argumentos sobre las indulgencias, Lutero no estaba rechazando la idea del purgatorio, ni el sacra-

mento de la confesión, ni la idea misma de las indulgencias, sino solamente los abusos de personas como Tetzel. Lutero reconoció que Tetzel había tergiversado la práctica inicial de las indulgencias, y Lutero anticipaba que sus líderes estarían de acuerdo con Lutero mismo, en contra de Tetzel. Entonces, Lutero escribió un listado de quejas que él tenía en contra de la práctica actual de la venta de indulgencias, y lo clavó a la puerta de la iglesia en Wittenberg. Aquel listado tenía 95 ítems, o “tesis”. En las 95 tesis, Lutero no rechazaba toda la práctica de indulgencias ni la doctrina del purgatorio. Él no negaba la autoridad del Papa y tampoco enseñaba la salvación de los pecados solamente por gracia y fe (en esa época Lutero no había llegado a creer en la salvación solo por fe y gracia); en aquel documento, Lutero sencillamente criticaba unos abusos que él percibía en la venta de indulgencias y una exageración de los poderes del Papa. Él además subrayaba qué tan problemático era que la gente adinerada estaba invirtiendo su dinero en la compra de indulgencias mientras ignoraban las necesidades de los pobres en sus comunidades. Así, escribió, por ejemplo:

Tesis 42: Debe enseñarse a los cristianos que no es la intención del Papa, en manera alguna, que la compra de indulgencias se compare con las obras de misericordia.

Tesis 43: Hay que instruir a los cristianos que aquel que socorre al pobre o ayuda al indigente, realiza una obra mayor que si comprase indulgencias.

Parece que Lutero esperaba que su arzobispo estaría de acuerdo con las críticas enumeradas en las 95 tesis y que se acabaría con las

prácticas abusivas de Tetzl. Pero sucedió que el arzobispo no le hizo caso... por lo menos inicialmente.

Si hubiera sido en 1417, en vez de 1517, que Lutero fue ignorado por su arzobispo, de pronto nada habría pasado. Pero en las décadas antes del nacimiento de Lutero, Johannes Gutenberg había inventado *la imprenta*. Ahora, en los primeros años del siglo 16, esta nueva tecnología no había llegado a ser tan central a la sociedad. Pero sucedió que un impresor recibió una copia de las 95 tesis de Lutero, y decidió publicarlas... y esto cambió el mundo literario para siempre. En los años entre 1518 y 1524, la producción de la imprenta en Alemania creció 600%. Así, todo el mundo aprendió sobre lo que Lutero había escrito, de modo que no se podían pasar por alto las críticas de este monje y profesor.

Bueno, al comienzo del debate sobre indulgencias, Lutero no había llegado a formular su doctrina de salvación solo por fe. Fue un paso en el camino, pero en esa época su enfoque era más limitado. Lutero temía que a la gente se la estaba consolando con esperanzas falsas (indulgencias compradas sin arrepentimiento) y además temía que esta preocupación con estas consolaciones falsas estaba distraendo a la gente de sus responsabilidades cristianas más fundamentales (como el arrepentimiento genuino y el cuidado de los pobres).³ Y, si me permiten brevemente interrumpir mi propio relato histórico, quiero sugerir que es posible que hoy en día, lo mismo sucede en algunas iglesias nuestras.

Un teólogo latino, reflexionando sobre el 500 aniversario de la Reforma, escribió lo siguiente, y me hizo pensar:

Quizá no sean hoy las indulgencias, sino otras actividades y actitudes las que dan falso consuelo o seguridad al pueblo, en nuestros

contextos contemporáneos (por ejemplo: la asistencia dominical,... o el aprenderse cientos de versículos de la Biblia de memoria, o exigir diezmos y otras donaciones, o insistir que se pertenezca a esta pero no a aquella denominación, o que nos vistamos de esta y no de otra manera, o que se acepte tal o cual interpretación bíblica sin más prueba que la autoridad de quien propone la interpretación, o el participar en estos pero no aquellos cultos... y muchos etcéteras), como la “compra de indulgencias” daba consuelo y seguridad falsos al pueblo contemporáneo de Lutero...⁴

Bueno, así dice un teólogo... pero les remito esta pregunta a ustedes. ¿Podría ser que hoy en nuestras iglesias la gente busca consolación falsa por medio de realizar ciertas obras (lectura bíblica, asistencia a los cultos, memorización de textos bíblicos, alabanza entusiasta)? ¿Podría ser que hoy, en nuestras iglesias, nos distraemos por tales obras en vez de enfocar nuestras energías en elementos más fundamentales del evangelio? ¿Podría ser que, hoy en día, la gente en nuestras congregaciones tiene una perspectiva distorsionada sobre la autoridad de su líder espiritual? ¿Podría ser que hoy en día, Martín Lutero clavaría 95 nuevas tesis a las puertas de nuestros templos?

La Experiencia de La Torre y la justificación por la fe

Durante los primeros años después de que Lutero clavó las tesis en la puerta de la iglesia en Wittenberg, se convocaron una serie de debates entre Lutero y otros teólogos de la Iglesia. Y tal vez estos debates solamente serían una nota a pie de página en la historia de la Iglesia medieval, conocida exclusivamente por los académicos más eruditos, si Lutero no hubiera experimentado una revelación

teológica en la Torre del Claustro Negro, mientras preparaba sus lecciones para una clase de exégesis. Ahí tuvo una epifanía, una revelación exegética, que definitivamente cambió su vida y llegó a marcar el movimiento protestante durante los próximos siglos. Esta revelación, este momento clave que se dio en 1519, se llama el *Türmerlebnis* en alemán, literalmente, “la experiencia de la Torre”, porque sucedió mientras estudiaba en la Torre del Claustro Negro de su orden monástica agustina.

¿Qué pasó? Lutero estaba luchando con Romanos 1:17: “la justicia de Dios se revela en [el evangelio] de fe a fe, como está escrito: ‘el justo vivirá por fe.’” Al final de este texto neotestamentario, hay una cita directa entre comillas; el texto que Pablo cita aquí es Habacuc 2:4.

A lectores evangélicos hoy en día, este texto no nos parece problemático, ya que hemos sido marcados por la interpretación protestante de Romanos. Pero este texto era bien inquietante para Lutero. En particular la frase que más le molestaba era la frase “la justicia de Dios”. En su formación previa, cuando los profesores de Lutero hablaban de “la justicia de Dios”, ellos enfatizaban el sentido en que Dios es justo cuando, especialmente en el Antiguo Testamento, castiga a los malvados. Ellos querían mostrar que era aceptable, que era justo, que un Dios perfecto castigara a seres humanos de manera severa cuando ellos pecan contra él (piensen, por ejemplo, en el caso de la generación de Noé antes del diluvio o en el caso de los Cananitas que fueron expulsados de la tierra prometida). Cuando sus profesores hablaban de la justicia de Dios, ellos estaban diciendo que Dios tenía el derecho de castigar a los malvados, que Dios era justo y justificado en su decisión de aniquilar pecadores.

Esto sí es parte de lo que la justicia de Dios significa, pero solo la mitad negativa

Este énfasis dejó un marco en la cosmovisión de Lutero. Él tenía la concepción de un Dios cuya justicia legitimaba el castigo de los impíos. El problema es que Lutero reconocía su propio pecado y entonces él temía que Dios aplicaría su justicia en su contra. Lutero entendía que su santidad personal nunca satisfaría a un Dios perfecto, no obstante sus muchos esfuerzos de arrepentirse y confesar sus pecados y practicar disciplinas espirituales. Él dijo,

Aunque yo era un monje intachable, yo sentía que, ante Dios, yo era un pecador con una conciencia extremadamente afligida. Yo no podía estar seguro de que Dios se apaciguó por mi satisfacción. Yo no amaba—no, mejor dicho, yo *odiaba* al Dios justo que castiga a los pecadores.

Con esta comprensión de la perspectiva previa de Lutero, se puede entender que, cuando él leyó a Pablo escribiendo de cómo la justicia de Dios se revelaba en el evangelio, Lutero pensaba en los textos de los Evangelios que amenazan a, por ejemplo, los fariseos con el juicio y el castigo por no obedecer a Jesús. *Nosotros* escuchamos la palabra “evangelio” y pensamos en “buenas nuevas”, pero Lutero pensaba que este texto de Pablo estaba describiendo cómo Dios está justificado en castigar a los pecadores en la manera descrita en los Evangelios. Tal evangelio le parecía *malas* nuevas, porque Lutero creía que no era capaz de vivir como Jesús quería.

Entonces Lutero luchó y peleó con este texto, hasta que él llegó a enfocarse en el versículo de Habacuc que Pablo cita en este mismo versículo: “el justo vivirá por fe.” Y Lutero llegó a ver que el texto

no afirmaba que una persona quién ya es justa vivirá marcada por fe, sino que uno que *ya ha sido justificado por la fe* tendría vida. En otras palabras, él llegó a ver que la justicia es un regalo dado meramente por razón de la fe. La justicia no es algo que alguien gana por sus esfuerzos y méritos, sino algo que alguien recibe solo por la fe. Y desde allí surge el concepto de “la fe sola”, *sola fide*, porque uno no se justifica, ni completamente ni siquiera parcialmente, por las obras, sino exclusivamente y solamente por la fe. *Sola fide*.

Lutero vio que el agente clave, el actor clave en la salvación no es el hombre, sino Dios. No es el hombre que alcanza la justicia a través de sus esfuerzos, sino que es Dios que otorga la justicia a través de su bondad. Esto transformó completamente su percepción de la frase “la justicia de Dios”. En vez de odiar la frase “la justicia de Dios”, Lutero llegó a amarla, reconociendo que la justicia es un regalo gratis. Además, él llegó a ver que esta justificación, otorgada por razón de la fe, no es algo que sucede progresivamente, sino instantáneamente, y no depende de la transformación previa de la persona. Uno sigue siendo una persona pecaminosa, pero esa misma persona también ha sido perdonada. En las palabras de Patrick Collinson, un historiador de la Reforma, la justificación es:

como un matrimonio. Cristo, el novio, abraza como esposa una ramera desgraciada y depravada, e inmediato ella adquiere sus riquezas y él adquiere su desgracia. El pecador no deja de ser un pecador, pero deja de ser visto como un pecador. Él es simultáneamente pecador y justificado, *simul iustus et peccator*.⁵

Esta experiencia, esta epifanía exegética y teológica, cambió todo para Lutero. Cuando él contaba a sus amigos sobre esta ex-

periencia luego, dijo, “De repente me sentí que había nacido de nuevo y entrado a través de puertas abiertas al paraíso mismo.”⁶

Entonces esta es la Experiencia de la Torre ocurrida en 1519, casi dos años después de clavar las 95 tesis a la puerta de la iglesia en Wittenberg. Como resultado de esta epifanía, Lutero llegó a ver que había un problema profundo con el sistema de los siete sacramentos de la Iglesia Católica (bautismo, confirmación, eucaristía, penitencia, unción de los enfermos, la ordenación sacerdotal, el matrimonio). El sacramento de la penitencia presentó problemas especialmente pertinentes a los temas que estamos considerando, porque, por lo menos en la práctica común de la época, la gente percibía que la *observación* de estos sacramentos era lo que los salvaba, y así, la gente pensaba que uno se salva por obras en vez de reconocer que uno es libremente justificado por fe. Entonces Lutero publicó un libro llamado *La cautividad Babilónica de la Iglesia*, atacando el sistema de los siete sacramentos, incluso el sacramento de penitencia.

Noten bien la trayectoria del desarrollo en la conversión de Lutero. Él comenzó siendo inquietado por abusos del sistema de indulgencias, que es parte del sacramento de penitencia, dado que la compra de indulgencias era una manera adicional de disminuir el tiempo en el purgatorio. Inicialmente, Lutero solamente atacaba el problema de indulgencias, pero a continuación vio que el problema de indulgencias era solamente la punta del iceberg, que el problema radicaba más bien en el sistema de sacramentos y en una falta de comprensión de que uno se justifica solo por la fe y la gracia. Y *consecuentemente* Lutero llegó a atacar todo el sistema de los sacramentos, y fue por resultado de esto que él fue excomulgado por la bula papal del Papa León el Décimo a finales de 1520.

Entonces, como resultado de esa bula papal de excomulgación, en 1521 el monje agustino Martín Lutero fue convocado a la Dieta (o asamblea) de Worms ante el emperador del Sacro Imperio Romano, Carlos V, y le fue dada oportunidad de retractarse de lo que él había dicho. Lutero comenzó a dar un discurso sobre estos temas en alemán y en latín, pero fue reprendido por el maestro de ceremonias que le dijo que él estaba buscando debatir temas que él sencillamente debe creer.

La leyenda es que, en este momento, Lutero dijo, “esta es mi postura; no puedo hacer otra cosa. Dios me ayude, amen.” Pero parece que esto es apócrifo; Lutero nunca lo dijo. Sin embargo, lo que Lutero sí dijo no es menos conmovedor:

Si no se me convence mediante testimonios de la Escritura y claros argumentos de la razón... estoy sometido a mi conciencia y ligado a la palabra de Dios. Por eso no puedo ni quiero retractarme de nada, porque hacer algo en contra de la conciencia no es seguro ni saludable. ¡Dios me ayude, amén!⁷

Y allí, comenzó la revolución.

Sola fide: malentendidos de la doctrina de la salvación solo por la fe

Luego vamos a volver a hablar de los reformadores. Pero en este momento, quiero que pasemos a reflexionar sobre el día de hoy, para resaltar algunas maneras en que no entendemos bien la doctrina de la salvación solo por la fe. Aunque entiendo que sería muy fácil (y tal vez más popular) enfocar estas críticas en contra de la Iglesia Católica, esto no lo voy a hacer, porque debemos estar en-

focándonos en como *nosotros* podemos crecer. Entonces, quiero corregir dos maneras en las que a veces la iglesia evangélica mal entiende lo que significa *sola fide*.

Sola fide no quiere decir “Fe en mi lectura de la Biblia”

En primer lugar, aunque quiero afirmar que uno se justifica solo por la fe, también quiero aclarar que uno no se justifica por fe *en su interpretación de la Biblia*.

En lo que sigue, no estoy diciendo nada en contra de la Biblia. Las Escrituras son nuestra fuente primordial del conocimiento de Dios. Esto es fundamental para la fe cristiana. Pero la idea de *sola Scriptura* no es que la Biblia misma nos salva, sino que la Biblia es la fuente clave del conocimiento sobre el Dios que nos salva. Tal vez la distinción nos parece demasiada fina, pero a veces temo que corremos el riesgo desplazar la centralidad de Jesús con un énfasis en la centralidad de la Biblia, en vez de ver que la Biblia es la manera central de conocer al Jesús que es el centro de nuestra salvación. En este sentido, corremos el riesgo de ser como los fariseos. ¿Qué quiero decir con esto?

En Juan 5:39-40 Jesús dice a los fariseos,

Ustedes estudian con diligencia las Escrituras porque piensan que en ellas hallan la vida eterna. ¡Y son ellas las que dan testimonio en mi favor! Sin embargo, ustedes no quieren venir a mí para tener esa vida.

Juan 5:39-40

Este texto tal vez nos puede generar una confusión. Jesús dice “ustedes estudian con diligencia las Escrituras porque piensan

que en ellas hallan la vida eterna” y pensamos, “Pues sí, claro que pensamos que en las Escrituras hallamos la vida eterna.” En cierto sentido tenemos razón: hallamos la vida eterna en la Biblia, pero no porque uno alcanza la vida eterna por el mero hecho de leer las Escrituras regularmente. (¡Esto sería salvación por obras!) La razón por la cual uno halla la vida eterna en la Biblia, dice Jesús, es precisamente porque las Escrituras dan testimonio de *él, del Mesías*, y es el Mesías que efectivamente nos salva. El problema de los fariseos era que ellos no reconocieron al Mesías cuando él se les apareció, ¡aunque ellos pasaban un montón de tiempo leyendo las Escrituras con la esperanza de reconocer al Mesías cuando llegara!

El hecho de que Jesús tiene muchos conflictos con los fariseos a veces genera la impresión de que Jesús tenía una teología mayoritariamente opuesta a la teología de los fariseos, pero esa es una impresión errónea. Al contrario, los fariseos eran judíos cuya teología se asemejaba mucho a la teología de Jesús. En el primer siglo, había diversas perspectivas teológicas en el judaísmo, pero de las sectas judías del primer siglo que conocemos, tal vez fue la teología farisaica la que era más *similar* a la teología de Jesús: ellos esperaban la venida del Mesías, ellos enfatizaban la fidelidad a la Biblia, ellos creían en ángeles y demonios y milagros y esperaban que, con la venida del mesías, se realizaría el reino de Dios y que al final de todo Dios juzgaría los malvados y recompensaría a los justos. Mayoritariamente, los fariseos tenían buena teología, una teología similar a la teología de Jesús. No idéntica, pero similar. Su problema era que ellos estaban tan pegados a ciertos aspectos de sus interpretaciones de la Biblia que no podían ver cuando se equivocaban; estaban tan pegados a su lectura particular de la

Biblia que muchos de ellos no se dieron cuenta cuando llegó el Mesías que ellos tanto anhelaban.

Creo que esto nos debe hacer reflexionar. Si los judíos más comprometidos con la Biblia no reconocieron al Mesías porque no tenían la humildad de contemplar que sus teologías eran erróneas—y similarmente, si los obispos de la Iglesia Católica del siglo 16 permitieron un cisma en la Iglesia porque rehusaban prestar atención a la interpretación bíblica de Lutero—tal vez *yo deba ser un poco más cuidadoso cuando me encuentre con alguien que tiene una interpretación de la Biblia que es distinta a la mía*.

Dejo en claro que no estoy defendiendo el relativismo. Soy un profesor de Biblia precisamente porque creo que la interpretación de la Biblia es posible y vital. No quiero hacer nada para socavar nuestro compromiso con la lectura de la Biblia ni con la interpretación cuidadosa de la Biblia. Pero temo que a veces confundimos la autoridad y la inspiración de la Biblia misma, con la autoridad o la inspiración de nuestra propia *interpretación* de la Biblia. Leo la Biblia de cierta forma, creo que tengo razón, y hasta allí no hay problema. La dificultad surge cuando llego a imaginar que mi interpretación de la Biblia o mi doctrina también es inspirada—porque obviamente no soy un intérprete infalible.⁸ Esto genera dos problemas.

Por un lado, la suposición de mi infalibilidad interpretativa resultaría en un estancamiento teológico, según el cual no estoy dispuesto a aprender nada nuevo, sino que soy un sabelotodo. Por el otro lado, si estoy seguro que tengo la razón en todo, voy a sufrir de la tendencia a rechazar a las personas que interpretan la Biblia de manera distinta a la mía o que tienen una doctrina un poquito distinta a la mía. Aún a veces menospreciamos a personas con dis-

tintas perspectivas teológicas diciendo que ellos no son cristianos, cuando la realidad es que ellos sencillamente interpretan ciertos textos de la Biblia de otra forma. Tal vez ellos se equivocan, y tal vez yo me equivoco. Pero necesito la humildad y la paciencia intelectual de considerar otros puntos de vista.

Una cosa que ayuda a cultivar tal humildad y paciencia intelectual es recordar que mi salvación no depende de haber interpretado correctamente todos los textos bíblicos importantes. Mi salvación depende de Jesús, y no de mi aptitud teológica. Cuando yo muera y llegue a la puerta del cielo, Dios no va a revisar mis publicaciones exegéticas. Me va a aceptar porque confié, no en mi interpretación particular de X pasaje bíblico, sino en el sacrificio de Jesús por mí. *Sola fide* no quiere decir que uno se justifica por fe en una lectura particular la Biblia. Uno se justifica por la fe en Jesús.

***Sola fide* no quiere decir “Fe en la fe”**

Además de aclarar que *sola fide* no quiere decir que uno se salva por fe en una interpretación específica de la Biblia, también quiero aclarar que *sola fide* tampoco significa que se salva por fe en la fe.

Quiero explicar esta idea en dos sentidos: primero, que uno no se salva por fe en nuestra doctrina, y segundo, que uno no se salva por razón de la intensidad de la fe.

Uno no se salva por fe en nuestra doctrina

Comienzo, entonces, explicando el error de pensar que uno se salva por fe en la doctrina. Cuando Lutero era un monje joven, él aprendió que la palabra “fe” hace referencia a la doctrina de la Iglesia. “La fe” de la Iglesia significa “la doctrina de Iglesia, lo que la

Iglesia enseña”. Lutero entendía que tal fe solamente salvaría en el caso de resultar en un cambio adecuado del estilo de vida, conforme con el amor para Dios y el prójimo. Parte de su epifanía en el Torre del Claustro Negro era que la fe en el Nuevo Testamento no hacía referencia mayoritariamente a una serie de doctrinas, sino que su objeto era Jesús mismo. Nuestra fe es fe en Jesucristo.⁹

Es irónico, entonces, que algunos evangélicos han llegado a pensar que lo que salva es la fe *en la doctrina de* “Salvación por fe y no por obras”. Es precisamente por tal razón que algunos evangélicos dudan de la salvación de los católicos, puesto que se supone que los católicos niegan la doctrina de salvación por fe (cosa que es una caricatura de la teología católica).

Pero, no obstante el hecho de que la doctrina de la justificación solo por la fe es cierta, uno no se salva *por creer en* la doctrina de salvación por fe. Uno debe creer la doctrina de salvación por fe, pero uno no cree en la doctrina de salvación por fe como si fuera la doctrina misma que salva. Hay una diferencia enorme y fundamental entre creer algo y creer *en* algo. Este es un punto resaltado en el libro *Nuestras 95 tesis*, escrito por un grupo de excelentes teólogos latinos bajo el liderazgo de Justo González. El propósito del volumen fue reflexionar sobre el estatus y el futuro de la iglesia latina evangélica a los 500 años de la reforma, para preguntar “¿a dónde vamos ahora?” Inspirados por Lutero, esos teólogos decidieron redactar sus propias 95 tesis para la iglesia evangélica latina del siglo 21. En sus reflexiones, ellos resaltan que es un error

creer que la fe salvadora consiste en una serie de creencias. Eso también es idolatría, pues coloca nuestras afirmaciones doctrinales y creencias en el lugar que le corresponde solo a Dios. La fe

que salva no es fe en lo que creemos, sino fe en Aquel en quien creemos.¹⁰

Entonces, en las 95 nuevas tesis que ellos elaboraron para la Iglesia evangélica latina del siglo 21, la nueva tesis 35 fue:

Es un error creer que Dios nos salva por nuestras creencias. La fe salvadora a que se refería Lutero no consiste en la ortodoxia. Es más bien la aceptación confiada de la gracia de Dios, que es quien nos salva.¹¹

Repiten el punto en la tesis 78:

Tampoco es el evangelio una serie de doctrinas minuciosas que debamos creer para ser salvos. No somos salvos por lo que creemos, sino por Aquel en quien creemos.¹²

Es importante tener sana doctrina, porque conduce a nuestro florecimiento espiritual y a nuestra comprensión de Dios, pero la sana doctrina no es lo que nos salva. Uno puede tener un conocimiento claro de la enseñanza de la Iglesia, pero sin el sacrificio de Jesús, este conocimiento no nos va a salvar. Efectivamente, si cometemos el error de pensar que somos salvos por la doctrina de salvación por fe, corremos el riesgo de violar otro de los principios elementales de la Reforma, el principio de *solus Christus*, solo Cristo. Los reformadores querían dejar en claro que no hay nada que nos salva sino Cristo, y recibimos la salvación de Cristo solamente por fe *en él*. Volveré a este punto en un momento, después de mencionar otro malentendido de la doctrina de *sola fide*.

No se salva por la intensidad de la fe

A veces en nuestro entorno la gente llega a pensar que es la *intensidad* de la fe la que nos salva. Uno llega a pensar, especialmente bajo la influencia de la teología de la prosperidad, que uno va a recibir la salvación terrenal, bendiciones de salud y riqueza, si uno tiene suficiente fe y si uno la manifiesta de manera adecuada. Se enseña que, si uno no tiene las bendiciones que uno quiere, pues es porque uno no está pidiendo y viviendo con fe, que uno necesita más fe. Pero cuando alguien sigue sin las mismas bendiciones, entonces se concluye que uno no tiene suficiente fe. Esto resulta en emociones de culpa y fracaso y una carga emocional indebida.

Este mismo pensamiento a veces afecta nuestra confianza en nuestra propia salvación. Tal vez tememos que Dios no nos ha justificado y perdonado porque no tenemos suficiente fe; tal vez pensamos que la falta de bendiciones es por la falta de intensidad en nuestra fe, que todo eso es una evidencia, un síntoma del hecho de que nuestra fe no es adecuada para nuestra salvación. A veces la gente llega a pensar que hay que sentir una cierta intensidad de fe para ser salvo, y como resultado, uno llega a vivir la misma ansiedad que Lutero vivía antes de su experiencia en la Torre del Claustro Negro, siempre preguntando si su arrepentimiento era adecuado. Esto es erróneo y dañino.

Dios no nos salva con base en que tan intensa es nuestra fe. Al contrario, Dios reconoce nuestra debilidad y las limitaciones de nuestra fe. En Marcos 9:24, cuando Jesús iba a salvar al chico poseído por un espíritu sordo y mudo, y le dijo a su papá que todo es posible para el que cree, el hombre exclamó, “Sí, creo. Ayúdame en mi poca fe.” Y Jesús lo salvó, porque la salvación no depende de la intensidad de nuestra fe.¹³

Sola fide en soli Christo

¿Qué hacemos, entonces, para evitar una comprensión distorsionada de *sola fide*, la comprensión distorsionada de que nos salvamos por fe en la Biblia o por fe en nuestra doctrina o por la intensidad de nuestra fe? Creo que lo que hacemos es aferrarnos a *solus Christus*, solo por Cristo. Esta enseñanza fundamental de la Reforma, *solus Christus*, mantiene que la salvación solo viene a través de la obra sacrificial de Jesús, y no por obras; mantiene que hay un solo mediador entre Dios y los humanos, el Dios y humano Jesús. Por tal razón, nuestra fe tiene un objeto: Dios revelado en Jesús.

Así, cuando los autores del Nuevo Testamento hablan del objeto de nuestra fe, cuando ellos nos dicen en qué debemos creer, siempre hay una sola respuesta: Jesús de Nazaret, crucificado y resucitado y ascendido a los cielos.

Juan 3:16 dice, “Porque tanto amó Dios al mundo, que dio a su hijo unigénito, para que todo el que cree *en él* no se pierda, sino que tenga vida eterna.” Versículo 18 continúa, “el que cree *en él* no es condenado, pero el que no cree ya está condenado por no haber creído en el nombre del hijo unigénito de Dios.” En la misma línea, Juan 4:40 dice que “la voluntad de mi padre es que todo el que reconozca al hijo y crea *en él* tenga vida eterna”. Así en Juan 11:25 Jesús declara, “Yo soy la resurrección y la vida. El que cree *en mí* vivirá”. Pablo resume su ministerio ante los presbíteros de Éfeso diciendo, “a judíos y a griegos les he instado a convertirse a Dios y a creer *en* nuestro Señor Jesús” (Hch. 20:21), y Jesús, en una visión al apóstol (Hch. 26:18) dice que había enviado a Pablo a los gentiles “a fin de que, por la fe *en mí*, reciban el perdón de pecados y la herencia entre los santificados.”

El Nuevo Testamento no dice que la persona que cree en la Biblia se salvará (aunque uno debe creer lo que la Biblia dice acerca de la persona en la cual debemos creer). La Biblia no dice que la persona que cree en la fe se salvará. Debemos leer y creer la Biblia y enseñar la doctrina de la salvación por fe, indiscutiblemente. Pero nuestra religión no es el *biblicismo* ni el *fideísmo*; es el *cristianismo* porque creemos en Jesús el Cristo. *Sola fide* quiere decir que uno solo se salva por fe *en Jesús*.

Entonces crean la Biblia, pero no crean en la Biblia, porque la Biblia no es lo que salva. Crean la doctrina, pero no crean en la doctrina, porque la doctrina no es, al fin de cuentas, lo que salva. La Biblia no fue crucificada por nuestros pecados. La doctrina de la fe no resucitó de entre los muertos. Es Jesús el que fue crucificado y resucitado y quien ascendió y es él en el que creemos. No estoy negando la importancia de la Biblia o de la fe; son esenciales para el cristianismo. Creemos la Biblia y la doctrina de la salvación por la fe, pero no creemos *en* ellos, como si fueran las fuentes de nuestra salvación. Ser evangélico, y creer *sola fide*, también significa que uno cree en *soli Christo*.

Sola gratia

En la primera parte de este capítulo aprendimos sobre el tema de *sola fide*, la idea de que uno se justifica solo por la fe en Jesús. Es una idea fundamental para la Reforma, para el cristianismo, y la afirmo y la celebro. Pero muchas personas no saben que hay un solo lugar en la Biblia donde se encuentra la palabra “solo” al lado de la palabra “fe”. La idea es fundamental, pero hay un solo lugar donde se ve la palabra “solo” en conjunto con la palabra “fe”. ¿Saben ustedes dónde se encuentra?

Un problema: Santiago 2:24 y la soteriología de Pablo

Santiago 2:24: “A una persona se la declara justa *por las obras*, y *NO solo por la fe*.”

Miremos un poco más del contexto:

Hermanos míos, ¿de qué le sirve a uno alegar que tiene fe, si no tiene obras? ¿Acaso podrá salvarlo esa fe?... la fe por sí sola, si no tiene obras, está muerta... A una persona se la declara justa por las obras, y no solo por la fe.

Santiago 2:14, 17

Esto parece ser una contradicción directa de la doctrina de “sola fe.” Por tal razón, Lutero calumniaba la epístola de Santiago tildándola como “una epístola de paja”; Lutero opinaba que Santiago discrepaba con la interpretación de Pablo que Lutero había desarrollado. Imagino que, para muchas personas, también parece que Santiago 2:24 discrepa con, por ejemplo, Efesios 2:8-9. Pero no tenemos la libertad de sencillamente descartar un texto bíblico porque no nos guste lo que dice. ¿Entonces qué hacemos? Bueno, cuando tengo una dificultad interpretativa con la Biblia, creo que un buen paso preliminar es estudiar la Biblia con más cuidado. Así que sugiero que miremos con más cuidado a las enseñanzas de Pablo sobre la doctrina de la salvación, o en términos técnicos, “la soteriología”.

Comienzo por resaltar que cuando Pablo habla de la salvación, a veces la describe en el tiempo pasado, a veces la describe como algo que está en marcha en el presente, y a veces la describe como algo en el futuro. O, dicho de otra manera, a veces Pablo indica que la salvación es algo ya hecho, a veces indica que la salvación

está pasando en este mismo momento, y a veces indica que la salvación es algo que pasará.

Por ejemplo, en Efesios 2:8-9, Pablo dice:

Porque por gracia ustedes *han sido salvados* mediante la fe; esto no procede de ustedes, sino que es el regalo de Dios, no por obras, para que nadie se jacte.

Entonces aquí Pablo indica que la salvación es algo que ya había sucedido en la vida de su audiencia.

Pero en otros contextos, Pablo describe la salvación como algo que está en marcha: “El mensaje de la cruz es una locura para los que se pierden; en cambio, para *los que están siendo salvados*, es decir, para nosotros, este mensaje es el poder de Dios” (1 Cor. 1:18).

Adicionalmente, a veces Pablo habla de la salvación como algo en el futuro. Romanos 5:9-10:

Y ahora que hemos sido justificados por su sangre, ¡con cuánta más razón, por medio de él, *seremos salvados* del castigo de Dios! Porque si, cuando éramos enemigos de Dios, fuimos reconciliados con él mediante la muerte de su Hijo, ¡con cuánta más razón, habiendo sido reconciliados, *seremos salvados* por su vida!

Entonces, a veces Pablo considera que la salvación es algo que sucede en el pasado, a veces él opina que la salvación es algo que está en marcha en el presente, y a veces Pablo opina que la salvación es algo que pasará en el futuro. ¡Qué raro! Nosotros habitualmente hablamos de la salvación exclusivamente en términos de algo en el pasado, por lo menos desde la perspectiva de la persona cristiana.

La salvación solamente puede ser algo futuro para una persona que no es cristiana, ¿cierto? Pues, según Pablo, esto no es totalmente adecuado.

Quiero sugerir que este lenguaje de salvación como algo en cierto sentido del pasado, en cierto sentido del presente, y en cierto sentido del futuro, está ligado a la solución a la aparente tensión entre Santiago 2 y la soteriología de Pablo. La solución que les voy a plantear no es una innovación teológica. Al contrario, quiero sugerir que este enigma exegético, este rompecabezas teológico, se puede explicar a través de otra doctrina fundamental de la reforma: *sola gratia*, solo por la gracia. Y para guiar nuestras reflexiones, quiero pasar a hablar de otro de los reformadores magisteriales: Juan Calvino.

Más allá de *sola fide*, *sola gratia* y las buenas obras

Con frecuencia, cuando enseñamos sobre la idea de “sola gracia”, asociamos lo que recibimos gratuitamente más o menos idénticamente con lo que recibimos por la fe: el perdón de pecados. Decimos que somos justificados por habernos arrepentido de nuestros pecados, que esto es por fe y no por obras, y, siendo que no es por obras, es solo por gracia. Así más o menos alineamos el alcance de sola gracia con el de sola fe. Y aunque es cierto que el perdón de pecados y la justificación son cosas que ganamos por la fe y no por obras—y entonces por la gracia de Dios—lo que a veces no se reconoce en el mundo evangélico es que la doctrina de la gracia en los reformadores va muchísimo más allá del perdón de pecados. Esto es especialmente cierto en la teología reformada, la teología del calvinismo.

La teología reformada no es idéntica a la teología protestante. A decir verdad, hay varias y diversas teologías protestantes que salieron directamente de la Reforma. Una es la teología luterana, que se deriva de Martín Lutero y de su amigo Philipp Melancthon. Pero otra teología que nació en la Reforma era la teología “reformada”, inicialmente promulgada por Ulrico Zuinglio pero más famosamente desarrollada por un desplazado latino (de Francia) *Jean Cauvin*, conocido en esta parte del mundo como Juan Calvino. La teología reformada, o a veces llamada calvinista, comparte con la teología luterana una convicción que no hay que hacer ninguna buena obra para merecer el perdón de pecados. En ese sentido, ellos afirmaban la justificación solo por la fe. Pero cuando uno lee las obras de Juan Calvino, uno nota que *él también recalca la integralidad de las buenas obras en la vida cristiana*.

A primer vistazo esto puede parecer una contradicción interna, porque ¿cómo se puede decir que uno se justifica por la gracia y no por las obras y después decir que hay que hacer obras para ser salvo? Pero no es una contradicción, porque Calvino tenía una doctrina fuertísima de la gracia de Dios, y por tal razón él dijo que nuestras buenas obras en realidad no son nuestras, sino que pertenecen a Dios. Es esta la idea que quiero elaborar en los próximos minutos, no simplemente con base en los escritos de Calvino, sino también en los escritos de Pablo mismo.

Para comenzar, Calvino afirmaba que la razón por la cual los seres humanos realizan buenas obras es porque el Espíritu Santo los estimula y los empodera a hacer buenas obras.¹⁴ Esta es una idea que Calvino deriva directamente de Pablo. En Filipenses 2:12-13, Pablo dijo,

lleven a cabo su salvación con temor y temblor, pues Dios es quien produce en ustedes tanto el querer como el hacer para que se cumpla su buena voluntad.

Noten que Pablo aquí resalta la importancia de esforzarnos en llevar a cabo nuestra salvación. A primer vistazo parece chocar bastante con la idea de salvación por fe y gracia y no por obras. Pero después vemos que esto no contradice la idea de salvación solamente por gracia, porque Pablo dice que es Dios quien produce en nosotros tanto el deseo de cumplir la voluntad de Dios como la realización de las mismas buenas obras. No es por nuestras fuerzas ni nuestra bondad que hacemos buenas obras o cumplimos con la voluntad de Dios. La única razón por la cual deseamos hacer lo que Dios hace es porque Dios nos da el deseo. Y la única razón por la cual cumplimos con este deseo es porque Dios obra en nosotros. Entonces estamos obrando solo por gracia. No somos nosotros que merecemos el crédito por nuestras buenas obras, sino el Espíritu Santo. Y por tal razón Calvino dice:

Ahora no hay nada que nos impida decir que nosotros hacemos lo que el Espíritu de Dios hace en nosotros, aunque nuestra voluntad no pone nada suyo, que sea distinto de la gracia... Aunque todo el bien que hay en la voluntad procede de la pura inspiración del Espíritu, como el querer es cosa natural en el hombre, no sin razón se dice que nosotros hacemos aquellas cosas, de las cuales Dios se ha reservado la alabanza con toda justicia. Primeramente, porque todo lo que Dios hace en nosotros, quiere que sea nuestro, con tal de que entendamos que no procede de nosotros: y, además, porque nosotros naturalmente estamos dotados de entendimien-

to, voluntad y deseos, todo lo cual *Él lo dirige* al bien, para sacar de ello algo de provecho. (Calvino, *Institución* 2.5.15)

No hay duda de que todo cuanto hay en nuestras obras que pueda merecer alguna alabanza viene de la gracia de Dios, y que no podemos atribuirnos a nosotros mismos lo más mínimo... Afirmo, pues, que no partimos a medias con Dios la alabanza de las buenas obras... sino que atribuimos toda la alabanza de las mismas a Dios. (Calvino, *Institución* 3.15.3)

Entonces el cristiano hace buenas obras, pero solamente porque Dios lo hace obrar, solo por su gracia, y así Calvino hace eco de Efesios 2:9, que la salvación “es el regalo de Dios, no por obras, para que nadie se jacte.”

Pero Calvino va un paso más allá. Él también decía que, aunque la gente no se justifica por las obras, los seres humanos tampoco pueden alcanzar el cielo sin la santificación, sin ser santificados, sin progresivamente llegar a vivir de manera marcada por el cumplimiento de la voluntad de Dios, no cometiendo pecado y además realizando buenas obras.¹⁵ Y para que ustedes sepan que yo no estoy inventando cosas, y para que ustedes no piensen que Calvino no es un mal evangélico, les quiero leer el párrafo 41 de la Declaración de Fe de la AIEC (una declaración de fe que evidencia mucha influencia calvinista): “Los llamados son más y más fortalecidos y vivificados en todas las gracias salvadoras... *para la práctica de la verdadera santidad, sin la cual ningún hombre verá al Señor.* (2 Cor. 7:1; Heb. 12:14.)” El párrafo 52 también dice “es el deber de cada uno *ser diligente para asegurar su llamamiento y elección;* (2 Ped. 1:10)”

Ahora, a ver lo que dice Calvino:

¿Cuál es, pues, la razón de que seamos justificados por la fe? sencillamente porque mediante ella alcanzamos la justicia de Cristo, por la cual únicamente somos reconciliados con Dios. *Mas no podemos alcanzar esta justicia sin que juntamente con ella alcancemos también la santificación.* Porque “Él nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención” (1 Cor. 1:30). Por lo tanto, *Cristo no justifica a nadie sin que a la vez lo santifique. Porque estas gracias van siempre unidas, y no se pueden separar ni dividir,* de tal manera que a quienes Él ilumina con su sabiduría, los redime; y a los que redime, los justifica; y a los que justifica, los santifica... De esta manera se ve claramente cuán grande verdad es que *no somos justificados SIN obras, y, no obstante, no somos justificados POR las obras;* porque en la participación de Cristo, en la cual consiste toda nuestra justicia, no menos se contiene la santificación que la justicia. (Calvino, *Institución* 3.16.1; énfasis añadido).

Calvino está aclarando que la gracia de Dios es más inmensa de lo que habitualmente pensamos. Indudablemente la gracia de Dios se ve manifestada en perdonar nuestros pecados y justificarnos por fe y no por obras. Pero según Calvino, la gracia de Dios va más allá de la justificación, porque Dios en su gracia toma control de *todo* el proceso de nuestra salvación, comenzando antes de nuestra existencia terrenal y culminando en el juicio final. Y eso es lo que dice Pablo en Romanos 8:29-30:

Porque a los que Dios conoció de antemano, también los predestinó a ser transformados según la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos. A los que predestinó, también los llamó; a los que llamó, también los justificó; y a los que justificó, también los glorificó.

Con base en textos como Romanos 8, cuando los teólogos reformados hablan de la doctrina de la salvación, de la soteriología, ellos típicamente la describen como el conjunto de los siguientes pasos:

- Presciencia (Dios nos conoce antes de la creación del mundo)
- Predestinación (Dios decide salvarnos, aun antes de nuestra creación)
- Llamamiento (Dios nos llama hacia sí mismo)
- Justificación (Dios perdona nuestros pecados)
- Santificación (Dios progresivamente nos transforma)
- Perseverancia y Glorificación (Dios nos mantiene en la fe hasta glorificarnos en el juicio final).¹⁶

En este esquema que describe el proceso de la salvación, se nota que Dios es el agente de cada paso, llevándonos inexorablemente hacia la glorificación final, solamente por su gracia. Esto muestra que tan erróneo es limitar nuestra percepción de la gracia de Dios a este momento de nuestra justificación. Pablo y Calvino reconocen que la gracia de Dios es mucho más grande que solamente perdonar nuestros pecados, aunque no lo merecemos. La gracia de Dios es responsable de nuestra existencia, de nuestro llamado,

de nuestro deseo de arrepentirnos, de nuestro perdón, y además es tan grande que Dios transforma nuestras voluntades y así nos lleva seguramente a la glorificación final. La gracia de Dios contempla no solamente justificación sino también santificación y así la gracia de Dios nos lleva a realizar también las buenas obras como parte de la santidad que Dios realiza en nosotros.

Calvino entonces puede decir que buenas obras son “causas inferiores” de la salvación.¹⁷ Pero aclara

¿De dónde viene esto? La causa es que aquellos a quienes el Señor por su misericordia ha predestinado a ser herederos de la vida eterna, Él conforme a su ordinaria dispensación los introduce en su posesión por las buenas obras. Por tanto, a lo que precede en el orden de su dispensación lo llama “causa” de lo que viene después. Por esta misma razón la Escritura da algunas veces a entender que la vida eterna procede de las buenas obras; no porque haya que atribuirles esto, sino porque Dios justifica a aquellos que ha escogido para glorificarlos finalmente (Rom 8:30). La primera gracia [buenas obras], que es como un escalón para la segunda [la vida eterna/glorificación final], es llamada en cierta manera causa suya. (Calvino, *Institución* 3.14.21; énfasis añadido)

Consideren qué tan enorme es la doctrina de “sola gracia”, incluyendo pero extendiéndose mucho más allá del perdón de pecados. La gracia de Dios comenzó cuando él nos conoció antes de la creación del mundo, incluye nuestra predestinación, nuestro llamamiento, nuestra justificación, e incluye un compromiso a cumplir con su propósito de transformarnos y glorificarnos en la culminación de su reino. Así, la gracia de Dios opera en nues-

tra santificación, y así se debe decir que toda nuestra salvación está radicada en la gracia de Dios, y no solamente en el perdón de nuestros pecados. Y por tal razón, Dios es *más* glorificado, porque es reconocido como el agente *total* del proceso de salvación. Así dijo Charles Spurgeon, “Si alguien me pregunta qué quiero decir con la palabra ‘Calvinista’, yo respondería, ‘el que dice que la salvación es del Señor.’”¹⁸

Entonces, con razón dice la declaración de fe de la Denominación de Iglesias Evangélicas del Caribe AIEC, §32:

Creemos y afirmamos que cuando Dios convierte a un pecador y le traslada al estado de gracia, le libra de su estado de servidumbre natural bajo el pecado, y por su *sola gracia lo capacita para querer y obrar* libremente lo que es espiritualmente bueno.

Esta afirmación de la importancia de la santificación en la teología calvinista no representa un abandono de la teología de Lutero. Lutero mismo criticaba las personas que se enfocan exclusivamente en el perdón de pecados a través de la muerte de Jesús y menosprecian la obra del Espíritu en nuestra santificación. Lutero regañó a las personas que “son buenos predicadores de la Pascua” pero “muy malos predicadores de Pentecostés”, puesto que tales personas no predicaban sobre “la santificación y la vivificación que viene del Espíritu Santo”.¹⁹ De la misma manera, el teólogo luterano latinoamericano, Guillermo Hansen, dice, “la santificación es Dios obrando en y a través de la creación por causa de su (actual) integridad y su (futura) salvación.”²⁰

Obras y salvación en Pablo

Ahora, a la luz de lo que hemos visto sobre la doctrina de la gracia en los reformadores, volvemos a los textos de Pablo y de Santiago para ver si podemos cuadrar la idea de sola fe con los diversos textos que hablan de la necesidad de las buenas obras. Lo que vamos a ver es que las teologías de Pablo y Santiago cuadran muy bien con lo que vimos en Calvino.

En primer lugar, ¿recuerdan que Pablo a veces habla de la salvación en tiempo pasado, y a veces habla de la salvación en tiempo presente, y a veces habla de la salvación en tiempo futuro? Cuando él habla de la salvación en tiempo pasado, él está haciendo referencia en particular a la justificación, el perdón de pecados por la gracia de Dios y con base solamente en la fe.

Porque por gracia ustedes *han sido salvados* mediante la fe; esto no procede de ustedes, sino que es el regalo de Dios, no por obras, para que nadie se jacte.

Efesios 2:8-9

Aquí, Pablo usa el tiempo pasado para describir la salvación porque él tiene en mente el paso de la justificación, el perdón de pecados, un evento que, en la vida de los cristianos en Éfeso, ya había pasado anteriormente en sus biografías cristianas. Pero el proceso de salvación es mucho más grande que solamente la justificación, y contempla toda la obra salvífica del Señor.

Entonces, a veces Pablo habla de salvación como algo que está en proceso en el tiempo presente, y en este contexto él está enfocándose en otro elemento del proceso de salvación: la santificación. “El mensaje de la cruz es una locura para los que se pierden; en

cambio, para los que están siendo salvados (τοῖς σωζομένοις, participio presente pasivo), es decir, para nosotros, este mensaje es el poder de Dios” (1 Cor. 1:18). Cuando él habla del proceso de salvación como algo que está en marcha en este texto, él hace referencia a la santificación, un proceso que se elabora a lo largo de nuestras vidas *después* de ser perdonados y justificados.

Pero noten aquí que aún en este contexto cuando Pablo habla del proceso de la santificación como parte de salvación y como algo que está en marcha actualmente, él usa la voz verbal pasiva. Cuando uno usa un verbo en voz pasiva esto implica que otra persona está realizando la acción a la vista. Entonces si digo “yo golpeo” algo... digamos un canguro, “yo golpeo el canguro”, yo uso la voz activa porque yo soy la persona que golpea. Pero si yo digo que “soy golpeado por el canguro” uso la voz pasiva porque yo no soy la persona que hace la acción, sino que el canguro me hace la acción a mí, yo soy golpeado, voz pasiva. (Cabe aclarar que, en el siglo 19, en Australia se ponían guantes de boxeo en las patas de los canguros y boxeaban con ellos. Hoy en día, el canguro boxeador es uno de los símbolos nacionales de Australia.)

Aquí en la primera carta a los Corintios, cuando Pablo habla de la salvación como algo que está en marcha, él usa la voz pasiva, indicando que los cristianos están siendo salvados porque ellos no se salvan a sí mismos, sino que otra persona los salva a ellos y esta otra persona es Dios. Dios es el que los está salvando. El proceso de salvación que está en marcha en la iglesia en Corinto, en el momento que Pablo está escribiendo, es el proceso de santificación, que incorpora el abandono de las malas obras y la realización de buenas obras. Pero este proceso es un proceso realizado por Dios, por su gracia, de modo que nadie puede jactarse de su santificación.

Pablo aclara este punto aún más cuando él explica que nosotros, independientemente, no tenemos la capacidad de hacer lo bueno, sino que dependemos del Espíritu de Dios para hacer lo bueno. Así, en Romanos 8:10, Pablo escribe, “Pero si Cristo está en ustedes, el cuerpo está muerto a causa del pecado, pero el Espíritu que está en ustedes es vida a causa de la justicia”. Aquí él dice claramente que en un sentido estamos muertos por causa del pecado, que no podemos hacer lo bueno por nuestra propia cuenta. Pero él aclara que tenemos vida y vivimos conforme con la voluntad de Dios, no por nuestra propia cuenta, sino porque el Espíritu en nosotros es vida. Es el Espíritu que nos vivifica, que nos hace obrar, que nos hace vivir conforme con la voluntad de Dios. ¿Y por qué indica el texto que el Espíritu obra la santificación en nosotros? “A causa de la justicia”.

El Espíritu vive en nosotros y nos santifica por razón de la acción previa de Dios en justificarnos. Entonces la justificación—que es a través de la gracia y por razón solamente de fe y no de obras—resulta en la presencia del Espíritu en nosotros, que en cambio nos vivifica y nos santifica. El hecho de que es el Espíritu que nos santifica y nos mueve a las buenas obras indica también que no podemos jactarnos de nuestras buenas obras, porque ellas resultan de la operación y la gracia de Dios en nosotros. Entonces cuando Pablo habla de la salvación en tiempo presente, está hablando de la santificación, y esto es pura gracia, *sola gratia*. Asimismo, cuando Pablo habla de la salvación en tiempo pasado, él está hablando de la justificación, el perdón de nuestros pecados, y esto es por razón de pura gracia, *sola gratia*.

Finalmente vimos que a veces Pablo describe la salvación como algo en el futuro. Romanos 5:9-10:

Y ahora que hemos sido justificados por su sangre, ¡con cuánta más razón, por medio de él, *seremos salvados* del castigo de Dios! Porque si, cuando éramos enemigos de Dios, fuimos reconciliados con él mediante la muerte de su Hijo, ¡con cuánta más razón, habiendo sido reconciliados, *seremos salvados* por su vida!

Aquí, Pablo no está hablando ni de la justificación ni de la santificación sino de nuestra glorificación en el juicio final, cuando nos pararemos ante el trono de Dios y él nos mirará, y reconocerá que hemos sido perdonados y reconciliados con él por medio de la obra de Jesús en la cruz y entonces él nos dará la bienvenida a la vida eterna. De nuevo, noten que cuando Pablo habla de esta salvación futura él usa la voz pasiva. Él dice, “habiendo sido reconciliados [voz pasiva, porque es Dios que nos reconcilia con nosotros y que nosotros no nos reconciamos con Dios], seremos salvados por su vida.” “Seremos salvados”, de nuevo voz pasiva, porque la salvación futura, después de nuestra reconciliación y santificación, también será obra de Dios, obra gratuita. Dios nos reconocerá como justos por razón de lo que él realizó en nosotros, primero perdonando nuestros pecados y después santificándonos, pero es él que hace todo. *Sola gratia*.

En resumen, vemos que todo el proceso de salvación, que se avanza desde la elección al llamamiento a la justificación hasta la santificación, y entonces a la glorificación, todo este proceso largo se debe a la gracia de Dios. Nada de lo que hacemos en este proceso nos permite jactarnos porque todo lo que hacemos en este proceso es resultado de la gracia de Dios, de la obra de Dios en nuestra vida. Consecuentemente, el Nuevo Testamento puede hablar de la necesidad de obras en el proceso de salvación porque

las obras son parte del proceso de santificación. Pero ¿quién es el agente de nuestra santificación? Dios. Entonces cuando hablamos de la importancia de las obras en la vida del cristiano y en el proceso de nuestra salvación no estamos restando gloria de Dios sino atribuyendo más gloria a Dios. Por tal razón, en el mismo texto que es más conocido entre los evangélicos como evidencia de la doctrina de *sola fide* y *sola gratia*, vemos que el apóstol Pablo afirma la necesidad de las buenas obras como parte de la operación de Dios en nosotros.

Porque por gracia ustedes *han sido salvados* mediante la fe; esto no procede de ustedes, sino que es el regalo de Dios, no por obras, para que nadie se jacte. Porque somos hechura de Dios, creados en Cristo Jesús *para buenas obras, las cuales Dios dispuso de antemano* a fin de que las pongamos en práctica.

Efesios 2:8-10

Inmediatamente después de negar que nuestra justificación es por obras, Pablo afirma que parte del plan de Dios, desde antes de la creación del mundo, era que hiciéramos buenas obras, para su gloria y a través de su poder. Diciendo que Dios nos llama a obrar y afirmando que sí obramos no quiere decir que robamos la gloria de Dios, porque tanto el querer como el hacer proviene de Dios. Asimismo, después de citar este mismo texto, Calvino dijo:

Si, pues, ningún bien procede de nosotros, sino en cuanto somos regenerados, y nuestra regeneración toda ella, sin hacer excepción alguna, es obra de Dios, no hay motivo para que nos atribuyamos

un solo grano de alabanza de las buenas obras. (Calvino, *Institución* 3.15.7)

Entonces, uno ve como Calvino podría haber afirmado que las buenas obras son parte del proceso de salvación en la vida cristiana y sin embargo podía negar que las buenas obras que hacemos son nuestras.

A la luz de todo esto, podemos volver a la epístola de Santiago y ver que Santiago no dijo nada que Pablo mismo o Juan Calvino habrían discrepado. Cuando Santiago dice,

Hermanos míos, ¿de qué le sirve a uno alegar que tiene fe, si no tiene obras? ¿Acaso podrá salvarlo esa fe?... La fe por sí sola, si no tiene obras, está muerta... A una persona se la declara justa por las obras, y no solo por la fe,

él no discrepa con Pablo. ¿Por qué? Porque en este texto Santiago no está hablando solamente del perdón de pecados. Él tiene en mente el proceso global de salvación, el cual incluye la santificación, y la santificación naturalmente incluye la formación en buenas obras. Así, Santiago ilustra la dinámica con el ejemplo de Abraham, diciendo “Ya lo ves: Su fe y sus obras actuaban conjuntamente, y su fe *llegó a la perfección* por las obras que hizo” (v. 22). Santiago no está diciendo que uno tiene que ganar perdón a través de esfuerzo y buenas obras. Está diciendo que la salvación no se limita a creer que Dios perdona nuestros pecados, sino que la salvación es un proceso que comenzó cuando Dios nos imaginó antes de la eternidad y culminará con nuestra transformación completa en el futuro, y que, en el período entre el perdón de nuestros pe-

cados y la consumación de reino de Dios, Dios sigue obrando y transformándonos para que vivamos conforme con su voluntad. Pero nada de esto socava la doctrina de *sola gratia* porque todo el proceso, desde la predestinación a través de la justificación y la santificación hasta la glorificación se debe a la gracia de Dios.

Simul iustus et peccator:

simultáneamente justo y pecador

Bueno, todo lo que acabamos de ver sobre *sola gratia* es bien emocionante. Pero debo dar un paso atrás. Aunque afirmo y celebro que Dios nos santifica y nos glorificará, mi realidad cotidiana no es caracterizada por avances perpetuos en mi santificación. Mi pecado nunca está lejos de mí, porque Dios no ha cumplido su obra de santificación aún. Pablo reconocía esta dinámica bien, reflexionando que “Con la mente yo mismo me someto a la ley de Dios, pero mi naturaleza pecaminosa está sujeta a la ley del pecado.” (Rom. 7:25). Como leímos previamente, “Si Cristo está en ustedes, el cuerpo está muerto a causa del pecado, pero el Espíritu que está en ustedes es vida a causa de la justicia” (Rom. 8:10). Creo que entendemos el conflicto que Pablo describe en estos textos. Por un lado, anhelamos la transformación de nuestros deseos y nuestras acciones; pero por el otro lado, la realidad es que seguimos fallando, errando, pecando. Esta dinámica, estas contradicciones en nuestro ser y corazón, resultan del hecho de que, aunque hemos sido justificados y aunque el proceso de santificación está en marcha, no hemos sido completamente santificados, y no lo seremos hasta nuestra glorificación final. Entonces en estos años entre el perdón y la glorificación somos simultáneamente justos y pecadores, o para usar el lenguaje latín acuñado por Lutero, soy *simul ius-*

tus et peccator. Después de tantos años de vivir en angustias sobre su pecado, Lutero llegó a aceptar que, antes de su glorificación en el juicio final, él seguiría siendo a la vez justo y un pecador.

Esta realidad puede ser pesada para el cristiano, tal vez especialmente para el pastor. Por un lado, podemos reconocer que Dios está obrando en nuestras vidas (especialmente en el caso de ustedes que vivieron una conversión espectacular). Pero, por el otro lado, con el paso del tiempo reconocemos la medida en la que seguimos siendo débiles, vulnerables, heridos e imperfectos. Vemos que somos simultáneamente justos y pecadores. En esta última porción de mi charla de hoy, quiero resaltar tres lecciones para la vida pastoral que pueden surgir de la noción de ser *simul iustus et peccator*. **1.** Nos advierte en contra de la soberbia y la piedad falsa, **2.** nos recuerda que necesitamos ayuda, **3.** nos permite ser más eficaces en nuestra obra pastoral.

Una advertencia en contra de la soberbia y la piedad falsa

En primer lugar, la noción de ser simultáneamente justo y un pecador nos enseña que, aunque no nos relajamos en nuestro pecado, tampoco debemos negar que seguimos siendo pecadores. Para pastores y teólogos, existe una fuerte tentación de ocultar, minimizar o casi fingir que no existe este lado oscuro en nosotros. Y cuando esto sucede, a veces comenzamos a creer nuestra propia propaganda, cosa muy peligrosa.

Como líderes, a veces pensamos que la gente debe imaginar que somos, de pronto no perfectos, pero por lo menos mucho más santos que el cristiano típico. Además, con el rol de liderazgo que tenemos y el respeto que recibimos como pastores y maestros y ancianos de la iglesia, en cierto sentido existe una tentación de

fortalecer la percepción de nuestra santidad que tiene la gente en nuestro alrededor. Es agradable ser respetado y admirado por nuestros rebaños; uno se siente honrado, orgulloso cuando como profesor es puesto en un pedestal por sus estudiantes. El pecho se llena de buenas sensaciones cuando la gente nos saluda mientras andamos por el pueblo, “Buenos días, *pastor*”, o cuando la gente pide nuestros consejos o sigue nuestro liderazgo. Ahora, no es intrínsecamente malo ser respetado o admirado, pero ahí existe una cierta tentación y un peligro al cual es fácil sucumbir.

Eso es precisamente lo que pasó con los escribas y los fariseos en el primer siglo. Ellos eran los líderes religiosos locales de sus pueblos, los pastores y maestros de sus comunidades. Jesús dijo, “Tengan cuidado de los maestros de la ley” [y aquí sugiero que escuchemos, “profesores de la Biblia y pastores”]. “Les gusta pasearse con ropas ostentosas y que los saluden en las plazas, ocupar los primeros asientos en las sinagogas y los lugares de honor en los banquetes.” (Marcos 12:38-39). Lance Witt, previamente el pastor de *Saddleback Church*, escribe,

Si has pasado un rato en el ministerio, sabes lo que es ser un fariseo. Todos sabemos cómo es construir una fachada que no cuadra con la realidad del alma. A veces la vida sobre la cual yo predicaba el domingo no era la vida que yo experimentaba desde el lunes hasta el sábado. [Pero] el desafío más grande, en realidad, no es proyectar una imagen falsa; hay un fariseo dentro de todos nosotros, y sospecho que lucharemos con esto a lo largo de toda nuestra vida. El peligro más grande es llegar sentirse cómodo con el fariseo... Con tiempo, llegamos a ser muy capaces en jugar el

juego... La realidad es que uno no necesita un alma saludable para que la gente lo vea como un éxito en el ministerio.²¹

Jesús criticaba a estos líderes de comunidades religiosas por practicar sus disciplinas espirituales parcialmente con la meta de ganar la admiración de la gente a su alrededor. Entonces advierte a sus discípulos,

Cuando oren, no sean como los hipócritas, porque a ellos les encanta orar de pie en las sinagogas y en las esquinas de las plazas para que la gente los vea.

Mateo 6:5

Cuando des a los necesitados, no lo anuncies al son de trompeta, como lo hacen los hipócritas en las sinagogas y en las calles para que la gente les rinda homenaje.

Mateo 6:2

Es bien fácil caer en una trampa similar a la que Mateo describe en estos capítulos. Sin querer hacernos demasiado autocríticos o cohibidos, yo creo que a veces, cuando estamos orando en nuestras iglesias, o alabando al Señor ante la congregación, o predicando con pasión y poder, repentinamente podemos caer en la trampa de comenzar a gozar de la admiración del rebaño y maravillarnos, “¡Cómo me miran a mí!” O tal vez estamos liderando la congregación en el tiempo de adoración, y al final de una canción particularmente conmovedora, gritamos “un aplauso para Dios”, y aunque tenemos las manos extendidas hacia los cielos y señalamos al Señor con nuestros dedos, tal vez en cierta medida

también estamos diciendo, “Un aplauso para mí.” En gran medida, los miembros de tu congregación estarán inconscientemente dispuestos a venerarte a ti, siendo su pastor. Entonces tenemos que ser muy cuidadosos de no malversar la gloria del Señor, de no defraudar a Dios con su gloria.

La iglesia más grande de Corea del Sur es la Iglesia del Pleno Evangelio Yoido (tiene unos 480,000 miembros). Su fundador, David Cho, describe la visión de la iglesia como un taburete de tres patas. La idea es que, sin una de las tres patas, los tres valores, el taburete colapsaría. Los primeros dos valores de pronto no son sorprendentes: la oración y los grupos pequeños. Pero la tercera pata, el tercer valor, tal vez es sorprendente, especialmente para una mega iglesia. El tercer valor es “no toques la gloria.” “Una de sus prioridades esenciales es no tomar para sí mismos nada de la gloria que pertenece a Dios.”²²

No suelo citar pastores de mega iglesias (y tengo varios problemas con la teología de David Cho y la Iglesia del Pleno Evangelio Yoido), pero me parece que la advertencia del Pastor Cho en contra de la auto-glorificación es muy sabia. Una manera de protegernos de esta tentación es ser más honestos en que somos simultáneamente justos y pecadores.

Jesús dijo,

¡Ay de ustedes, maestros de la ley y fariseos, hipócritas!, que son como sepulcros blanqueados. Por fuera lucen hermosos, pero por dentro están llenos de huesos de muertos y de podredumbre. Así también ustedes, por fuera dan la impresión de ser justos, pero por dentro están llenos de hipocresía y de maldad.

Mateo 23:27-28

Que el Señor nos guarde de semejante error.

Un recordatorio de nuestra necesidad de apoyo

Al reconocer que tan peligroso es fingir que somos solo justos y no pecadores, vemos también la importancia de buscar apoyo y ayuda. De pronto ustedes predicán a sus congregaciones sobre la importancia de tener un grupo pequeño de personas con quienes pueden compartir sus luchas y temores. De pronto dicen a los hombres en sus congregaciones que ellos deben buscar otros hombres cristianos que los puedan acompañar en sus luchas, para que no sigan pecando en la oscuridad. Pero como pastor, tal vez no sientes que puedes sencillamente integrarte en un grupo así, o ser transparente con tales personas. Algunas de las luchas que tienes como pastor, las frustraciones que aguantas, quizás no se pueden compartir con miembros de la congregación porque tienen que ver con otros miembros de la congregación o con la dificultad de ser líder de la congregación. Entonces el pastor piensa que siempre tiene que ser la persona fuerte, el líder con todas las respuestas, y no puede manifestar sus dudas, sus temores, sus depresiones, sus fallas.

En el pasado, yo tenía un mentor, un pastor quién es, a mi parecer, un héroe de la fe. El hombre tuvo una conversión dramática, es uno de los mejores predicadores en todo el país, es un teólogo excelente y autor de varios libros poderosos, dotado con diversos dones del Espíritu Santo, humilde, inteligente, amable, gozoso, altamente respetado por la gente de la congregación y la denominación, y con razón. Yo quería que él me disciplinara, entonces nos reuníamos mensualmente. En una ocasión, yo estaba compartiendo que tan duro fue para mí recuperarme de algunas críticas que yo había recibido, que de pronto eran injustas (aunque hoy no

recuerdo quién me había criticado o sobre qué). Él se calló por un momento, y después compartió conmigo qué abrumador era para él aguantar las críticas y las calumnias que uno inevitablemente afronta como una figura pública de la Iglesia. Él me contó que la semana previa, mientras iba a la iglesia para comenzar su día de trabajo, estaba cruzando un río, y allá en el puente él pensó, “Esto no vale pena. No aguanto más el veneno de estas críticas. ¿Por qué no me tiro por el borde, por la baranda de ese puente, para acabar con todo este dolor?” Me quedé asombrado, incrédulo. El hombre había alcanzado una altura ministerial impresionante, estaba viviendo una vida recta, sin pecados ocultos, tenía un rebaño hermoso y hacía un trabajo que glorificaba a Dios, y de todos modos se sentía abrumado, no querido, no entendido, desesperado.

Aun los mejores líderes necesitan apoyo, especialmente de parte de otras personas que entienden sus luchas y dificultades y que no se van a escandalizar al escuchar que el pastor enfrenta la depresión o la angustia o que se está quemando. Tal apoyo puede tomar varias formas, pero déjame resaltar dos formas en particular.

En primer lugar, los pastores necesitan pastores también, necesitan mentores. Entonces recomiendo que busques alguien que te pueda guiar espiritualmente y/o profesionalmente, alguien más maduro, o por lo menos alguien que tenga más madurez en un área que en tu vida reconoces una necesidad particular de crecer.

Tal vez el tipo de mentor que requieres va a cambiar en distintas temporadas de la vida. En ciertas épocas de mi vida yo buscaba mentores que se podrían enfocar en mi santidad personal. Pero al llegar a Colombia me di cuenta de que lo que más quería era un mentor que podía entender la experiencia de haber dejado atrás su propia cultura y llegado a ser un profesor extranjero con una car-

ga de responsabilidades pesadas. Entonces yo busqué al profesor Theo Donner del seminario, para aconsejarme sobre cómo ser un buen siervo y florecer en mi institución y con mis estudiantes de otra cultura sin quemarme de manera prematura. Me está sirviendo bien. Así que, pastores y ancianos, les animo a buscar mentores.

Adicionalmente, es valioso buscar el apoyo de un pequeño grupo de personas que también sean líderes de ministerios o iglesias, pero que no sean parte de tu propio rebaño. Poder compartir los retos que uno enfrenta como pastor y escuchar que otras personas viven con los mismos desafíos, y tal vez tienen aún sabiduría para compartir, puede ser un alivio enorme. Tal vez esto sería factible con otros pastores de la AIEC en tu propia ciudad. O en el caso de que no haya otros pastores de la AIEC en tu pueblo, de pronto puedes elaborar una amistad de apoyo mutuo con el pastor de otra denominación en tu pueblo o en un pueblo cercano. Pero no te quedes indefenso ante la realidad de ser simultáneamente justo y un pecador. Busca un mentor y/o un grupo de apoyo de otros pastores, para protegerte. Y si la AIEC no tiene un programa o esquema para facilitar tales grupos de apoyo, tal vez vale la pena considerar iniciar uno.

Un ministerio pastoral más eficaz

Finalmente, el reconocimiento de la realidad de ser simultáneamente justo y pecador nos puede ayudar a ser más eficaces en nuestros ministerios pastorales. Tal vez pensamos que la mejor manera de liderar la iglesia es fingir que hemos avanzado en nuestra santificación más de lo que en realidad hemos alcanzado. Tal vez sentimos una presión de exhibir una apariencia de piedad, o tememos que, al dar a conocer que no somos tan santos como la

gente imagina, perderemos el respeto de nuestro rebaño. Pues, el problema con esta lógica es que sus ovejas viven con pecados, debilidad, vulnerabilidad. Y cuando ampliamos la aparente distancia entre nuestra espiritualidad y la de nuestras ovejas, socavamos nuestra capacidad de liderar nuestro rebaño.

Henri Nouwen, el sacerdote holandés que fue uno de los mejores teólogos de la espiritualidad del siglo XX, observó que,

La gran ilusión del liderazgo es pensar que el hombre puede ser sacado del desierto por alguien que nunca ha estado en él.²³

Cuando comunicamos, intencionalmente o no, que somos más santos que lo que en realidad somos, la gente llega a pensar que no entendemos lo que ellos viven, o—si ustedes me permiten hacer una alusión a Hebreos 4:15—la gente llega a pensar que ellos tienen un pastor incapaz de compadecerse con sus debilidades, en vez de tener uno que ha sido tentado en todas las mismas maneras que ellos. Y qué extraño es que pensamos que la manera de ser el mejor líder de nuestras iglesias es por medio de fingir que somos más espiritualmente poderosos que lo que de veras somos, cuando el Mesías que seguimos llegó con debilidad, y sufrió heridas y muerte como parte integral de nuestra restauración.

La cita que les acabo de leer de Henri Nouwen es de su libro *El sanador herido*. El libro argumenta que seremos mejores líderes si imitamos al Mesías resucitado y glorificado que de todos modos puede exhibir a los discípulos las heridas en sus manos y en su costado. En este hermoso libro, Nouwen copia un relato del Talmud (el Talmud, una colección de enseñanzas rabínicas... es decir, no bíblicas). El Talmud cuenta que el rabino Yoshua ben Levi se acer-

có a Elías para preguntar cuando viene el Mesías (este relato es ficticio, pero comunica un mensaje valioso). Bueno, Elías le cuenta a Yoshua ben Levi que el Mesías ya ha venido y que está sentado a la puerta de la ciudad. Entonces el rabino pregunta, “¿Cómo lo voy a poder identificar, puesto que hay muchas personas que se congregan a la puerta de la ciudad?”. Y Elías le responde que el Mesías está sentado entre personas pobres que están cubiertas de heridas, y que el Mesías mismo estará cubierto de heridas.

Elías explica que los pobres están sentados allá, cuidando de sus heridas, levantando todas las vendas viejas a la misma vez, limpiando todas las heridas, y después vendándose de nuevo. Elías aclara que el Mesías mismo está cuidando de sus heridas, pero de manera diferente. En vez de levantar todas las vendas simultáneamente y limpiar todas sus heridas, él levanta una venda a la vez, limpia la herida y la venda de nuevo, “diciéndose a sí mismo: ‘quizá me vayan a necesitar. Si es así, tengo que estar siempre preparado, de tal forma que [yo] no tarde un instante en aparecer.’”²⁴

Me fascina este relato. (No es bíblico ni es históricamente cierto; es más como una parábola.) La razón por la cual me encanta es porque coincide con el texto bíblico en reconocer que el Mesías ministra al mundo de hoy no desde su posición poderosa e inmaculada, sino como alguien que entiende lo que es ser vulnerable y herido y también busca sentarse entre los heridos, y que, no obstante su propio estatus herido, busca sanar a los demás. Lo que Nouwen sugiere es que el ministerio pastoral es igual. Nosotros mismos tenemos nuestras debilidades y heridas y tenemos que cuidar de ellas y no podemos fingir que no existen, no sea que las heridas se infecten y nos incapaciten. Entonces prestamos atención a nuestra salud, vendamos nuestras heridas, y lo hacemos

de manera intencional, de modo que estamos preparados cuando nuestro rebaño nos necesita. Y lo que ellos van a necesitar es un pastor que puede simpatizar con sus heridas, alguien a quien creen cuando dice que el Señor los puede sanar porque observan que él está en el proceso de ser sanado. Entonces nuestras propias heridas se vuelven una fuente de sanación, en el sentido de que vemos y comunicamos que nuestros propios sufrimientos y los sufrimientos de nuestras ovejas surgen “del fondo de la condición humana que todos compartimos.”²⁵

Esto no implica que celebramos nuestros pecados desde el púlpito ni usamos nuestros sermones como una especie de catarsis personal, ni que nos damos por vencidos ante nuestros pecados. (Tal vez Lutero a veces erraba por este lado. Una de las anécdotas de la vida de Lutero que más me da risa es que, una vez cuando el gran reformador conversaba con un amigo, le dijo, “Mañana tengo que enseñar acerca de la embriaguez de Noé. Entonces, debo tomar suficiente cerveza esta noche para poder hablar sobre esta maldad mañana como alguien que la conoce por medio de la experiencia.”²⁶ ¡De pronto debemos evitar el exceso de Lutero!) Hay que encontrar un equilibrio entre los dos extremos erróneos: 1) el extremo de ser un hipócrita que finge que no tiene heridas y 2) el extremo ser un desastre que no ha cuidado de sus vendas y llega a predicar con todas sus heridas abiertas. Creo que este equilibrio se encuentra en la noción de *simul iustus et peccator*. Somos simultáneamente justos y pecadores, que quiere decir que somos pecadores, pero más que pecadores, que sí de verdad hemos sido justificados y estamos viviendo el hermoso proceso de la santificación debido a la gracia de Dios. Comunicamos los dos lados de la moneda: que conocemos lo que es ser herido y lo que es expe-

rimentar sanación, que conocemos el desierto y el camino para salir de ello, que juntos con los miembros de las congregaciones nuestras, somos pecadores, sí, pero simultáneamente justos, y que Dios, por su gracia, está comprometido en cumplir la buena obra que él comenzó nosotros.

Capítulo 2

Sola Scriptura y el Espíritu Santo

La epistemología después de Wittenberg y Corozalito

¿Qué es la verdad?

¿Qué es la verdad? ¿Cómo se sabe que una idea es cierta? Más allá de los elementos fundamentales de la fe, ¿cómo diferenciamos entre información saludable o dañina, reflexiones acertadas o equivocadas? ¿Qué rol juega el Espíritu Santo hoy en día en profundizar nuestro entendimiento, puesto que Jesús dijo “cuando venga el Espíritu de la verdad, él los guiará a toda la verdad” (Jn. 16:13), y puesto que el avivamiento más importante de la AIEC comenzó con una especie de nuevo Pentecostés en Corozalito en 1958 y un poco después en Betania? Además, ¿cuánta atención debemos prestar a nuestras tradiciones evangélicas o a la razón mientras evaluamos qué es la verdad? Yo creo que, en Colombia, en el siglo 21 es mucho más complicado contestar estas preguntas que en el siglo pasado.

Elaboro un poco más. Con frecuencia en los carteles vemos imágenes de nuevos “apóstoles”. Ellos presentan como marcas de su apostolado sus carros nuevos, sus trajes elegantes, sus edificios llenos de las personas que financian su estilo lujoso de vida... en contraste con el acercamiento de Pablo, quien señaló sus cicatrices y sufrimientos como evidencia de ser el apóstol de Jesús (Gal. 6:17). Pero estos hombres y mujeres dicen que ellos han recibido

nuevas revelaciones del Espíritu Santo y tal vez nos preguntamos si su éxito reivindica su enseñanza, si nosotros mismos debemos comenzar a seguir su ejemplo.

Pensemos en otro ejemplo de que tan difícil es lidiar con la pregunta de “la verdad”. Hoy en día, hay más profesionales que nunca en la iglesia, y más estudiantes universitarios que nunca. Con estos mayores niveles de educación también vienen preguntas científicas y literarias y filosóficas que anteriormente un pastor típico de la AIEC no tenía que enfrentar. Existe la tentación entonces de animar a la gente a abrazar la Biblia en contra de lo que dicen los profesores universitarios. ¿Pero de veras debe ser así?

En una línea similar, como evangélicos, celebramos la Biblia como la fuente de nuestra teología y moralidad. Pero al estudiar en CIPEP o en la FUSBC, aprendemos que hay eruditos que discrepan sobre una miríada de aspectos de la interpretación bíblica. Tal vez nos preguntamos entonces ¿cómo un pastor puede presentar una perspectiva supuestamente “bíblica” cuando los expertos con frecuencia no están de acuerdo?

O tal vez sentimos la tentación de sencillamente descartar la perspectiva de cualquier escritor que no cuadra con lo que nosotros ya pensamos, con lo que dice nuestra declaración de fe denominacional. O por el otro lado, quizás nos preguntamos si es legítimo aferrarnos a la tradición de nuestra denominación, cuando celebramos que nuestra teología es bíblica y que no estamos amarrados por nuestra tradición como criticamos a la Iglesia Católica. Este año estamos celebrando la Reforma, la cual famosamente criticaba la tradición de la Iglesia Católica. ¿Pero, no sería hipócrita celebrar el rechazo de la tradición católica por medio de enaltecer una nueva tradición, la tradición de la Reforma?

Efectivamente, cuando preguntamos sobre cómo se debe interpretar la Biblia, cuando criticamos o alternativamente nos aferramos a nuestra tradición denominacional, cuando dudamos sobre los aportes de la razón, la filosofía y la ciencia, y cuando buscamos ser guiados por el Espíritu Santo sin generar profecías heréticas, estamos luchando con la pregunta de la *epistemología*. La palabra “epistemología” hace referencia sencillamente al estudio de cómo uno llega a saber algo con certidumbre.

A mi parecer, la epistemología es uno de los temas más apremiantes para la Iglesia de Colombia en el siglo 21, mientras lideramos congregaciones cada vez más educadas, mientras surgen desafíos desde la posmodernidad y mientras buscamos pastorear nuestras iglesias con fidelidad en un país lleno de pseudo-apóstoles y charlatanes.

Aportes de la Reforma a la epistemología evangélica: *Sola Scriptura*

Este capítulo aborda el tema de la epistemología desde dos direcciones. La primera mitad del capítulo habla de *sola Scriptura*, y la segunda se enfoca en el Espíritu Santo. En ambas partes buscaremos aprender conjuntamente de las Escrituras y de la tradición de la Reforma.

Escritura y tradición en la Reforma Protestante

Habitualmente los protestantes piensan que el eje fundamental de la Reforma fue soteriológico, es decir que la discrepancia esencial de la Reforma tuvo que ver con el rol de la fe y las obras y la gracia en la salvación. Pero esto no parece totalmente acertado. Sin negar la centralidad de estos temas teológicos para la Reforma,

estos temas eran las consecuencias de una discrepancia más fundamental, eran consecuencia de una diferencia de epistemología. El concepto epistemológico clave de la Reforma fue el principio de *sola Scriptura*. Vamos a ir aprendiendo qué significa, pero también vamos a tener que corregir algunos malentendidos de lo que el concepto de *sola Scriptura* significa realmente.

La Reforma en sí no tuvo que ver con si la Biblia es la palabra autoritativa de Dios o no. Esta idea no estuvo en duda en ningún momento de la historia de la Iglesia y todo teólogo católico de la época medieval habría afirmado que la Biblia es la palabra autoritativa de Dios. La discrepancia más bien tuvo que ver con qué tan confiable era la interpretación de la Biblia que tradicionalmente se había promovido en la Iglesia. En la Iglesia medieval se tomaba por dado que la interpretación de las Escrituras que la Iglesia tradicionalmente promulgaba era la interpretación correcta. Si los obispos y los Papas tradicionalmente interpretaban el texto bíblico de una manera, entonces esa interpretación tenía que ser correcta ahora.

Somos evangélicos, entonces de pronto no apreciamos instintivamente la lógica de esta perspectiva, pero no es tan tonta como tal vez parece. Al comienzo de este capítulo, se citó Juan 16:13, que afirma que el Espíritu Santo guiaría los discípulos de Jesús a toda la verdad. En los primeros siglos de la Iglesia, surgieron varios herejes que promulgaban teologías muy problemáticas, a veces porque el Espíritu Santo supuestamente se las había revelado. La manera en que la Iglesia enfrentó y derrotó estas herejías era por medio de mostrar que estas herejías discrepaban con la revelación bíblica. Entonces la Iglesia Católica siempre afirmaba que la Biblia es la autoridad teológica para el pueblo de Dios. Pero ellos también entendían el rol del Espíritu en guiar el pueblo a toda la

verdad en términos de la tradición de la Iglesia. La idea era que el rol del Espíritu de guiar el pueblo de Dios fue identificado con el acompañamiento del Espíritu en el proceso de interpretar las Escrituras. Fue entonces una conclusión lógica deducir que la teología promulgada por la Iglesia (especialmente por el Papa) con base en su interpretación de la Biblia cuenta con la autorización del Espíritu. Y por tal razón, se podía concluir que cualquier interpretación de la Biblia que discrepaba con la interpretación tradicional de la Iglesia tendría que ser una interpretación falsa, porque el Espíritu Santo tendría que proteger la Iglesia de tales errores en su interpretación de la Biblia.¹ Aunque no estoy de acuerdo con la postura, es importante entender cómo es la lógica de esta perspectiva de la Iglesia Católica.

¿Entonces qué cambió? Bueno el primer cambio no se debe a Lutero sino al Renacimiento. Antes del Renacimiento, los niveles de alfabetismo eran muy bajos y sin la tecnología de la imprenta, había previamente pocos libros disponibles para la gente, y, además, los libros eran muy costosos. Esta combinación de factores significaba que solamente los curas más educados tenían acceso a la Biblia, porque ningún pobre podía leer una Biblia, ni mucho menos comprarla. Además, en la época medieval, el idioma dominante para la lectura de la Biblia era el latín. Pero con el Renacimiento, los eruditos del siglo 15 y 16 llegaron a recuperar un interés en el estudio de la Biblia en sus idiomas originales, griego y hebreo. Es más, con el Renacimiento personas que no eran clérigos llegaron a participar más activamente en el proceso de leer las Escrituras y debatir sus significados, y como resultado había una apertura más grande a ideas innovadoras. Personas como Erasmo de Róterdam, uno de los eruditos católicos más brillantes y más

conocidos de la época, llegaron a pensar que sería valioso traducir el Nuevo Testamento a todos los idiomas del mundo, para que la gente de las partes más alejadas del globo pudiera leer el Nuevo Testamento su propio idioma.² Adicionalmente, había muchas personas dentro de la Iglesia Católica, incluso Erasmo, que criticaban fuertemente la práctica de la Iglesia Católica del siglo 15 y 16. Lutero no fue el primer crítico de la Iglesia Católica; lejos de ello.³

Hay que entender, entonces, que el ambiente epistemológico estaba cambiando aún dentro de la Iglesia Católica al comienzo del siglo 16, y que Lutero y sus avances recibieron un impulso de este cambio en el clima intelectual de la época. Se comenta con frecuencia que “Erasmo puso el huevo que Lutero empolló”.⁴

Volvemos entonces a los eventos de la vida de Lutero. Después de terminar su doctorado, él era profesor en la universidad de Wittenberg, enseñando teología y Biblia, porque él era un monje agustino, y la herencia intelectual de Agustín siempre enfatizaba la centralidad de la Biblia en la elaboración de la teología cristiana.⁵ Entonces la pasión que Lutero tenía para la Biblia se derivaba de su trasfondo católico, de la doctrina católica. En este contexto, Lutero observa los abusos del sistema de indulgencias, y entonces elabora sus 95 tesis para enfrentar y acabar con estos abusos. En sus 95 tesis, no hay ningún rechazo de la autoridad de la Iglesia ni de su tradición ni de la autoridad del Papa. Parece que Lutero anticipaba que por lo menos la mayoría de los obispos y el Papa llegarían a ver qué tan problemáticas eran las prácticas de personas como Johann Tetzel. La reacción no fue tan positiva como Lutero había anticipado, entonces durante los próximos dos años, él debatiría con otros teólogos y líderes de la Iglesia, y en particular él incorporaría mucha Biblia en sus argumentos, porque él era profesor de

teología y de Biblia. Los argumentos bíblicos de Lutero eran más fuertes que los argumentos bíblicos de sus oponentes, entonces sus oponentes comenzaron a recurrir a la autoridad de la tradición de la Iglesia y especialmente a la autoridad del Papa, hasta que al fin y al cabo Lutero llegó a concluir que era necesario escoger entre su propia interpretación de las Escrituras y la interpretación de sus superiores en la Iglesia, incluso el Papa. Y él decidió confiar en su propia interpretación.

Esto es audaz. Tal vez aún arrogante, aunque históricamente no cabe duda que Lutero tenía un lado bien arrogante. Pero en ese sentido, Lutero era un producto del Renacimiento, con su afirmación de la razón y de la importancia de la interpretación de las Escrituras en griego y en hebreo, de modo que Lutero llegó a imaginar que él podía interpretar las Escrituras de manera correcta aun si él discrepaba con la tradición de los líderes de la Iglesia, que supuestamente contaban con el apoyo del Espíritu Santo. A la luz de esto, veamos de nuevo sus palabras famosas en la Dieta de Worms, y piensen qué tan audaces son.

Si no se me convence mediante testimonios de la Escritura y claros argumentos de la razón — ya que no confío en el Papa, ni en su Concilio, debido a que ellos han errado continuamente y se han contradicho— estoy sometido a mi conciencia y ligado a la palabra de Dios. Por eso no puedo ni quiero retractarme de nada, porque hacer algo en contra de la conciencia no es seguro ni saludable. ¡Dios me ayude, amén!⁶

Desde ese momento en adelante, la reforma fue caracterizada por una diferenciación entre la autoridad de la Biblia y la auto-

ridad de la interpretación tradicional de la Biblia por parte de la Iglesia. Esta idea se llegó a expresar con la frase *sola Scriptura*, solo Escritura. *Sola Scriptura* asevera que la palabra final en las discrepancias teológicas es el mensaje de la Biblia. Como resultado de este paso decisivo, los reformadores llegaron a sentir la libertad de discrepar con las interpretaciones tradicionales de la Iglesia sobre una gran variedad de temas, porque dejó de ser necesario identificar la autoridad de la Biblia con la autoridad de la interpretación tradicional de la Biblia.

Tal vez en este momento están pensando, “Bueno, entonces ya. La Reforma nos enseña que el único criterio importante para la epistemología es la Biblia. Podemos acabar con todo esto de la tradición y la razón humana y solamente aferrarnos a la Biblia.” Entiendo que tan atractivo es este acercamiento, pero el problema es que es una distorsión de lo que sucedió en la Reforma y lo que pensaban los reformadores. Justo González, el mejor historiador de la Iglesia en el mundo evangélico latino, dice:

Con demasiada frecuencia se oye decir que los reformadores rechazaban la tradición. Pero la verdad es que sin tradición es imposible vivir. Lo que los reformadores rechazaban no era la tradición misma, sino la tendencia y práctica de la iglesia de su época de colocar a la tradición por encima y hasta en contra de las enseñanzas de la Biblia.⁷

Cuando miramos las obras de Lutero, vemos que él no rechazaba toda la tradición de la Iglesia. Cuando uno lee sus obras, se ve que él cita varios padres de la iglesia, especialmente San Agustín. Lutero también escribió dos catecismos y ambos tienen una sec-

ción larga dedicada al credo apostólico, que no es parte de la Biblia sino de la tradición de la Iglesia, escrito tarde en el segundo siglo.

Mientras que muchos creyentes asumen que los reformadores protestantes solo usaron la Biblia para reformar a la iglesia, la verdad es que los recursos teológicos y eclesiales fueron amplios—las teologías de los Padres, particularmente Agustín, comentarios bíblicos de las épocas de la iglesia primitiva y medieval, el dominio de los lenguajes bíblicos y del lenguaje teológico de su tiempo (el latín), la historia y teologías de las prácticas eclesiales, como los sacramentos, la predicación y la formación pastoral.⁸

Lutero y los reformadores no menospreciaban el valor de 1500 años de historia de la Iglesia, ni imaginaban que el Espíritu Santo había malgastado su tiempo durante más de un milenio. Solamente afirmaban que la tradición de la Iglesia puede errar y que la interpretación cuidadosa de las Escrituras puede corregir tales errores.⁹ Creo que, a un cierto nivel, la gran mayoría de los protestantes ya entienden que la tradición es importante. La razón por la cual la convención de la AIEC celebró el aniversario de la Reforma es porque los eventos de la Reforma y la teología que salió de estos eventos generaron la tradición protestante. Entonces la doctrina de *sola Scriptura* no implica un rechazo total de la tradición. A decir verdad, sería un poco gracioso celebrar la tradición de la Reforma con base en la suposición de que la Reforma categóricamente rechaza la legitimidad de la tradición. Así pues, necesitamos una perspectiva equilibrada. Reconocemos que interpretaciones y teologías tradicionales no cuentan con la autoridad

que tiene la Biblia, pero no descartamos la tradición como si no sirviera para nada.¹⁰

Al contrario, quiero sugerir que aprovechemos la celebración de la Reforma, no solamente para renovar nuestro compromiso con la Biblia, sino también para reafirmar una apreciación positiva y equilibrada del valor de la tradición cristiana. El hecho de que la AIEC decidió dedicar el congreso de este año al tema de la Reforma me parece un paso excelente en reconocer el valor de nuestra tradición eclesial y la importancia de aprender de lo que el Espíritu ha realizado en la iglesia. Entonces nos dedicamos a estudiar la tradición de la Reforma, y además, en los meses y años que vienen, debemos adoptar el hábito de incorporar en nuestro estudio teológico no solamente nuevos comentarios bíblicos, sino también aprendizaje de las biografías de los héroes de la Iglesia, personas como George Müller y Jim Elliott, Martín Lutero, San Francisco, Oscar Romero, la madre Teresa de Calcuta y Jonathan Edwards; y adicionalmente debemos estar aprendiendo de la teología de la historia de la Iglesia, llegando a conocer las obras famosas como *Las Confesiones* de San Agustín y la *Institución* de Juan Calvino. Leemos estos textos, no porque son inspirados ni infalibles, sino porque son los frutos de años de discipulado, estudio y obediencia al Espíritu Santo, obras de seres humanos pecaminosos que de todos modos nos pueden educar, inspirar y edificar.

La razón y los reformadores

Hemos corregido un malentendido de la doctrina de *sola Scriptura*: no significa un rechazo total de la tradición de la Iglesia, sino una subordinación de la tradición de la Iglesia a las Escrituras. Ahora pasamos a corregir otro malentendido de *sola Scriptura*, la

suposición errónea de que sola Scriptura implica un rechazo de la razón y de la erudición humana. Argumento que esta es una distorsión grave de la enseñanza de la Reforma. *Sola fide y sola Scriptura* no significan que el cristiano debe vivir sin cerebro.

El primer problema con esta postura es que olvida que los reformadores eran estudiosos y eruditos. Martín Lutero era un profesor de teología con un doctorado. Los grandes reformadores suizos eran académicos que habían estudiado en las mejores universidades de Europa.¹¹ Los líderes de la Reforma inglesa, Hugh Latimer y Nicholas Ridley, y Thomas Cranmer eran estudiosos. Además, Lutero y todos estos reformadores suizos e ingleses bebieron profundamente del pozo de la erudición humanista que salió del Renacimiento. La razón por la cual Lutero era capaz de generar tanta teología innovadora y tantos descubrimientos era por su estudio cuidadoso de idiomas antiguos. Así, espero que vean que tan extraño es que algunas personas opinen que la tradición cristiana inspirada por algunas de las mentes más brillantes del siglo 16 debe ser una religión anti-intelectual.

Adicionalmente, la capacidad de priorizar las Escrituras por encima de la tradición de la Iglesia implica un compromiso profundo con la operación de la razón. En nuestra discusión de la priorización de las Escrituras por encima de la tradición de la Iglesia, lo que de veras preguntamos es si la interpretación tradicionalmente promulgada por los líderes de la Iglesia podría ser desplazada por una nueva interpretación de las Escrituras que sea más convincente y acertada. Con respecto a ese tema, la pregunta fundamental es, ¿cómo se puede determinar cuál interpretación es más convincente? La Iglesia Romana en la época del Lutero decía que uno debía confiar en la interpretación tradicional porque esta

contaba con el apoyo implícito del Espíritu Santo. Pero la respuesta audaz de Lutero era que la *razón* era la prueba de ácido para la veracidad de una interpretación de la Escritura. Esto implica una afirmación de enorme confianza en la razón humana. Aún su declaración más famosa en la Dieta de Worms explícitamente recalcó el rol clave de la razón.

Si no se me convence mediante testimonios de la Escritura y *claros argumentos de la razón* — ya que no confío en el Papa, ni en su Concilio, debido a que ellos han errado continuamente y se han contradicho— estoy sometido a mi conciencia y ligado a la palabra de Dios. Por eso no puedo ni quiero retractarme de nada, porque hacer algo en contra de la conciencia no es seguro ni saludable. ¡Dios me ayude, amén!¹²

Entonces la razón es una parte integral de *sola Scriptura*. Lógicamente, poder resistir una interpretación tradicional de la Biblia con otra interpretación que se supone es más fiel al mensaje de la Biblia, depende de un alto grado de confianza en la aplicación de la razón. *Sola Scriptura* no implica una negación de la razón.

Lejos de concebir las Escrituras en contra de la razón, los reformadores, Calvino en particular, reconocieron la necesidad de afirmar la *coherencia* entre las Escrituras y la razón. Aunque reconocieron que con frecuencia los humanos erran, se equivocan, en su aplicación o su manejo de la razón, la razón en sí, correctamente manejada, *tiene* que ser coherente y armoniosa con las Escrituras. La razón por la cual es imprescindible afirmar la armonía entre las Escrituras y la razón es porque la fuente de ambas es Dios mismo. Y Dios no puede discrepar consigo mismo.

Dado su compromiso con la idea de que la razón y las Escrituras se derivan del mismo Dios, Calvino las entendía como distintas formas de “revelación”. La razón y las Escrituras revelan cosas sobre Dios y su operación en el mundo. Más precisamente, el pensamiento calvinista se puede describir con recurso a una distinción entre lo que llamamos la “revelación general” y “revelación especial” (esta distinción originalmente fue explorada por Tomás de Aquino). Revelación especial hace referencia a cualquier manera en que Dios se ha revelado en circunstancias particulares, en momentos particulares de la historia, y a personas específicas. Entonces cuando Dios apareció a Moisés en la zarza ardiente, eso fue un momento de revelación especial. No todo el mundo tuvo el privilegio de interactuar con esta revelación de Dios, sino solamente Moisés. Cuando Jesús se encarnó en el primer siglo, eso fue revelación especial porque no todas personas en todos tiempos y todos países pudieron interactuar con Jesús. Fue especial. Toda la Biblia es revelación especial, aunque buscamos divulgar la Biblia lo más posible. Cada profecía es revelación especial. Si tú tienes un sueño o una visión de Dios, eso es revelación especial. Cada vez que Dios revela algo acerca de sí mismo y su operación en el mundo de manera que no es accesible a todo el mundo simultáneamente, es revelación especial.

Por el otro lado, la revelación general hace referencia a maneras en que Dios se ha revelado de modo accesible a cualquier persona en cualquier lugar en cualquier momento de la historia. Entonces, la creación es una forma de revelación general. Todo el mundo puede observar la creación, y la creación testifica de Dios; la creación lleva las huellas dactilares del creador. Como dice el Salmo 19,

Los cielos cuentan la gloria de Dios, el firmamento proclama la obra de sus manos. Un día transmite al otro la noticia, una noche a la otra comparte su saber. Sin palabras, sin lenguaje, sin una voz perceptible, por toda la tierra resuena su eco, ¡sus palabras llegan hasta los confines del mundo!

Salmo 19:1-4

O como dice el apóstol Pablo,

Lo que se puede conocer acerca de Dios es evidente para [los seres humanos], pues él mismo se lo ha revelado. Porque desde la creación del mundo las cualidades invisibles de Dios, es decir, su eterno poder y su naturaleza divina, se perciben claramente a través de lo que él creó, de modo que nadie tiene excusa.

Romanos 1:19-20

La creación refleja algo del creador, y entonces es una forma de revelación de Dios a todo el mundo; todo el mundo puede observar la creación, de modo que sirve como una forma de revelación general. Aunque la revelación especial solamente está disponible para ciertas personas en ciertos momentos de la historia, la revelación general está disponible a todas las personas en todos los momentos.

Otra forma de la revelación general es la razón. La razón humana, según los padres de la Iglesia y los reformadores, es un reflejo de la razón divina. Aunque nuestra razón es limitada y no siempre es aplicada correctamente, hay una coherencia fundamental entre nuestra razón y la razón divina. Puesto que todo ser humano es racional, todos los seres tienen la capacidad de razonar y deducir

y llegar a conocer algo sobre Dios y su operación en el mundo. Entonces hay dos formas de revelación, según la perspectiva reformada: la revelación general (por ejemplo, la creación y la razón) y la revelación especial (por ejemplo, las Escrituras, las profecías, aún la tradición de la Iglesia).

Les comparto algunos ejemplos de textos donde Calvino afirma la idea de la revelación general.

Puesto que la felicidad y bienaventuranza consisten en conocer a Dios, Él... no solamente plantó la semilla de la religión de que hemos hablado en el corazón de los hombres, sino que de tal manera se ha manifestado en esta admirable obra del mundo y cada día se manifiesta y declara, que no se puede abrir los ojos sin verse forzado a verlo... Él ha inscrito en cada una de sus obras ciertas notas y señales de su gloria tan claras y tan excelsas, que ninguno, por ignorante y rudo que sea, puede pretender ignorancia. (Calvino, *Institución* 1.5.1)

Otra vez:

Infinitas son las pruebas, así en el cielo como en la tierra, que nos testifica en su admirable sabiduría y poder. No me refiero solamente a los secretos de la naturaleza que requieren particular estudio, como son la [astronomía], la medicina y toda la ciencia de las cosas naturales; me refiero también a los que son tan notorios y palpables, que el más inculto y rudo de los hombres los ve y los entiende, de suerte que es imposible abrir los ojos sin ser testigo de hechos. Es verdad que los que han entendido, o al menos gustado, las artes liberales, con esta ayuda pueden entender mejor

los misterios secretos de la divina sabiduría. Más, aun así, el que jamás estudió no encontrará dificultad para ver tal arte y armonía en las obras de Dios, que le haga admirar al creador de las mismas. (Calvino, *Institución* 1.5.2)

Noten que, en este texto, Calvino también subraya como el estudio y la erudición pueden capacitar a la persona a entender mejor la sabiduría divina (es decir, la revelación especial) y además lo que la creación revela de Dios (la revelación general).

Por esta razón, uno de los herederos teológicos de Calvino, Abraham Kuyper, famosamente declaró, “no hay una pulgada cuadrada en todo el dominio de la existencia humana sobre la cual Cristo, quien es soberano en todo, no clame, ‘Es mía’”.¹³

Toda la creación pertenece a Dios, toda la creación refleja a Dios, y nada de lo que descubrimos en la creación va a discrepar con la realidad divina, sino que todo ejercicio acertado de la razón humana, todo estudio bien manejado de la creación va a apuntarnos hacia el Señor. Entonces, el famoso erudito reformado James K. Smith elaboró,

Cristo no es solamente el Señor de nuestras almas, sino el Señor de nuestros cuerpos, el Señor de nuestras familias, Señor de nuestro comercio y recreación y educación. Es el Señor de la ciencia y del arte, de la danza y de los diptongos, del comer y del beber. No hay ningún rincón de la creación que es inmune de su Señorío, ninguna esfera “secular” de vida que es neutra con respecto a la soberanía del Creador.¹⁴

Entonces la tradición reformada afirma que la revelación general testifica a Dios, al mismo Dios señalado por la revelación especial. Y si las dos formas de revelación tienen como referente el mismo Dios, ellas no pueden discrepar entre sí.

No obstante, Calvino no implicaba que las dos formas de revelación eran iguales. Él entendía muy claramente que los seres humanos no perciben de manera prístina las evidencias de Dios en el mundo natural ni aplican perfectamente su razón. Por razón del pecado humano y los límites de la mente humana, Calvino concluye que la revelación general en sí no es adecuada para alcanzar conocimiento salvífico de Dios sin la ayuda de la revelación especial, sin el apoyo de la proclamación de las Escrituras.

Pues, como quiera que el entendimiento humano, según es de débil, de ningún modo puede llegar a Dios si no es ayudado y elevado por la sacrosanta Palabra de Dios, es necesario que todos los hombres, excepto los judíos, por buscar a Dios sin su palabra, anduviesen perdidos y engañados en el error y la vanidad. (Calvino, *Institución* 1.6.5)

Por tal razón, sin negar que la revelación general de veras era revelación y cierta, Calvino está de acuerdo con Pablo acerca de la necesidad de divulgar la revelación especial. Como dice el apóstol en Romanos 10:14-15

Bien, ¿cómo invocarán a aquel en quien no han creído? ¿Y cómo creerán en aquel de quien no han oído? ¿Y cómo oirán si no hay quien les predique? ¿Y quién predicará sin ser enviado? Así está

escrito: “¡Qué hermoso es recibir al mensajero que trae buenas nuevas!”

Sin la revelación especial, la revelación general no es suficiente, pero no hay ninguna contradicción entre las dos formas de revelación. Calvino sencillamente priorizaba la revelación especial por encima de la revelación general en cuanto a conocimiento de cosas divinas.

Entonces, volvemos al tema de *sola Scriptura*. La perspectiva reformada indudablemente afirma *sola Scriptura*, pero no de manera que implica un rechazo de la razón ni del resto de la revelación general. *Sola Scriptura* es una afirmación de la *prioridad*, de lo fundamental que es la revelación especial, y en particular, las Escrituras como el meollo inspirado de la revelación especial. *Sola Scriptura* implica una priorización de las Escrituras por encima de la razón, pero no un rechazo de la razón.

Por esta razón, celebro que la AIEC ha reconocido el valor de la capacitación teológica y académica desde el comienzo de la denominación. Históricamente esta denominación evidencia una trayectoria hacia niveles siempre mayores de capacitación para el ministerio.¹⁵ La educación fue una prioridad en el documento de Tolú, elaborado en 2001 como una proyección hacia el futuro de la denominación¹⁶ y el hecho de que ustedes brindan tanta formación a través de CIPEP y además actualmente tienen 21 estudiantes capacitándose en la FUSBC, es evidencia de cómo están cumpliendo con esa proyección. Me regocijo también en el quinto valor de la AIEC, que dice “valoramos la preparación y educación teológica y académica de los obreros, pastores y líderes en general.” En particular, me gusta que la AIEC recalca lo esencial

de la educación teológica, pero que también agregan un reconocimiento de la importancia de la educación académica que no es exclusivamente teológica. Con razón. Así la denominación es un buen heredero de la Reforma.

En nuestra celebración de la Reforma, les animo a imitar el ejemplo de los reformadores, de apreciar que el estudio académico va de la mano con el estudio teológico; les animo a escoger un campo de conocimiento no teológico para estudiar el año que viene, tal vez la literatura de Gabriel García Márquez, el arte andino, la astronomía o la economía. Porque nuestro Dios es el Dios de las estrellas, de la economía, de la matemática, del arte y de la literatura, y empobrecemos nuestro gozo al no explorar la abundancia de su auto revelación que es accesible a través de la aplicación de nuestra razón y la observación de la creación divina.

Prima Scriptura

En nuestro estudio de *sola Scriptura*, hemos visto que la doctrina busca afirmar que las Escrituras son el fundamento inspirado y más confiable de nuestro conocimiento sobre Dios, que hay que ordenar lo que suponemos ver a través de nuestras presuposiciones o tradición o razón a lo que la interpretación acertada de las Escrituras comunica. Pero simultáneamente hemos visto que la doctrina de *sola Scriptura* no implica un rechazo entero de la tradición ni la exclusión de la razón. Al contrario, es una priorización de las Escrituras por encima de la tradición y la razón.

Consecuentemente, algunas ramas de la segunda y tercera generación de la Reforma decidieron que era más preciso describir la epistemología reformada usando la frase *prima Scriptura*, en vez de *sola Scriptura*. La tradición anglicana, la cuál es mi tradi-

ción, utiliza el lenguaje de *prima Scriptura* para subrayar que las Escrituras tienen un estatus preeminente como revelación divina, sin excluir otras maneras en que Dios se ha revelado, por ejemplo, a través de la revelación general.

La denominación metodista también afirma *prima Scriptura* (el metodismo es en cierto sentido un hijo del anglicanismo, porque los hermanos Wesley eran sacerdotes anglicanos). Y de pronto mi aporte favorito de la tradición metodista es el llamado “Cuadrilátero de Wesley” (ver figura 1). Esta imagen, este cuadrilátero de Wesley, busca mostrar que hay cuatro lados, cuatro facetas de nuestra manera de aprender sobre Dios. Utiliza los compromisos esenciales de la visión reformada de revelación general y especial, pero agrega un mayor grado de precisión. El cuadrilátero de Wesley entonces dice que nuestro conocimiento de Dios es nutrido por las Escrituras, la razón, la tradición, y nuestra experiencia personal de Dios (o si usted prefiere, lo que aprendemos a través de nuestra relación personal con Dios) y que lo más fundamental, lo más confiable, la faceta que cuenta con la prioridad primordial con respecto a temas teológicos es: la Biblia. Y cuando hacemos teología y enfrentamos retos nuevos, mi consejo es que se recurra a este modelo para aprovechar todos los recursos de la revelación divina mientras buscamos identificar cuál es la voluntad de Dios.

¿El Espíritu Santo y la Reforma?

Hasta ahora, hemos explorado cómo las Escrituras, la tradición cristiana y la razón cooperan para enriquecer nuestra comprensión del carácter, la voluntad y la operación de Dios. Pero no hemos tocado la operación del Espíritu Santo y la posibilidad de que se comunique con nosotros. Además, en las iglesias de América Latina

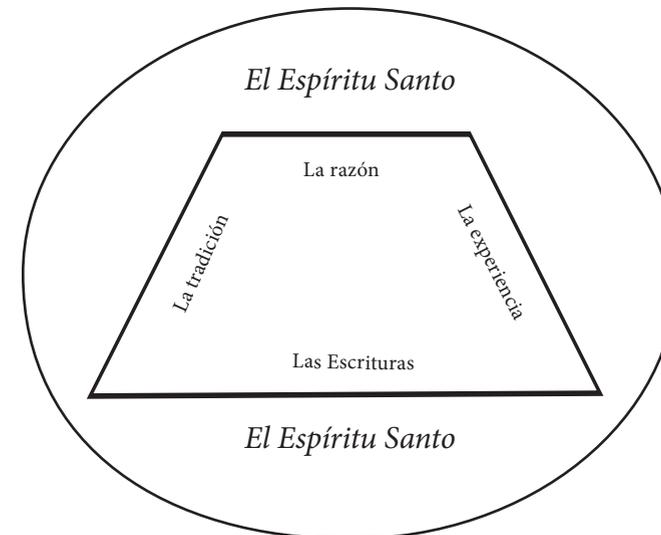


Figura 1: Cuadrilátero de Wesley

en el siglo 21 se hace mucho énfasis en la obra del Espíritu Santo. ¿La Reforma nos dice algo sobre este tema? Pues, sí. Pero aquí, la Reforma tiene ciertos límites, como veremos.

Lutero y el Espíritu Santo

Comenzamos con Lutero. Durante las primeras décadas de la Reforma, Lutero tuvo varios conflictos sobre el tema del Espíritu Santo con otros Reformadores que él despectivamente llamaba *Schwärmer*, “fanáticos”. Algunas de esas personas eran miembros de lo que hoy en día llamamos la Reforma Radical, por ejemplo, Tomás Müntzer y Andreas Bodenstein von Karlstadt. Pero quizás los más interesantes de los oponentes de Lutero dentro del nuevo movimiento protestante eran los profetas de Zwickau. Había tres hombres de la ciudad de Zwickau, una ciudad en Sajonia, que fueron exiliados de su ciudad al final de 1521 y causaron varios

disturbios en Wittenberg en 1522, un poco después de la dieta de Worms. Sus nombres eran Nicholas Storch, Thomas Dreschel y Markus Stübner. Ellos vinieron a Wittenberg precisamente porque entendían que la reforma de la Iglesia estaba en marcha en esta ciudad. Pero ellos discrepaban bastante con Lutero.

De pronto la característica más prominente que conocemos sobre estos profetas de Zwickau es que ellos decían que el Espíritu Santo les había comunicado revelaciones directas. Ellos dijeron que fueron arrebatados al tercer cielo, tal como Pablo había dicho en 2a Corintios 12. Con base en las revelaciones que supuestamente habían recibido, ellos predicaban un apocalipticismo inminente, diciendo que el mundo se acabaría pronto. Ellos también discrepaban con Lutero sobre temas como el bautismo de infantes; Lutero afirmaba el pedobautismo (es decir, él decía que se debe bautizar los infantes) y los profetas de Zwickau dijeron que no. Adicionalmente, ellos rechazaban la idea de una iglesia estatal, y Lutero apoyaba la idea. En este sentido, no obstante sus problemas, los profetas de Zwickau anticipaban algunas de las enseñanzas de la Reforma radical con que la AIEC pronto estaría de acuerdo. (Obviamente, los profetas de Zwickau se equivocaron en cuanto a su expectativa del fin inminente del mundo... ¡dado que todavía estás aquí, 500 años después, leyendo este libro!)

Volviendo al tema de epistemología, Lutero estaba bastante angustiado por la manera en que los profetas de Zwickau promulgaban doctrinas con tanta independencia, sencillamente apoyándose con lo que el Espíritu Santo supuestamente les había comunicado. Los historiadores de la Iglesia concuerdan que la llegada de estos llamados “fanáticos” fue una de las ocasiones claves para el desarrollo de la doctrina del Espíritu Santo de Lutero.¹⁷ Específicamen-

te, Lutero elaboró su doctrina del Espíritu Santo en reacción a los excesos de estos hombres.

Lutero temía que los profetas de Zwickau promulgarían doctrinas falsas, o que abusarían del “Espíritu”, que solo hablaba a ellos, para engrandecerse y simultáneamente callar los críticos y sus oponentes, o cualquier persona que buscaría señalar sus errores.¹⁸ De pronto simpatizamos con esta preocupación de Lutero, dado que cosas similares han pasado en nuestro contexto en el día de hoy. Es común que los falsos apóstoles de hoy en día siempre están recibiendo promesas de bendición de Dios y palabras que los engrandecen, aunque el Espíritu aparentemente *nunca* reprende su avaricia o su vanagloria. (¡Sería conveniente tener a Dios en el bolsillo, como tales profetas, para poder sacarlo y refutar los oponentes, y después guardarlo de nuevo para no tener que escuchar sus reprimendas!).

Sí, entendemos por qué los profetas de Zwickau le cayeron mal a Lutero. Pero la manera en que Lutero enfrentó este problema de pronto fue excesiva también. Lutero dijo que el Espíritu *solamente* habla a los cristianos por medio de la Biblia¹⁹ y los sacramentos. Cuando él hablaba de la predicación de la Biblia y la observación de los sacramentos, se refería a ellos como como “la palabra externa”. Lutero dijo,

Hay que mantener firmemente que Dios no da su Espíritu o gracia a nadie aparte de la palabra externa [la Biblia] que precede. Decimos esto para protegernos de los fanáticos, es decir, los “espíritus”, que se jactan de tener el Espíritu aparte de y antes de contacto con la Palabra.²⁰

O, en términos más fuertes, Lutero dijo, “Dios no se te acercará en tu habitación privada para hablar contigo. Entonces él ha arreglado que la Palabra externa sea predicada y vaya delante”. Para Lutero, el Espíritu se comunica solo por medio de meditación en la palabra, y no directamente, a través de, digamos, una visión o una profecía.²¹

De pronto podemos simpatizar con la preocupación de Lutero, aunque yo creo que su reacción fue exagerada y que él empujó demasiado el péndulo al otro extremo. En 1 Tes. 5:19-21, Pablo dijo, “No apaguen el Espíritu, no desprecien las profecías, sométanlo todo a prueba, aférrense a lo bueno”. Parece que Lutero era culpable de apagar el Espíritu y despreciar las profecías.

Una de las vulnerabilidades del protestantismo histórico, con nuestro énfasis fuerte en *sola Scriptura* y la teología racional, es que a veces el énfasis central de la religión puede caer en formulaciones doctrinales o en exposiciones bíblicas, en vez de una experiencia inmediata de Dios. Para muchas personas esto ha sido una debilidad insatisfactoria del protestantismo, dado que somos seres no meramente intelectuales sino también seres emocionales. Por tal razón, el pentecostalismo, con su fuerte énfasis en la experiencia directa y emocional de Dios, ha sido tan fuertemente acogido en el mundo protestante durante las últimas décadas: sin negar las doctrinas de la Reforma, el pentecostalismo facilita una experiencia más directa de Dios.²²

Pero sabemos que el pentecostalismo también presenta problemas. Una de las grandes debilidades de la teología pentecostal es la falta de un mecanismo adecuado para evaluar las ideas atribuidas al Espíritu por parte de los miembros de las comunidades pentecostales. La gente genera un montón de mensajes que supues-

tamente son del Señor, pero habitualmente aplican muy pocas herramientas para evaluar si estas palabras de veras son de Dios o no lo son. Sencillamente se supone que uno puede discernir, o intuitivamente percibir que el Espíritu es activo en la persona. O tal vez, suponen que la reputación del “profeta” reivindica su profecía. Y nadie quiere sugerir que la profecía de su amigo o su pastor de pronto sea falsa, especialmente cuando estos profetas están diciendo cosas agradables o edificantes.

El Dr. Simeon Zahl de la Universidad de Nottingham es un experto en la pneumatología (es decir, la doctrina del Espíritu Santo), y él ha escrito sobre este problema. (Debo aclarar que el Dr. Zahl es un anglicano carismático. Entonces debemos entender que sus críticas de algunos de los abusos del movimiento carismático no se derivan de un rechazo de la obra continuada del Espíritu Santo; son críticas de alguien que pertenece a la comunidad cristiana carismática.) El Dr. Zahl escribe lo siguiente sobre la credulidad excesiva del movimiento pentecostal frente las nuevas profecías:

Aunque [en el movimiento pentecostal] quizás existe un reconocimiento al corto plazo de que el diablo puede engañar de vez en cuando, no existe ningún espacio para la posibilidad del *autoengaño radical del cristiano al largo plazo*. Se excluyen fuertes motivaciones subconscientes – sean motivaciones psicológicas, socioeconómicas, culturales-contextuales o sencillamente pecaminosa-egoístas. El resultado es que no existe ningún mecanismo inherente para distinguir entre los deseos y comunicaciones que son genuinamente divinos y el auto-engañado bautismo de los deseos personales por medio de atribuirlos a “Dios”.²³

En breve, el Dr. Zahl advierte que el movimiento pentecostal es vulnerable al engaño, no solamente de parte de personas abusivas, sino también de parte de personas genuinas que se auto-engañan y atribuyen sus propios anhelos a la voluntad de Dios.

¿Entonces cómo respondemos ante este problema? Bueno, recibimos una cierta cantidad de ayuda de Juan Calvino. Calvino también enfrentaba ciertas personas que él denominaba “fanáticos”.

Ahora bien, los que desechando la Escritura se imaginan no-sé-qué-camino para llegar a Dios, no deben ser tenidos por hombres equivocados, sino más bien por gente llena de furor y desatino. De ellos ha surgido hace poco cierta gente de mal carácter, que, con gran orgullo, jactándose de enseñar el nombre del Espíritu, desprecian la Escritura y se burlan de la sencillez de los que aún siguen “la letra muerta y homicida”, como ellos dicen. Mas yo querría que me dijeran quién es ese espíritu, cuya inspiración les arrebatara tan alto, que se atreven a menospreciar la Escritura como cosa de niños y demasiado vulgar. (Calvino, *Institución* 1.9.1)

Noten aquí que Calvino enfrenta personas que menosprecian el estudio de la Biblia como una preocupación por “la letra muerta”, a favor de sus supuestas revelaciones del Espíritu Santo. Pero Calvino señala una contradicción en el argumento de tales personas. Él subraya que el Espíritu de Dios inspiró las Escrituras, así que cualquier mensaje profético que él anuncie después no debe contradecir lo que él inspiró en las Escrituras. Entonces, Calvino explica que una de las mejores maneras de evaluar una profecía atribuida a Dios es por medio de compararla con lo que se ha revelado sobre Dios en las Escrituras.

A fin de que, en el nombre del Espíritu de Dios, no se nos meta poco a poco a Satanás, quiere el Señor que lo reconozcamos en su imagen, que Él *ha impreso en la Escritura Santa*. Él es su autor; no puede ser distinto de sí mismo. Cual se manifestó una vez en ella, tal conviene que permanezca para siempre. (Calvino, *Institución* 1.9.2)

Este argumento es muy similar al argumento que elaboré previamente con respecto a la revelación general. Dije que, puesto que el Dios que se revela en la creación es el mismo Dios que se reveló en la Biblia, lo que percibimos a través de la creación y la revelación general no puede discrepar con lo que percibimos a través de la revelación especial. De igual manera, Calvino argumenta que lo que el Espíritu de Dios revela a través de un profeta no va a contradecir lo que revela en las Escrituras.

No obstante, por lo menos parece haber espacio en Calvino para la posibilidad de que el Espíritu Santo podría seguir hablando hoy, no en contra de las Escrituras, pero en continuidad con las Escrituras.

Cuando Dios nos comunicó su Palabra, no quiso que ella nos sirviese de señal por algún tiempo para luego destruirla con la venida de su Espíritu; sino, al contrario, envió luego al Espíritu mismo, por cuya virtud la había antes otorgado, para *perfeccionar* su obra, con la confirmación eficaz de su Palabra. (Calvino, *Institución* 1.9.3)

No me es muy claro cuánto Calvino esperaba que Dios seguiría hablando a través del Espíritu Santo, pero me parece que por lo menos contempla la posibilidad.

Entonces, déjame resumir los aportes de la Reforma a nuestras reflexiones sobre la comunicación continuada del Espíritu Santo. Lutero nos ayuda a ver qué tan peligroso es cuando personas promulgan sus propios mensajes, desligados de o en contra de la Biblia, supuestamente con base en la autoridad del Espíritu Santo. Calvino estaba de acuerdo que esto era peligroso, aunque él de pronto no excluía que Dios podría seguir comunicándose hasta el día de hoy. No obstante, Calvino subrayaba la importancia de comparar la profecía con las Escrituras, dado que Dios no va a contradecirse a sí mismo. Estos dos aportes de la Reforma son fundamentales. Pero creo que podemos decir un poco más, con base en como Dios ha empujado a la Iglesia a crecer positivamente a través del movimiento pentecostal y también con base en lo que observamos en la Biblia.

El Espíritu más allá de la Reforma: aportes desde el movimiento pentecostal

De pronto el problema con la perspectiva de la Reforma en cuanto a la obra del Espíritu Santo es que era tan defensiva y estaba tan preocupada con los abusos que no aprovechaba al máximo los beneficios de la operación continua del Espíritu Santo. La realidad es que la Biblia misma resalta fuertemente el rol del Espíritu Santo en guiar la Iglesia (como vemos en el libro de Hechos, un texto que vamos a explorar más detalladamente próximamente). Cuando el Espíritu guía la Iglesia, no se limita a guiar su lectura de la Biblia, en contraste a lo que Lutero argumentaba. Una idea esencial del Nuevo Testamento, la idea que el movimiento pentecostal recuperó, es que Dios sigue activamente cooperando con y guiando a su Iglesia a través del Espíritu Santo, y no solamente a través de la Biblia.

El movimiento pentecostal comenzó con el avivamiento de Azusa Street, en Los Angeles, California, en 1906. El líder clave fue William Seymour, un africano-americano con un solo ojo, hijo de esclavos liberados. Él pastoreaba una congregación muy pequeña, y una semana el Espíritu Santo cayó y la gente comenzó a hablar en lenguas. Fue con base en esta experiencia que ellos se fijaron en las Escrituras y vieron que precisamente esas cosas que estaban viviendo son descritas en el segundo capítulo del libro de Hechos. Así, ellos tomaron en serio la posibilidad de que Dios quisiera comunicarse con su gente a través de, por ejemplo, lenguas y profecías. No obstante los abusos que con frecuencia se dan en el movimiento pentecostal, este instinto esencial de esperar que Dios hablará más allá de las Escrituras (aunque nunca en contra de las Escrituras), es un instinto bíblico. Como dice el teólogo latino Sammy Alfaro,

La diferencia que le da al pentecostalismo su sello distintivo es su enfoque en tomar la Biblia en serio al leer Hechos como prescriptivo para la vida cristiana y no solamente un relato descriptivo de la iglesia primitiva. La iglesia hispana pentecostal practica los dones del Espíritu durante sus reuniones debido a que la iglesia primitiva así lo hizo al principio. Por tanto, el redescubrimiento de la doctrina del bautismo con/en el Espíritu Santo tiene como base la lectura e interpretación de la Biblia; una perspectiva más literal y aplicable que se heredó de la Reforma.²⁴

En preparación para estas conferencias tuve el privilegio de leer la historia de la AIEC, y me dio mucho gozo aprender que efectivamente la misma cosa que pasó en Azusa Street en 1906 también

sucedió en Corozalito en 1959.²⁵ Sus líderes indican que este avivamiento que surgió en Corozalito fue efectivamente un movimiento endógeno y autóctono, que salió de adentro de su misión y no como resultado de ninguna influencia externa.²⁶ Es una maravilla tener una historia así, para presenciar el favor y la dirección del Espíritu dentro de la denominación.

Sin embargo, la historia de la misión también subraya que varios de los abusos que presenciamos en el movimiento pentecostal estadounidense también sucedieron en los años que siguieron en la AIEC. Los pastores Bedoya y Restán escriben:

Entre los años de 1967 y 1974 se presentaron muchas exageraciones, abusos y grandes extremos. En algunas iglesias no se hacía énfasis en el conocimiento de las Escrituras sino en las profecías, las visiones y las manifestaciones sobrenaturales. Se dejó de lado el conocimiento bíblico para enfatizar la experiencia, las emociones y los sentimientos.²⁷

También la historia de la denominación señala que este movimiento llevó consigo no solamente una falta de apreciación o énfasis en la Biblia, sino también un anti-intelectualismo. De nuevo cito:

Todo esto llevó a la AIEC a un profundo vacío doctrinal pues se cayó en un espiritualismo y una religiosidad sin fundamento teológico ni bíblico. Se produjo un dualismo según el cual lo de valor no es el cuerpo sino el alma o el espíritu, la razón es contraria a la fe, que lo social es enemigo de lo espiritual, entre otros.²⁸

Que esto sucedió no me sorprende. Es lo mismo que pasa en los Estados Unidos con el movimiento pentecostal; es similar a lo que pasó con los “fanáticos” en la época de la Reforma. Entonces, con razón la AIEC reconoce la importancia de evitar los excesos de ignorar el Espíritu a favor de la Biblia o ignorar la Biblia a favor del Espíritu. De pronto las líneas que más me encantan del libro *70 años de historia y misión* son las siguientes:

El mensaje que predicamos debe ser cada vez más evangélico, bíblico, trascendente y pertinente al hombre contemporáneo. Algunos movimientos neo-pentecostales están conduciendo a los creyentes a un cristianismo sin compromiso, alejado de la realidad, fanático, religioso, poco estable en su fe y en la pertenencia de la Iglesia. La fe de los discípulos debe ser *fundamentada en la palabra de Dios y en el poder del Espíritu Santo*.²⁹

Esta parte al final es excelente: “fundamentada en la palabra de Dios y en el poder del Espíritu Santo.” Uno no escoge entre los dos, sino los dos van de la mano. Con su énfasis en la importancia de la formación académica y teológica, la AIEC comunica bien que fortalecemos nuestros fundamentos bíblicos y espirituales con un compromiso en la formación intelectual. Uno no escoge entre el Espíritu y la mente. No son alternativas. Uno no sigue o a la Biblia o a la vida intelectual o al Espíritu. Uno sigue al Dios que se revela a través de la Biblia y a través del Espíritu Santo y a través de la revelación general, incluso a través de nuestra razón. Tenemos que aprovechar cada recurso posible para conocer a nuestro Dios; no escatimemos nada que pueda enriquecer nuestro conocimiento de la persona, de la operación y de la voluntad del Señor.

Pero, ¿qué hacemos cuando hay profecías o palabras atribuidas al Señor que no discrepan directamente con la Biblia, que plausiblemente son compatibles con la voluntad de Dios, pero que tal vez no sean de Dios? Personas pueden generar profecías que no contradicen la Biblia, pero que de todos modos no fueron proféticamente inspiradas por el Espíritu Santo. Imaginemos un ejemplo. Si yo les digo que Dios quiere que ustedes compren una cierta tierra para construir un nuevo templo, esto es potencialmente compatible con la Biblia; no discrepa con nada que la Biblia dice. Pero, ¿es una profecía cierta o falsa? Recurrir a la Biblia no les va a dar la respuesta. O si alguien se pone de pie y dice, “el Señor quiere que invirtamos todo este año haciendo evangelismo público”, la Biblia no te va a decir si esta profecía de veras proviene de Dios o no. No hay nada en la Biblia que descalifique la profecía. Pero es posible que otra persona se ponga de pie y diga que “No, el Espíritu Santo quiere que invirtamos este año en el discipulado.” ¿Cómo sabemos quién está presentándonos la profecía verdadera? O si alguien dice, “El Señor volverá antes del año 2025”, ¿cómo vas a saber si es cierto o no? La Biblia no excluye esta posibilidad.

Así, aunque creo que Calvino tiene razón cuando dice que debemos comparar las profecías con lo que dice la Biblia, esta respuesta no soluciona todas nuestras preguntas. A decir verdad, se nota que los consejos de Pablo en cuanto a discernimiento de profecías son mucho más vagos que las instrucciones de Calvino: “No apaguen el Espíritu, no desprecien las profecías, sométanlo todo a prueba, aférrense a lo bueno” (1 Tes. 5:19-21). “Sométanlo todo a prueba”... Buena idea, Pablo. ¿Pero cómo? Y entonces volvemos a nuestra pregunta inicial de la epistemología: ¿cómo sabemos qué es la verdad y cuál es la voluntad de Dios?

Epistemología y los Hechos de los Apóstoles

Para contestar esta pregunta, observemos lo que los apóstoles hicieron en el libro de los Hechos de los Apóstoles cuando enfrentaron nuevos retos sociales y nuevas revelaciones de parte del Espíritu Santo. Los apóstoles tuvieron que elaborar teología y prácticas eclesiales en reacción a nuevos desafíos, para los cuales no había una sencilla y obvia respuesta “bíblica”. Veremos cómo ellos manejan consideraciones de la interpretación bíblica, de la razón, de la tradición, y de la experiencia, bajo el liderazgo del Espíritu Santo, porque ellos entonces pueden ser modelos para nosotros en nuestra propia reflexión epistemológica. Primero, repasaremos la conversión de Cornelio (Hch 10-11) y después echaremos una mirada al Concilio de Jerusalén (Hch 15).

La conversión de Cornelio: Hechos 10-11

Primero, reflexionemos en la conversión de Cornelio. Este texto es interesante porque efectivamente vemos que los apóstoles rechazan una interpretación tradicional del Antiguo Testamento con base en tres factores: 1. una interpretación alternativa de la Biblia, 2. revelaciones nuevas del Espíritu Santo, y 3. nuevas experiencias.

Dentro de la narración de Hechos, este relato cuenta la primera conversión de un gentil. Todo el libro está enfocado en la expansión del evangelio de los judíos (que constituyeron la audiencia primaria de Jesús y los discípulos) a los otros grupos étnicos, comenzando con los samaritanos (que eran parientes de los judíos) y pasando a los gentiles. Siendo que esta es la primera conversión de un gentil en el libro de Hechos, es vital que Lucas brinde una justificación robusta del evento.

Hay que aclarar un par de cosas para comprender por qué la conversión de Cornelio es asombrosa. El primer elemento que tenemos que entender es que la mera conversión de un gentil no es extraña. En el Antiguo Testamento y en el judaísmo de la época del segundo templo, no era imprevisible que un gentil se convirtiera al judaísmo. Pero, cuando los gentiles se convertían, ellos tenían que adoptar todos los elementos del judaísmo, incluso la observación de toda la ley, la atención de las leyes alimenticias, la observación del sábado y la circuncisión (en el caso de los hombres). Así, efectivamente, ellos se convertían al judaísmo, al Dios de Israel, por medio de volverse judíos, por medio de dejar de ser gentiles y llegar a ser miembros del pueblo de Israel (climáticamente evidenciado en la adopción de la circuncisión, que es la señal del pacto del pueblo de Israel). Lo que es asombroso en este texto, no es que Cornelio se convierte al Dios de Israel, sino que su conversión *no implica el abandono de su etnicidad gentil* a favor de la etnicidad judía.

La segunda cosa extraña en este texto, que Lucas tiene que explicar bien, es la decisión de Pedro de entrar en la casa de un gentil y comer con un gentil, dado las complicaciones que esto implicaba para su pureza ritual. Cabe aclarar que el Antiguo Testamento en sí nunca prohibía a los judíos comer con gentiles ni de visitar las casas de los gentiles. Pero las leyes de pureza eran tan complicadas que era efectivamente imposible para un gentil asegurar la pureza de su casa y de su mesa, de modo que un judío podría entrar tranquilamente y comer con ellos sin temor de contaminarse inconscientemente.

Durante mi doctorado, yo tuve un amigo de Israel, llamado Shivi, que era un judío muy cuidadosamente observador de las leyes del sábado y la pureza. Recuerdo que el día de nuestra ceremonia

de matrícula fue un sábado. Para esta ceremonia tuvimos que llevar las prendas académicas y llevar en la mano, y no en la cabeza, el birrete cuadrado negro que en América Latina se asocia con la graduación. El problema era que la ley del sábado no permitía que Shivi llevara su birrete en la mano, porque sería una violación del mandamiento de no llevar ninguna carga; consecuentemente, su esposa tuvo que coser el birrete en su prenda académica para que fuera efectivamente una parte de su prenda y no una carga. ¡Todo esto para ilustrar que tan observador era este amigo mío!

En el trascurso de nuestros estudios, nos reuníamos con frecuencia para tomar café o té y hablar de teología. Un día le invité a mi casa para cenar conmigo y con mi familia. Y él me dijo... que no. Él no quería ser grosero, pero me explicó que la cantidad de cosas que yo tendría que hacer para purificar mi casa (incluso la purificación de nuestro horno, de todos nuestros platos, la losa, la nevera, etc.) sería demasiado trabajo para mí, de modo que no valía la pena; mejor debíamos sencillamente seguir reuniéndonos para tomar té cada semana. Entonces se puede ver que, aun hasta el día de hoy, la decisión de los judíos de no comer con los gentiles ha sido un rasgo central de la vida religiosa judía. Es una *tradición* suya, pero también es una tradición radicada en principios bíblicos (porque el Antiguo Testamento deja en claro que los judíos no se deben contaminar). Algo puede ser simultáneamente tradicional y arraigado en la Biblia.

A la luz de esas dos aclaraciones, podemos entender más lo que está en juego en Hechos 10 y 11. La escena comienza con Cornelio, un centurión de Italia, a quien Lucas denomina un “temeroso de Dios”. Esta frase es una expresión técnica en griego, que hace referencia a un gentil que tenía interés en el judaísmo, que asistía a la

sinagoga y leía las escrituras judías, pero que no observaba la Ley ni había sido circuncidado. Obviamente, si Cornelio se hubiera circuncidado, él dejaría de ser un gentil y llegaría a ser un miembro del pueblo de Israel. Sin embargo, él solo era un temeroso de Dios, lo que implica que él conocía información sobre el judaísmo pero que no era un judío. Pero era un buen gentil, un gentil que leía la Biblia, que oraba, y que daba limosnas, acción que era la expresión esencial en esta época de la justicia y la misericordia a favor de los pobres. Un día, él tiene una visión, recibe una revelación nueva de Dios, cuando un ángel se le acerca diciéndole que debe mandar buscar a un hombre llamado Simón, que tiene el apodo Pedro, e invitarlo a su casa. Entonces con base en esta visión, Cornelio manda dos siervos y un soldado a la ciudad de Jope.

El próximo día, Pedro está en la casa de Simón el curtidor, y él está en el techo orando y es la hora del almuerzo, entonces él tiene hambre. En este momento él tiene una visión de Dios, una revelación de parte del Espíritu Santo. Él ve bajando del cielo una sábana llena de animales, algunos de los cuales son impuros, y la Biblia explícitamente prohíbe el consumo de esos animales impuros. No obstante esto, Dios le dice a Pedro que debe levantarse, matar y comer estos animales. Pedro, quien es más bíblico que Dios mismo, dice, “No, jamás he comido nada impuro.” Entonces Dios le repite esta visión dos veces más, diciendo, “Lo que Dios ha purificado, tú no lo llares impuro” (Hch. 10:14-15). Bueno, esta visión era, para Pedro, bien confusa.

¿Qué pasa entonces? Los hombres mandados de parte de Cornelio en respuesta a su visión el día anterior llegan justo cuando Pedro está contemplando otra revelación nueva de Dios, y aunque esas personas no son judíos, sino gentiles, Pedro acepta que él debe

acompañarlos donde Cornelio. Entonces el próximo día Pedro viaja a la casa de Cornelio, acompañado por seis hermanos judíos (Hch. 11:12), para que en total fueran siete hermanos. Este número de siete tradicionalmente implica un número completo de testigos, según los criterios tradicionales de los judíos.

Al entrar en la casa de este gentil, Pedro dice, “Ustedes saben muy bien que es prohibido que un judío se junte con un extranjero o lo visite.” (Hch. 10:28, traducción del autor). Bastante grosero, ¿no? Efectivamente ha dicho, “habitualmente mi gente no se asocia con personas tan sucias como ustedes ni entran en sus casas contaminadas”; si yo fuera Cornelio, ¿me sentiría bastante ofendido! Sin embargo, Pedro continúa, “Pero Dios me ha hecho ver que a nadie debo llamar impuro o inmundo.”

Mi reacción instintiva a este comentario es exclamar, “¿De veras, Pedro? ¿Moisés escribió un montón de literatura sobre las condiciones en las cuales una persona llega a ser impuro o inmundo!” Piensen por un momento sobre el trato de la Biblia que Pedro evidencia aquí. Esto generaría problemas enormes en nuestras iglesias; un estudiante que hace tal declaración en una de mis clases no va a recibir una buena nota, porque Pedro sencillamente está ignorando libros enteros de la Biblia (como Levítico).

Con esta introducción asombrosa, Pedro le invita a Cornelio a contar la razón por la cual se le había invitado. Al escuchar sobre la revelación que Cornelio había recibido, Pedro hace la siguiente declaración casi impensable. “Ahora comprendo que en realidad para Dios no hay favoritismos, sino que en toda nación él ve con agrado a los que le temen y actúan con justicia” (Hch. 10:34-35).

De nuevo, mi reacción preliminar es preguntar con incredulidad, “¿En serio? ¿Para Dios no hay favoritismos? ¿Has leído el An-

tigo Testamento? ¡Todo el libro está enfocado en el favoritismo de Dios hacia el pueblo de Israel! ¿Con base en estas dos visiones vas a desdeñar toda la Biblia?”

Pues, no es así de sencillo. Porque en esta afirmación Pedro ha hecho una alusión al Antiguo Testamento. Está haciendo una alusión al Salmo 15:1-2:

¿Quién, Señor, puede habitar en tu santuario? ¿Quién puede vivir en tu santo monte? Solo el de conducta intachable, que practica la justicia y de corazón dice la verdad.

Salmo 15:1-2

En este texto, el salmista indica que las personas que pueden acercarse a la presencia de Dios (en aquella época, eso significa acercarse al templo) son las personas de conducta intachable que practican la justicia. Lo más probable es que el salmista estaba imaginando que esto solo aplicaría a los judíos, pero de todos modos Pedro reconoce que esta descripción sí caracteriza a Cornelio. Hechos nos ha contado dos veces que Cornelio es piadoso, íntegro, que ora y que da limosnas (no olviden que dar limosnas era la quintaesencia de la justicia; la palabra “justicia”, *zedeqah*, en hebreo también significa “limosnas”). Entonces Pedro tiene un precedente bíblico para su argumento de que Dios no excluye a Cornelio solo por ser gentil.

Como profesor de Biblia, de pronto tendré ganas de decir que la interpretación de Pedro es poco convincente, porque él está usando este Salmo, que no hace ninguna referencia explícita a los gentiles, para desplazar un montón de versículos del Antiguo Testamento que parecen indicar mucho más directamente que los

gentiles deben seguir la Ley para ser aceptables a Dios. Pero en el momento cuando yo tengo el bolígrafo listo para escribir mi crítica exegética y regañar al apóstol, ¡Lucas me muestra que Dios favorece la interpretación de Pedro, y no la mía!

Pedro se pone a predicar sobre Jesús, sobre su vida, muerte, y resurrección. En este momento del libro imaginamos que sabemos que va a pasar próximamente, porque Hechos ya ha narrado escenarios similares dos veces (en Jerusalén y en Samaria; Hch 2:1-47; 8:5-17). El patrón siempre es igual. Un apóstol predica, la gente se arrepiente de sus pecados, son bautizados y son integrados en la comunidad de fe, y después comienzan a participar en la llenura del Espíritu. Entonces, con base en el patrón de eventos que ya hemos visto dos veces, anticipamos que Cornelio va a arrepentirse, será bautizado y luego recibirá el Espíritu Santo. ¡Pero eso no es lo que pasa!

Antes de que Pedro termine su discurso, el Espíritu Santo desciende sobre los gentiles y la evidencia es que hablan en lenguas. Pedro dice, bueno, Dios ya ha entrado en los gentiles como lo hizo con nosotros el día de Pentecostés. Es evidente que son aceptados por Dios, por lo que bien podemos bautizarlos y darles la bienvenida a la familia.

Dios básicamente salió en falso; no siguió la secuencia típica (primero predicación, después arrepentimiento y bautismo en agua, y finalmente, bautismo en el Espíritu). De tal manera, Dios elimina cualquier duda acerca de la inclusión de los gentiles en el pueblo de Israel. ¡Dios ya entró en los gentiles y los llenó, aún antes de que Pedro los invite a recibir Jesús como su salvador! Es un sorprendente desarrollo en la teología y práctica de la Iglesia, pero el Espíritu Santo básicamente ha forzado al apóstol a esta conclusión.

Pero cuando Pedro vuelve a Jerusalén, los otros hermanos allí se ponen locos al escuchar lo que él había hecho. Ellos aprenden que él pasó una semana entera en casa de un gentil, aun comiendo con él y su familia, y preguntan (Hch. 11:2-3), “¿Estás loco? Los líderes del templo ya nos están persiguiendo y matando, y hasta el momento no hemos violado la Ley; pero ¡ahora les has dado a los sacerdotes una justificación enorme para declararte un hereje!”

Y así, Pedro repite toda la historia, incluso subrayando (Hch. 11:16) que Jesús mismo había dicho, “Juan bautizó con agua, pero ustedes serán bautizados con el Espíritu Santo” (Hch 1:5); esto implica que Cornelio se debe contar como miembro de la comunidad de discípulos, porque él también fue bautizado con el Espíritu Santo. Pedro dice: “Tuve una visión, inmediatamente después estos tipos de Cesarea se presentaron, entonces el Espíritu Santo me habló y me mandó que fuera con ellos, así encontré seis hombres fieles y circuncidados (de modo que éramos siete testigos en total) y todos juntos fuimos a Cesarea. Nos encontramos con Cornelio, que había visto a ángel, y mientras yo predicaba, el Espíritu Santo cayó sobre los gentiles y ellos hablaron en lenguas, entonces me acordé de lo que Jesús había dicho, y por eso decidí que estos eventos sin duda representan la voluntad e intervención de Dios mismo y que podemos aceptar a los gentiles.”

Observen todas las formas en que Lucas verifica que estos acontecimientos fueron la voluntad de Dios: invoca **1)** la autoridad de Pedro, quien es el líder de los apóstoles, **2)** una visión, **3)** la voz del Espíritu Santo, **4)** un ángel, **5)** la experiencia de ver a los gentiles bautizados en el Espíritu Santo aun antes de expresar su arrepentimiento de pecados, **6)** una alusión al AT (Sal. 15:1-2) y **7)** las palabras de Jesús. ¿Cómo se puede discrepar de todo esto? No se

puede, y consecuentemente los cristianos de Jerusalén se ponen de acuerdo: tiene que ser la voluntad de Dios que los gentiles también reciban el arrepentimiento, y, por lo tanto, la vida eterna.

Entonces, mira como Lucas ha justificado esta decisión teológicamente tan grande de aceptar la conversión de los gentiles sin obligarlos a volverse parte del pueblo de Israel. Él tuvo que enfrentar una interpretación tradicional del Antiguo Testamento, que cuenta con un montón de apoyo bíblico. Entonces él apeló a: las palabras de Jesús, textos selectos del Antiguo Testamento, la autoridad apostólica de Pedro, sus experiencias y observaciones de lo que Dios había hecho, y nuevas revelaciones del Espíritu. Efectivamente, la postura de Lucas nos convence porque cuenta con más apoyo de los distintos lados del cuadrilátero de Wesley.

El Concilio de Jerusalén: Hechos 15

Miremos otro texto que sigue desempacando el mismo tema de la inclusión de los gentiles. Los eventos de Hechos 15 toman lugar cuando Pablo y Bernabé regresan a Antioquía después de su primer viaje misionero, en el cual ellos habían bautizado un montón de gentiles sin obligarles a circuncidarse. Aunque la iglesia en Antioquía está entusiasmada con la conversión de estos gentiles, algunas personas, cristianos conservadores, enseñaban que los gentiles conversos debían ser circuncidados, conforme a lo que decía el Antiguo Testamento, para ser salvos.

Déjame aclarar: estas personas, estos cristianos que discrepaban con Pablo, no negaban que los gentiles pueden ser salvos. Están diciendo que, si los gentiles quieren recibir la salvación que Dios ofrece a través del Mesías de Israel, los gentiles deben unirse a Israel. Y la forma en que esto siempre se había hecho era a través

del proselitismo, el paso decisivo del cual era la circuncisión. En otras palabras, estos cristianos conservadores solamente predicaban que se debe hacer lo que Éxodo 12:48 decía en el caso de un gentil que quería adorar al Dios de Israel.

Todo extranjero que viva entre ustedes y quiera celebrar la Pascua del Señor, deberá primero circuncidar a todos los varones de su familia; solo entonces podrá participar de la Pascua como si fuera nativo del país. Ningún incircunciso podrá participar de ella.

Éxodo 12:48

Por eso quiero enfatizar que no es estúpido imaginar que los gentiles se deben circuncidar. Éxodo dice que los gentiles se deben circuncidar para participar en la vida religiosa de la comunidad del pacto. Fue el punto de vista lógico para las personas que creían que la Biblia es autorizada y autorizante para la práctica de la Iglesia.

Pablo y Bernabé no están de acuerdo con este punto de vista, así que deciden llevar el asunto a los apóstoles en Jerusalén, que son las autoridades decisivas para la Iglesia primitiva. Noten entonces que este texto describe una discrepancia sobre la interpretación de la Biblia con respecto a eventos nuevos en la vida de la Iglesia, y muestra que un paso importante es llevar el tema a las autoridades humanas de la comunidad. Esto nos recalca que temas doctrinales se deben tratar, no solamente individualmente, sino también con el liderazgo colectivo de la Iglesia.

Consecuentemente, convocan el primer Concilio Apostólico en Jerusalén. Aquí, Lucas elabora su argumento en tres pasos, primero con la persona de Pedro, segundo con Pablo y Bernabé, y

tercero con Jacobo. El argumento de Pedro comienza con sus experiencias ministeriales.

Ustedes saben que desde un principio Dios me escogió de entre ustedes para que por mi boca los gentiles oyeran el mensaje del Evangelio y creyeran. Dios, que conoce el corazón humano, mostró que los aceptaba dándoles el Espíritu Santo, lo mismo que a nosotros. Sin hacer distinción alguna entre nosotros y ellos, purificó sus corazones por la fe.

Hechos 15:7-9

Aquí, Pedro invoca su experiencia personal y el testimonio sobrenatural del Espíritu Santo. En lo que sigue, Pedro saca una inferencia, él aplica su razón.

Entonces (οὕτως), ¿por qué tratan ahora de provocar a Dios poniendo sobre el cuello de esos discípulos un yugo que ni nosotros ni nuestros antepasados hemos podido soportar? ¡No puede ser! Más bien, como ellos, creemos que somos salvos por la gracia de nuestro Señor Jesús.

Hechos 15:10-11

Así, Pedro aplica su razón y elabora una inferencia teológica. Después, él apela a la experiencia del pueblo de Dios de no poder soportar la observación de toda la ley. La experiencia, el testimonio del Espíritu Santo, y la aplicación de la razón cooperan juntos en el argumento de Pedro.

El segundo paso en el argumento de Lucas viene con el testimonio de Bernabé y Pablo. Lucas muy brevemente resalta que Dios ha-

bía hecho señales y prodigios entre los gentiles, subrayando la afirmación de su ministerio a través de la obra milagrosa del Espíritu Santo. La experiencia y la obra sobrenatural del Espíritu Santo son relevantes para la Iglesia que busca enfrentar nuevos retos, porque indica algo de la dirección en la que el movimiento de Dios avanza.

El tercer paso en el argumento se enfoca en Jacobo. Jacobo afirma el argumento de Simón, y después conecta su argumento basado en experiencia con las palabras del Antiguo Testamento. Cita Amós 9:11-12 con el fin de demostrar que la inclusión de los gentiles en el pueblo de Dios ha sido durante mucho tiempo la intención de Dios.

Después de esto volveré y reedificaré la choza caída de David. Reedificaré sus ruinas, y la restauraré, para que busque al Señor *el resto de la humanidad, todas las naciones* que llevan mi nombre.

Amós 9:11-12

A la luz de este texto bíblico, Jacobo aplica su razón y saca una conclusión:

Por lo tanto, yo considero (διὸ ἐγὼ κρίνω) que debemos dejar de ponerles trabas a los gentiles que se convierten a Dios.

Hechos 15:19

En resumidas cuentas, la Iglesia tuvo que enfrentar una situación nueva (la conversión de muchos gentiles a la fe) y no fue inmediatamente obvio cuál era la voluntad de Dios en cuanto a sí se debían circuncidar o no. Una perspectiva era la perspectiva *tradicional*, que los conversos gentiles deben circuncidarse y vol-

verse parte del pueblo de Israel. Resalto que esta perspectiva era *una perspectiva bíblica*: contaba con el apoyo explícito y fuerte del Antiguo Testamento. Pero al fin y al cabo la Iglesia rechazó esta perspectiva tradicional y bíblica con base en una mezcla, una malla de factores, incluso:

- la interpretación de otros textos bíblicos;
- recurso a su experiencia personal de lo que observaron que Dios estaba haciendo a su alrededor;
- palabras y revelaciones que habían recibido directamente del Espíritu Santo;
- la sabiduría y la autoridad de los líderes de la comunidad;
- y la aplicación de su razón.

Todos estos factores operando en conjunto les permitieron enfrentar una nueva situación complicada, y por razón de la inspiración del libro de Hechos confiamos en que ellos no se equivocaron.

Bueno, sería un abuso del género del libro decir que Hechos nos brinda “el método bíblico” para enfrentar nuevos retos y mensajes atribuidos al Espíritu. Mis sugerencias personales, no obstante, son las siguientes.

1. Prestemos atención a **todo** el testimonio bíblico, reconociendo que la diversidad del testimonio bíblico es un regalo de Dios.
2. Escuchemos en particular las palabras de Jesús cuando enfrentamos complicaciones en el mensaje del texto bíblico.
3. Prestemos atención seria a la tradición de la Iglesia (no solamente en nuestra denominación y país, sino en todo el mun-

do y en toda la historia), mientras reconocemos los límites de nuestras propias tradiciones y suposiciones.

4. Estemos abiertos a la comunicación continua del Espíritu Santo, aun cuando discrepa con nuestras tradiciones.
5. Apliquemos la razón y el estudio académico, afirmando y valorando los aportes de la revelación general, que no va a discrepar con la revelación especial.
6. Trabajemos temas complicados colectivamente como Iglesia, especialmente honrando la perspectiva de nuestros líderes.
7. *In necessariis unitas, in dubiis libertas, in omnibus caritas.* Esta frase significa: en las cosas necesarias, unidad; en las cosas inciertas, libertad; en todas las cosas, amor.³⁰

Con estas reflexiones busco resistir un cierto reduccionismo que a veces uno enfrenta en las iglesias al decir que uno sencillamente debe seguir “la perspectiva bíblica”. Hoy en día, enfrentamos nuevas preguntas, desafíos y dinámicas y la Biblia no nos da respuestas directas siempre a estas dinámicas. Es especialmente inquietante cuando nuestras circunstancias nuevas chocan con nuestras tradiciones como denominación o como comunidad. Pero la Reforma y el libro de Hechos nos muestran que a veces Dios quiere ir más allá de lo que tradicionalmente hemos hecho.

Además, con estas reflexiones quiero profundizar un poco más sobre la interacción entre nuevas profecías o palabras del Espíritu Santo y la Biblia. Calvino tenía toda la razón cuando indicó que no se debe aceptar ninguna profecía que discrepe con la Biblia. Pero muy fácilmente podemos imaginar escenarios de supuestas profecías que no son anti-bíblicas pero tal vez no representan la voluntad

de Dios. En tales casos, tenemos que trabajar juntos como miembros de la Iglesia, especialmente prestando atención a nuestros líderes, y aplicar nuestra razón a la interpretación bíblica, no apagando el Espíritu sino dejándonos sensibles a la posibilidad de que Dios nos quiere abrir nuevas puertas, y prestando atención a nuestra experiencia y discernimiento de lo que Dios hace a nuestro alrededor.

Conclusión

En este capítulo hemos explorado, desde la óptica de la Reforma protestante y del texto bíblico, la pregunta de cómo la Iglesia de Colombia en el siglo 21 debe responder ante nuevas palabras supuestamente del Espíritu Santo, ante preguntas inquietantes que surgen o del gremio teológico o de otras disciplinas académicas, y ante las posturas de otras tradiciones cristianas. Brevemente, hemos luchado con la pregunta de la epistemología: ¿cómo se sabe qué es la verdad?

Por un lado, indagamos en el concepto de *sola Scriptura*. Habitualmente en nuestros círculos la gente ha recurrido al principio de *sola Scriptura* como una manera simplista de descartar retos que surgen de la academia o de otras tradiciones cristianas. Pero vimos que el concepto de *sola Scriptura* en la Reforma no descartó ni la razón ni las tradiciones cristianas, sino que priorizaba la Biblia por encima de la razón y la tradición, mientras recalca el rol de la razón en demostrar que una interpretación nueva era más acertada que una interpretación tradicional. Adicionalmente exploramos el tema de nuevas revelaciones supuestamente del Espíritu Santo, y vimos que los Reformadores nos ayudan *hasta cierto punto* a reconocer los peligros de desligar nuevas revelaciones del testimonio bíblico; los Reformadores también subrayan la impor-

tancia de probar toda nueva revelación para discernir si cuadra o no con el texto bíblico.

Pero también vimos que uno fácilmente puede imaginar una miríada de mensajes proféticos que no discrepan con las Escrituras, pero que de todos modos podrían ser falsos. Entonces recurrimos al libro de Hechos para ver cómo la Iglesia reaccionó ante nuevos retos y nuevas revelaciones del Espíritu que iban en contra de sus interpretaciones y prácticas tradicionales. Vimos que la Iglesia evidencia en cierto sentido una perspectiva similar a la del cuadrilátero de Wesley, recurriendo simultáneamente a consideraciones de las Escrituras, la razón, la tradición y sus experiencias con el Espíritu Santo para discernir la voluntad de Dios en su nueva época.

¿Qué significa todo esto para la AIEC en el siglo 21? Yo concluyo con tres observaciones. Primera observación: según Jesús, el mandamiento más importante era amar al Señor su Dios con todo el corazón, toda el alma, **toda la mente**, y toda la fuerza. En los círculos evangélicos, habitualmente nos sentimos cómodos con la idea de amar a Dios con el corazón, el alma y la fuerza, pero no podemos omitir el imperativo amar a Dios con toda la mente. *Sola Scriptura* no es una excusa para evitar el trabajo intelectual arduo. No es aceptable callar a los estudiantes universitarios que se nos acercan con preguntas intelectuales difíciles; no es aceptable que sus pastores descarten sus dudas diciendo que, aunque los científicos afirman X, la Biblia dice Y, y entonces hay que rechazar X. Necesitamos la humildad de reconocer que tal vez nuestra interpretación tradicional de la Biblia no es cierta, que tal vez la revelación general tiene que empujarnos a visitar interpretaciones de la Biblia que siempre nos han parecido auto-evidentes. También

fue autoevidente a los primeros cristianos conservadores que los gentiles se debían circuncidar para ser salvos, y se equivocaron. Si la AIEC quiere elaborar un discipulado más profundo y una iglesia sostenible para el siglo 21, tenemos que amar a Dios con toda la mente.

Segunda observación: el cuerpo de Cristo es uno y tiene varios miembros (1 Cor. 12:12-31). Tal vez, al escuchar la exhortación de amar a Dios con toda la mente y contemplar la posibilidad de que uno se equivoca en su interpretación tradicional uno se siente ansioso o abrumado. “Ya estoy luchando con mi ministerio pastoral, ya siento que no tengo tiempo para leer comentarios en preparación para mis sermones, y ahora usted me quiere animar a prestar atención a otros campos de conocimiento, a la literatura, el arte, la ciencia. Como pastor, tengo límites; no puedo hacer todo.” Con razón. Esto es totalmente legítimo.

Uno de los errores más comunes de las iglesias de América Latina es imaginar que el pastor tiene que hacerlo todo. Pero el apóstol Pablo nos explica que el cuerpo de Cristo es uno, pero tiene diversas partes, y que cada miembro del cuerpo contribuye en algo distinto al florecimiento del cuerpo (1 Cor. 12). No se espera que cada pastor sea un erudito. Pero al reconocer que no todo pastor es un erudito, inmediatamente hay que reconocer entonces que el pastor debe aprovecharse del trabajo de los eruditos, porque ellos también son miembros del cuerpo que pueden contribuir al florecimiento del pastor en su propio ministerio. Entonces en vez de usar una comprensión distorsionada de *sola Scriptura* para rechazar la erudición, debemos agradecerle a Dios por los otros miembros del cuerpo que sí se dedican a tales temas para apoyar nuestros ministerios.

Tercera observación: tal como el pastor y el maestro son miembros del cuerpo, también lo es el profeta. Como académico, las personas que dicen que tienen nuevos mensajes de Dios me inquietan, a veces porque son abusivos y falsos, pero a veces sencillamente porque lo que dicen está fuera de mi control. Pero como profesor, necesito la humildad y la madurez de dejar que Dios hable a través del profeta, aun a través del profeta que no cuenta con formación académica y que no cumple con mis estándares de argumentación teológica.

En fin, mientras buscamos la humildad y la madurez de amar a Dios con toda la mente y apreciar los aportes de los distintos miembros del cuerpo, hagamos eco de la exhortación de Pablo en 1ª Corintios 14:20: “Que seamos niños en cuanto a la malicia, pero adultos en nuestro modo de pensar.”

Capítulo 3

Semper reformanda

Superando los errores de la Reforma

“Martín Lutero era un católico.”¹ Así dice Orlando Espín, un teólogo católico escribiendo sobre la Reforma el año pasado. En un sentido, esto obviamente es incorrecto; cuando la Iglesia Católica lo excomulgó, Lutero dejó de ser un católico a los ojos de la Iglesia Romana. Pero en otro sentido, la afirmación es acertada; Lutero era un monje agustino cuando lanzó sus críticas en contra de la Iglesia, y no criticaba la Iglesia porque la odiaba ni porque quería salir de ella,² sino porque buscaba “corregir los abusos doctrinales y la corrupción moral que eran evidentes en la iglesia de su época.”³ El problema era que la Iglesia en aquella época no quería escuchar las críticas. Espín comenta,

Desafortunadamente, en el siglo dieciséis como hoy, hay cristianos (católicos o no) que a veces confunden sus costumbres, sus ritos, sus interpretaciones bíblicas o doctrinales y sus normas eclesiológicas con la revelación de Dios; y no les gusta que les muestren que la rueda es redonda, especialmente cuando así arriesgan perder poder, autoridad, prestigio o seguridad.⁴

Aunque la terminología “protestante” parece comunicar que el movimiento de Lutero y Calvino sencillamente *protestaba* en

contra de la Iglesia Romana, es más acertado decir que ellos eran “reformadores”, buscando corregir, reformar la Iglesia.

Indudablemente, los reformadores tenían razón en atacar los abusos y los errores teológicos que observaron.⁵ Debemos estar agradecidos por la valentía de los reformadores en identificar, resistir y efectivamente transformar un montón de abusos dentro de la Iglesia. Pero no debemos caer en la tentación de imaginar que, por los muchos aportes importantes de los reformadores a la historia de la Iglesia, ellos llegaron a construir una nueva Iglesia prístina. Por lo mucho que hay que celebrar en los movimientos protestantes, también hay mucho que lamentar, y en este capítulo vamos a enfocarnos en algunos de los errores de la Reforma.

Sin embargo, subrayo que, al criticar algunos de los errores de la Reforma, estoy aplicando un principio clave de la Reforma. En Holanda, los reformadores desarrollaron el lema *Ecclesia reformata, semper reformanda*. Esta frase comúnmente se traduce “la iglesia reformada, siempre reformándose”,⁶ aunque una traducción más acertada sería “la iglesia reformada siempre se debe reformar.” Yo propongo que es más fiel al espíritu de la Reforma simultáneamente celebrar sus logros y criticar sus errores, que fingir ingenuamente que Lutero acabó con todos los problemas en la Iglesia.⁷ Ninguna tradición cristiana es perfecta, porque toda tradición cristiana está compuesta por seres limitados y pecaminosos. Entonces, en este capítulo, vamos a abrazar el lema *Ecclesia reformata, semper reformanda* e identificar tres errores comunes de la Reforma que, a mi parecer, son de alta relevancia para la Iglesia de Colombia en el siglo 21. Estos tres errores están muy entrelazados uno con el otro, tanto en el siglo 16 como en el siglo 21. Son:

- Identificación no crítica de la Iglesia con el gobierno.
- Falta de amor en las disputas doctrinales.
- Aceptación de la violencia.

Identificación no crítica de la Iglesia con el gobierno

Comenzamos, entonces, con el tema de las relaciones entre la Iglesia y el Estado. Primero mencionaré algunos puntos pertinentes sobre el rol del Estado en la Reforma, y después pasaré a sugerir algunas apreciaciones para el día de hoy. Para que ustedes se sientan tranquilos, les digo de antemano que no voy a opinar específicamente sobre ningún tema actual en la política colombiana. La idea es reflexionar en términos más generales sobre el manejo prudente de interacciones entre la Iglesia y el Estado.

El Estado y la Reforma

Antes de la Reforma, existía una alianza bastante fuerte entre la Iglesia Romana y los poderes políticos de la época, o mejor dicho entre la Iglesia Romana y el llamado Sacro Imperio Romano. La iglesia ejercía un montón de control sobre el estado, y el estado también influía mucho en la operación de la Iglesia. Es cierto que los factores en la sucesión de los emperadores del Sacro Imperio Romano eran complicados (en particular, dependía de la elección de un emperador por parte de siete príncipes – 3 de los cuales eran arzobispos y cuatro de los cuales eran príncipes seculares). Pero la Iglesia y el imperio estaban bien entrelazados, y el Papa mismo coronó a Carlos V como Sacro Emperador Romano en 1519 (él previamente era rey del imperio de España, entre otras regiones). Así, aunque nos parece muy extraño hoy, cuando Lutero se pre-

sentó para dar su defensa en la dieta de Worms, no fue ante el Papa o un teólogo, sino ante Carlos V.

No obstante lo problemático que obviamente es que un rey, quien no es teólogo, tome decisiones en cuanto a teología, cabe resaltar que las alianzas políticas también salvaron la vida de Lutero en más de una ocasión. Por ejemplo, temprano en 1519 (antes de que Carlos V fue elegido como el nuevo emperador) Lutero fue convocado a la dieta de Augsburgo para defenderse ante uno de los príncipes y electores de la Iglesia. Allí enfrentó al Cardenal Cayetano, quien era uno de los teólogos más famosos de su generación y quien quería acabar con la “herejía” de Lutero. Lutero, no obstante, fue rescatado por su propio príncipe, Federico, “el sabio” de Sajonia. Federico también era uno de los electores del Sacro Emperador Romano, y en aquella época, el emperador actual, Maximiliano, estaba muy enfermo y a punto de morir. Roma no quería ofender a Federico justo antes de la elección del próximo Emperador, e indudablemente la ejecución de Lutero, el profesor más famoso de la universidad de Wittenberg (en Sajonia) habría ofendido al príncipe Federico de Sajonia. Entonces Lutero se escapó en aquella ocasión por razón de las dinámicas políticas de aquel momento histórico (Carlos V fue elegido en junio del mismo año; ¡si la Dieta de Augsburgo hubiera sucedido seis meses luego, Lutero de pronto habría sido asesinado allí!).⁸

En 1521 Lutero tuvo que presentarse ante la dieta de Worms, y estaba seguro de que perdería la vida en esa época. Antes de salir, él aún escribió a Felipe Melanchthon: “Mi querido hermano, si no regreso, si mis enemigos me dan muerte, has de seguir enseñando y manteniéndote firme en la verdad; si tú vives, mi muerte importará poco.”⁹ Lutero sabía que su vida estaba en peligro, y de pronto

no habría sobrevivido mucho después de esta comunicación, pero luego de la dieta Lutero fue secuestrado por amigos y llevado al castillo de Wartburg bajo la protección de Federico de Sajonia.¹⁰ Resalto todo esto para indicar que consideraciones políticas de pronto salvaron la vida de Lutero en más de una ocasión. El apoyo del Estado a veces sirve para proteger a los cristianos y beneficiar a la Iglesia y el evangelio.

Sin embargo, la tendencia de afiliar la religión con el Estado tuvo algunos impactos catastróficos. Muchos reformadores usaron el poder del Estado para mantener la ortodoxia y avanzar la religión. Por ejemplo, el primer reformador suizo se llamaba Ulrico Zuinglio. Zuinglio estableció la base de su poder en la ciudad estado de Zürich. Decidió usar el poder militar de Zürich para avanzar en la causa de la Reforma, de modo que él creó un ejército y desató una guerra contra uno de los territorios católicos suizos, llevando su armadura y con un hacha de guerra en la mano.¹¹ Zuinglio suponía que uno podía realizar una transformación teológica por medio de la fuerza militar... y murió en una batalla por esa suposición. (Se dice que, cuando Lutero se enteró de la muerte de Zuinglio, citó Mateo 26:52: “Todos los que tomen la espada, a espada perecerán.” Obviamente, Lutero y Zuinglio no eran muy amigos).

Calvino también fue culpable de permitir el colapso de la distinción entre la Iglesia y el Estado, en su caso en la ciudad de Ginebra. En esa ciudad, cuando la reforma calvinista se había consolidado, cualquier persona que discrepaba con la teología de la ciudad era expulsada y desterrada, y algunas personas fueron ejecutadas.¹² No se contemplaba que uno debía resistir tales injusticias. Aunque algunos de los reformadores expresaron que en ciertas circunstan-

cias era necesario resistir abusos de parte de los poderes gubernamentales, Calvino a lo largo de toda su vida nunca permitió la resistencia a los gobernantes, aún en el caso de gobernantes malvados, arguyendo que los tiranos también eran instrumentos de Dios.¹³ De manera similar, en Inglaterra, William Tyndale escribió el libro *La obediencia del hombre cristiano* (1528) en el que enseñaba que uno no debe resistir al rey, sino que aseveraba que el rey “no está bajo ninguna ley y puede, conforme con su deseo, hacer lo bueno o lo malo y solo tiene que rendir cuentas ante Dios.”¹⁴

Había un grupo en la Reforma que reconocía los peligros de eliminar la distinción entre el Estado y la Iglesia: los Anabaptistas, inicialmente bajo el liderazgo de Martín Bucer (1491-1551), quien es considerado el número cuatro entre los reformadores más influyentes.¹⁵ Inicialmente, en vez de fusionar el magisterio y la Iglesia, Bucer decía que el Estado no jugaba ningún papel legítimo en el cristianismo; al contrario, Bucer anhelaba volver el cristianismo al estatus de secta que tenía antes de Constantino.¹⁶

No obstante esta tendencia separatista expresada en el Anabaptismo de Bucer, otros Anabaptistas, en particular Jan van Leiden y Melchior Hoffmann en la ciudad de Münster, fueron al otro extremo. Proclamaban el comienzo del milenio escatológico, declarando que Münster sería la nueva Jerusalén. Centenas de Anabaptistas que huyeron de la persecución de los católicos y de otros protestantes llegaron a Münster, donde en cambio expulsaron a todas las personas que no aceptaron el anabaptismo. En 1534 y 1535, cuando el obispo católico sitió la ciudad, se desencadenó una obra de teatro apocalíptica. El historiador Patrick Collinson lo describe bien:

Jan van Leiden se sentó en el trono de David con la manzana dorada del imperio global en la mano, reinando con pompa operística sobre un dominio de poligamia en la cual existía un concurso para ver quién podría adquirir el mayor número de esposas. El rey ejecutó una de sus 16 (algunos dicen 22) esposas por ser descarada y pisoteó su cuerpo. En un momento había un banquete mesiánico en la plaza de la catedral, con comida y bebida servidas por el rey y la reina y con la canción de Salmos. Al final, con la ayuda de Felipe de Hesse, la ciudad cayó. El rey Jan y los otros líderes fueron torturados con pinzas al rojo vivo y ejecutados, y sus cuerpos fueron colgados en jaulas suspendidas de la Torre de la Iglesia. Allí sus huesos se quedaron aún durante la edad de la Iluminación. Las jaulas todavía están ahí.¹⁷

Las guerras religiosas persistieron durante muchos años en Europa, y al fin y al cabo se concluyó que la religión del rey sería la religión de la región. La expresión que retrospectivamente se aplicó a la decisión fue *cuius regio, eius religio*, que significa sencillamente, que la religión de una región sería la de su rey.¹⁸ Efectivamente, esta fue la dinámica en muchos países del mundo, aún incluso en Colombia hasta 1991.

El Estado en la Biblia

Imagino que todos estamos de acuerdo que la Reforma manifiesta los problemas grandes, a veces fatales, que resultan de borrar la distinción entre la Iglesia y el Estado. Pero indudablemente es bastante complicado elaborar una teología del gobierno, y este capítulo no se dedicará al tema. Solo quiero resaltar que aún el Nuevo

Testamento evidencia la complejidad de buscar relacionarse bien con el gobierno.

A veces el Nuevo Testamento indica que el Estado sirve a propósitos divinos. Por ejemplo, Romanos 13 famosamente dice

Todos deben someterse a las autoridades públicas, pues no hay autoridad que Dios no haya dispuesto, así que las que existen fueron establecidas por él. Por lo tanto, todo el que se opone a la autoridad se rebela contra lo que Dios ha instituido. Los que así proceden recibirán castigo. Porque los gobernantes no están para infundir terror a los que hacen lo bueno sino a los que hacen lo malo. ¿Quieres librarte del miedo a la autoridad? Haz lo bueno, y tendrás su aprobación, pues está al servicio de Dios para tu bien. Pero si haces lo malo, entonces debes tener miedo. No en vano lleva la espada, pues está al servicio de Dios para impartir justicia y castigar al malhechor. Así que es necesario someterse a las autoridades... Por eso mismo pagan ustedes impuestos, pues las autoridades están al servicio de Dios.¹⁹

Romanos 13:1-6

Esto parece ser bastante directo: Pablo indica que todos los gobernadores son autorizados por Dios así que uno debe obedecerlos y someterse ellos, y que uno puede confiar que ellos van a aprobar a los que hacen el bien y solo van a castigar a los malvados. Suena sencillo, ¿no?

Pablo escribió esta carta a finales de los años 50 después de Cristo. Tres o cuatro años después de redactar la epístola, el Emperador Nerón desató una persecución feroz en contra de los cristianos, torturándolos, haciendo espectáculos con ellos en el

Coliseo, donde permitía que bestias salvajes los comieran vivos, e iluminando sus jardines durante la noche por medio de quemarlos vivos como antorchas. Uno pregunta, si Pablo hubiera escrito esta carta de Romanos en el año 65, ¿habría dicho que el cristiano sencillamente tiene que hacer lo bueno para tener la aprobación del Estado, puesto que el gobierno está al servicio de Dios para el bien del creyente? Es una pregunta que no podemos contestar, dado que Pablo fue ejecutado en Roma durante esta misma persecución de Nerón.

Por el otro lado, el Nuevo Testamento a veces expresa una sospecha profunda del Estado. Por ejemplo, consideren el Apocalipsis, escrito en los años 90 cuando la Iglesia estaba sufriendo bajo la persecución de Domiciano. En el capítulo 17, Juan tiene una visión de una ramera montada en una bestia, y dice que ella se había emborrachado de la sangre de los santos y de los mártires de Jesús.

Allí vi a una mujer montada en una bestia escarlata. La bestia estaba cubierta de nombres blasfemos contra Dios, y tenía siete cabezas y diez cuernos. La mujer estaba vestida de púrpura y escarlata, y adornada con oro, piedras preciosas y perlas. Tenía en la mano una copa de oro llena de abominaciones y de la inmundicia de sus adulterios. En la frente llevaba escrito un nombre misterioso:

LA GRAN BABILONIA, MADRE DE LAS PROSTITUTAS,
Y DE LAS ABOMINABLES IDOLATRÍAS DE LA TIERRA.
Vi que la mujer se había emborrachado con la sangre de los santos
y de los mártires de Jesús.

Apocalipsis 17:1-6

Obviamente, esa mujer no se considera una figura positiva en el libro; es descrita como un agente del diablo persiguiendo a los cristianos.

Este mismo capítulo interpreta para el lector el significado de la visión:

¡En esto consisten el entendimiento y la sabiduría! Las siete cabezas son siete colinas sobre las que está sentada esa mujer... La mujer que has visto es aquella gran ciudad que tiene poder de gobernar sobre los reyes de la tierra.

Apocalipsis 17:9, 18

Cuando uno sabe que la ciudad de Roma era conocida como “la ciudad sentada sobre siete colinas”, se vuelve claro que esta ramera es un símbolo del imperio romano que en aquella época estaba matando a los cristianos. En este caso, el imperio romano no es descrito como un agente de Dios, sino como un agente del diablo.

Así, se ve que el Nuevo Testamento mismo reconoce que a veces los gobiernos sirven a los propósitos de Dios y a veces los gobiernos sirven a los propósitos del diablo. Entonces el texto bíblico manifiesta que el comportamiento de la Iglesia se tiene que ajustar conforme a lo que se discierne sobre la continuidad entre la agenda del Estado y la agenda del reino de Dios.

El Estado y la Iglesia en el siglo 21

Creo que el canon bíblico equilibra estos dos acercamientos para enseñar a la Iglesia que ella necesita sabiduría en cuanto a su manejo de las relaciones con el Estado. No creo que el Nuevo Testamento

enseña que debemos, como regla general, retirarnos completamente de la interacción con el Estado (en contraste con las tendencias de los Anabaptistas), pero tampoco creo que debemos cometer el error de Zuinglio y Jan van Leiden y acercarnos tanto al gobierno que llegamos a ser culpables de sus pecados, o que no podemos hablar proféticamente en contra de los abusos del Estado.

El arzobispo Oscar Romero entendió bien la necesidad de evaluar e interactuar con la esfera política desde la perspectiva del Reino, sin dejar que la Iglesia sea cooptada por ningún movimiento político. En su última homilía completa, predicada el día antes de que un asesino entrara en la iglesia y le disparara en la mitad de su sermón, Romero dijo,

En la medida en que los proyectos históricos traten de reflejar el proyecto eterno de Dios, en esa medida, se van haciendo reflejo del Reino de Dios y este es el trabajo de la Iglesia; por eso Ella, Pueblo de Dios en la historia, no se instala en ningún sistema social, en ninguna organización política, en ningún partido. La Iglesia no se deja cazar por ninguna de esas fuerzas porque ella es la peregrina eterna de la historia y va señalando a todos los momentos históricos lo que sí refleja el Reino de Dios y lo que no refleja el Reino de Dios, Ella es servidora del Reino de Dios.²⁰

Tenemos que discernir qué tan coherente es la agenda del Estado, o de un político, o de una ley, con la voluntad de Dios, y tenemos que resistir la tendencia de imaginar que un político o un partido es, o el Mesías o el anticristo... Típicamente, en vez de ser o ángel o diablo, los políticos son una mezcla de ideales y debilida-

des, o, si me permiten usar el lenguaje reformado, el político también es *simul iustus et peccator*, simultáneamente justo y pecador.

Históricamente, a mi parecer, los evangélicos en Colombia han sido una minoría tan pequeña en un país oficialmente católico que la gente no esperaba que una interacción entre la Iglesia evangélica y el gobierno sería muy fructífera. Obviamente la nueva constitución de 1991 cambió al estatus político de la iglesia evangélica, y ahora, por razones demográficas, la iglesia evangélica ha llegado a ser un electorado importante, puesto que representamos más o menos el 15% de la población del país. En particular se vio la relevancia del electorado evangélico en dos controversias recientes: la ideología de género y el referendo sobre la paz con las FARC. (No olviden, dije que yo no voy a opinar a favor o en contra de ningún tema político actual. Sigán tranquilos). Con este nuevo estatus, la iglesia tiene ciertas oportunidades y también corre ciertos riesgos.

En mi país, los Estados Unidos, los cristianos evangélicos históricamente se han identificado muy fuertemente con un partido particular, el partido republicano, y solíamos ver el otro partido, el partido demócrata, como explícitamente opuesto a la voluntad de Dios. (Antes de mis estudios de posgrado, yo casi no sabía que había cristianos en el otro partido.) La razón por la cual habíamos llegado a identificarnos tan fuertemente con el partido republicano es porque era el partido que resistía la legalización del aborto, y el partido demócrata mayoritariamente favorecía la legalización del aborto; como tema secundario, el partido republicano era el partido que abogaba a favor de una concepción más tradicional de la sexualidad, y el partido demócrata se distinguía como el partido que enfatizaba los derechos de la comunidad LGTB.

Obviamente, el aborto es un tema moral importante para el cristiano, tal como son los temas de género y sexualidad, y tiene sentido que serían factores significativos en la afiliación política de los evangélicos. Esto en sí, no es problemático. La parte problemática es que progresivamente la preocupación con el tema del aborto desplazó la atención de otros temas que también son relevantes para la ética cristiana: temas de la pobreza, la guerra, la pena capital, el medio ambiente. Sucede que estos temas son unos de los temas más centrales para el otro partido principal estadounidense, que muchos evangélicos conciben como el partido de los no-cristianos.

Al madurar, descubrí que, aunque los cristianos evangélicos más conservadores apoyan el partido republicano, los cristianos de algunas de las denominaciones históricas con mucha frecuencia apoyan el partido demócrata. Cada grupo de cristianos ha tomado una decisión en cuanto a los factores que consideran más primordiales, y en sí, esto es aceptable. El problema es que, en mi país, cada grupo de cristianos tiene una tendencia de menospreciar el cristianismo del otro grupo y también tiene una tendencia de menospreciar la importancia de los temas morales que son primordiales para el otro grupo de cristianos. Uno casi siente que tiene que escoger entre la resistencia al aborto o la justicia para los pobres, y así las opciones políticas comienzan a distorsionar la cosmovisión ética de los cristianos. Pero no puede ser así. La cosmovisión cristiana siempre tiene que determinar la actividad política y la afiliación política de los cristianos. Si las opciones políticas están cambiando nuestra teología, la cola está moviendo al perro y corremos el riesgo de caer en sincretismo.

En el libro *Nuestras 95 Tesis*, los autores tocaron este mismo tema de la política, notando que los políticos estadounidenses han llegado a reconocer que la población latina en los Estados Unidos es un electorado importante, especialmente porque la población latina es también mayoritariamente cristiana. Políticos de los dos lados buscan explotar a los latinos estadounidenses, manipulando su identidad como latinos o su identificación religiosa. Entonces éstos teólogos escriben la siguiente advertencia que también me parece relevante a la iglesia de Colombia hoy:

No hay peores estrategias misionales para la misión cristiana hacia dentro de la iglesia que: (1) La ingenuidad frente a las dinámicas de poder político dentro y fuera de la iglesia; (2) hacer alianzas basadas en lo inmediato sin discernir y anticipar las consecuencias de nuestras alianzas políticas a corto y largo plazo. Por ejemplo, es clave preguntarnos, ¿quiénes son los que quedan más afectados por nuestras alianzas? ¿Quiénes son los más vulnerables cuando establecemos alianzas?; (3) subestimar el riesgo y la valentía que se necesita frente a los intereses y poderes políticos y eclesiales asumiendo que tales intereses políticos, por estar ligados a la iglesia, siempre son buenos. ¡No es la primera vez en la historia de la misión cristiana que los intereses y el poder político y eclesial no tienen nada que ver con el evangelio de Jesucristo!²¹

Con el crecimiento del poder político de los evangélicos en Colombia, los políticos se van a acercar a nosotros más y más, buscando apoyo electoral. Inicialmente, la sensación de relevancia será embriagante, y no estoy diciendo que uno no debe buscar maneras de cooperar con alcaldes o el gobierno departamental o

el gobierno nacional en aras de realizar justicia y misericordia. Tal cooperación *puede* ser una herramienta dispuesta por Dios para bendecir su Pueblo. Pero indudablemente tenemos que ser “astutos como serpientes y sencillos como palomas” (Mt 10:16). Tenemos que discernir si, en el momento, un partido, o un político, o una ley, o un gobierno hacen la voluntad de Dios o no. ¿Es el emperador actual bueno o malo? ¿Es un siervo de Dios para el bien común, o una ramera montada en una bestia? Para evaluar esto, sugiero que pensemos en las siguientes consideraciones:

- Aun si una cooperación con el Estado nos beneficia en el corto plazo, ¿cuál será el impacto a largo plazo, especialmente para la gente más vulnerable?
- ¿Cuál es el camino que más va a contribuir al establecimiento del amor, la justicia, y la paz, que son características esenciales del reino de Dios?²²
- Si coopero con un político o con el gobierno en aras de un valor cristiano, ¿puedo perjudicar la realización de otro valor cristiano?

Si la iglesia de Colombia en el siglo 21 va a ser una iglesia reformada, siempre reformándose (*ecclesia reformata, semper reformanda*), debemos aprender a superar la fusión descuidada de la Iglesia y el Estado.

Falta de amor en las disputas doctrinales

La segunda manera en la que la Iglesia de Colombia puede reformarse más allá de la Iglesia de la Reforma tiene que ver con nuestra manera de manejar disputas doctrinales.

Disputas e insultos durante la Reforma

Lutero y los reformadores insultaban y ultrajaban a la Iglesia católica y a otros reformadores con otras perspectivas de una manera oprobiosa. Al Papa, Lutero le escribió,

Tú eres más corrupto que cualquier Babilonia o Sodoma, y en lo que puedo ver, eres marcado por un ateísmo totalmente depravado, desesperado y notorio... Tu casa, una vez la más santa de todas, ha llegado a ser la cueva de ladrones más licenciosa, el más descarado de todos los burdeles, el reino del pecado, la muerte, y el infierno. Es tan mala que aún el anticristo mismo, si él viene, no podría imaginar nada que añadir a su maldad.²³

Lutero también fue insultado por los católicos. Por ejemplo, Johann Cochlaeus lo calumnió diciendo, “Lutero deseaba al vino y a las mujeres... Era un mentiroso, un hipócrita, un cobarde y un pendenciero... ¡Y no tiene ni una gota de sangre alemana en sus venas!”²⁴ Aun si concordamos con Lutero en cuanto a sus discrepancias teológicas con la iglesia católica, imagino que podemos ver que esta manera de difamar a sus enemigos no cuadra con la conducta cristiana.

Sin embargo, cabe mencionar que Lutero insultaba a otros reformadores así, y ellos le reciprocaban. Una de las disputas claves entre los reformadores tuvo que ver con la santa cena. Lutero afirmaba la presencia real del cuerpo y sangre de Jesús en los elementos. Pero para reformadores como Zuinglio y Juan Ecolampadio (otro reformador suizo), y el alemán Andreas von Karlstadt,²⁵ la santa cena era puramente simbólica; ellos negaban la presencia real del cuerpo y sangre de Cristo en el pan y el vino. (Esta postura

llegó a ser la perspectiva más común en la Iglesia protestante, aunque los luteranos siguen afirmando la presencia real del cuerpo y la sangre en los elementos, y otras denominaciones afirman la presencia espiritual de Jesús en la santa cena).

Como resultado de esta discrepancia, Zuinglio y Lutero desataron una tormenta de panfletos el uno en contra del otro, en la cual Lutero declaró que en Zuinglio y Ecolampadio eran fanáticos, que eran aún peores que los papistas y que estaban poseídos por el diablo.²⁶ En 1529, los reformadores claves fueron convocados al castillo de Felipe de Hesse en Marburg, con el propósito de armar un acuerdo doctrinal unánime entre los distintos partidos de la reforma. Aunque todos llegaron a un acuerdo sobre 14 artículos, nunca lograron una resolución sobre el tema de la santa cena. En esa ocasión, Lutero famosamente escribió sobre la mesa *hoc est corpus meum*, “este es mi cuerpo,” subrayando la palabra “est”; este ES mi cuerpo... Para él, la presencia real de Jesús en la Santa Cena era innegociable. Al final, aun Zuinglio, tan bélico como era, buscaba tender un puente fraternal hacia Lutero, y con lágrimas en los ojos pidió su amistad. Y entonces Lutero respondió, “Apela a Dios, para que recibas entendimiento.” Así Ecolampadio respondió, “¡Apela a él tú mismo, porque tú lo necesitas tanto como nosotros!”²⁷

Bueno, es feo que Lutero y Zuinglio se insultaran tanto, pero el maltrato a los anabaptistas era bastante peor. Ya mencioné a los anabaptistas, subrayando que ellos eran separatistas con respecto al gobierno. Eran parte de la llamada Reforma radical, y su discrepancia clave con los otros reformadores se enfocaba en el bautismo. Los Anabaptistas decían que solo se debe bautizar a creyentes, y no a infantes. Entonces, los Anabaptistas se bautizaron de nuevo como adultos, convencidos de que su bautismo como infantes no

servía para nada (así adquirieron su nombre, porque “anabaptista” quiere decir “bautizado de nuevo”). Inicialmente muchos anabaptistas estaban viviendo en Zürich, la ciudad de Zuinglio, pero Zuinglio era un pedobautista (es decir, bautizaba a los infantes), y entonces en 1525 la ciudad de Zürich decretó que cualquier persona que no bautizara a sus hijos sería expulsada de la ciudad.²⁸ En los años que siguieron, “Tanto en Zürich como en Ginebra se persiguió con lujo de violencia a los anabaptistas, sometiéndolos al destierro o a la muerte ahogándolos en el río Limago o en el Ródano.”²⁹ Se estima que durante la primera generación de la Reforma, en total los reformadores y los católicos ejecutaron a más de 5,000 Anabaptistas.³⁰ Resalto que la perspectiva de los anabaptistas hoy en día es la perspectiva dominante en el protestantismo de las Américas.³¹

Hoy en día en las iglesias de las Américas, aunque no nos matamos, sigue siendo bastante común que un campo teológico tenga una actitud desdeñosa y superior hacia representantes de otras perspectivas teológicas,³² a veces dudando que personas de otra postura sean “cristianos verdaderos” y no escatimando insultos o descripciones distorsionadas de la perspectiva del hermano.

Aportes desde el Nuevo Testamento

No se requiere una formación teológica muy avanzada para concluir que tal hostilidad entre representantes de distintas posturas teológicas deshonor al Señor. Repasemos brevemente algunos textos relevantes del Nuevo Testamento.

En efecto, toda la ley se resume en un solo mandamiento: “Ama a tu prójimo como a ti mismo.” Pero si siguen mordiéndose y devo-

rándose, tengan cuidado, no sea que acaben por destruirse unos a otros.

Gálatas 5:14-15

Pablo escribió esto a la iglesia en Gálatas precisamente en el contexto de disputas teológicas. Aunque Pablo está bastante comprometido con la integridad doctrinal, él también deja en claro que la manera hostil en la que ellos discutían sus discrepancias era efectivamente una violación del mandamiento de amar al prójimo como a sí mismo.

Sigamos pensando en lo que hemos aprendido acerca de la manera en que Lutero y sus oponentes discrepaban y se ultrajaban uno al otro.

Hermanos, no hablen mal unos de otros.

Santiago 4:11

¿Qué dijo Lutero al Papa?

Tú eres más corrupto que cualquier Babilonia o Sodoma, y en lo que puedo ver, eres caracterizado por un ateísmo totalmente depravado, desesperado, y notorio... Tu casa... ha llegado a ser la cueva de ladrones más licenciosa, el más descarado de todos los burdeles, el reino del pecado, la muerte, y el infierno. Es tan mala que aún el anticristo mismo, si él viene, no podría imaginar nada que añadir a su maldad.

Contrasta Pablo:

Abandonen toda amargura, ira y enojo, gritos y calumnias, y toda forma de malicia. Más bien, sean bondadosos y compasivos unos con otros, y perdónense mutuamente, así como Dios los perdonó a ustedes en Cristo.

Efesios 4:31-32

¿Qué dijo Johann Cochlaeus sobre Lutero? “Lutero deseaba al vino y a las mujeres... Era un mentiroso, un hipócrita, un cobarde y un pendenciero... ¡Y no tiene ni una gota de sangre alemana en sus venas!”

Ahora, pensando en nuestro trato con personas de otras tradiciones cristianas con las que discrepamos, meditemos en Colosenses 3:

Por lo tanto, como escogidos de Dios, santos y amados, revístanse de afecto entrañable y de bondad, humildad, amabilidad y paciencia, de modo que se toleren unos a otros y se perdonen si alguno tiene queja contra otro. Así como el Señor los perdonó, perdonen también ustedes. Por encima de todo, vístanse de amor, que es el vínculo perfecto.

Colosenses 3:12-14

No quiero dar a entender que la integridad doctrinal es de poca importancia, ni que debemos abandonar el celo por la verdad y por el florecimiento de la Iglesia. Más bien, estoy diciendo que el celo por un aspecto de la fe no justifica que descuidemos otros aspectos del cristianismo, por ejemplo, la bondad o el amor. Esto debe ser especialmente obvio cuando miramos la historia de la Reforma y observamos que, por las muchas cosas que Lutero en-

tendía bien, él también defendía posturas teológicas con las cuales la mayoría de los evangélicos de las Américas no están de acuerdo. Si esto pasó con alguien tan brillante como Lutero, uno de los genios teológicos de la tradición protestante, ¿cómo dudamos que también podemos caer en errores similares? Indudablemente, en el caso de equivocarnos, quisiéramos que las personas que nos podrían corregir lo hagan con bondad y gentileza.

No olvidemos que, en su oración por los discípulos en la noche de su crucifixión, Jesús pidió por *la unidad* de sus seguidores:

No ruego solo por éstos. Ruego también por los que han de creer en mí por el mensaje de ellos, para que todos sean uno. Padre, así como tú estás en mí y yo en ti, permite que ellos también estén en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado. Yo les he dado la gloria que me diste, para que sean uno, así como nosotros somos uno: yo en ellos y tú en mí. Permite que alcancen la perfección en la unidad, y así el mundo reconozca que tú me enviaste y que los has amado a ellos tal como me has amado a mí.

Juan 17:20-23

Según Jesús, una razón por la cual la unidad es vital, es porque nuestra armonía es un testimonio al mundo sobre la verdad de Jesús y el amor divino para todos los hombres.

Relevancia para Colombia

Para mí, fue una fuente de mucho entusiasmo leer que la AIEC explícitamente aprecia a las otras denominaciones cristianas.³³ En el listado de los valores de la denominación, el número nueve es, “Valoramos y respetamos el trabajo de otras denominaciones de

sana doctrina.” Esto es vital, porque a veces nuestro compromiso con nuestra denominación es tan fuerte que olvidamos que nuestra identidad primaria es la de ser cristiano y no la de ser miembro de una denominación.

Los seminaristas en la FUSBC habitualmente confiesan durante su segundo o tercer año que, al llegar al seminario, ellos estaban seguros de que su denominación era la más fiel, la que tiene la mejor doctrina, la mayor medida del Espíritu Santo, etc. Ellos dicen que les costaba darse cuenta que los estudiantes de otras denominaciones piensan lo mismo sobre sus respectivas denominaciones. Pero después de vivir juntos, los estudiantes paulatinamente comienzan a ver que pueden estar muy agradecidos con su denominación y convencidos por la postura de su denominación, aunque lo fundamental es que todos son hermanos en la fe.

Sobre la actitud de amor que debemos cultivar aun en medio de nuestras disputas doctrinales, me parece muy sabio lo que Juan Wesley escribió sobre lo que significa ser un “verdadero protestante”; esto escribió en su “Carta a un católico romano”. El teólogo metodista de Hugo Magallanes cita la carta y comenta lo siguiente:

“Un verdadero protestante ama a su prójimo, es decir, a cada persona, amiga o enemiga, buena o mala, como a sí mismo, como ama su propia alma, tal como Cristo nos amó. Y así como Cristo dio su vida por nosotros, está dispuesto a dar su vida por sus hermanos. Este amor se manifiesta en que no hace a otros, en ninguna circunstancia, lo que no quisiera que le hagan a él... No lastima a nadie, ni por palabra ni por acción. Es honesto y justo con todos sus superiores. No guarda odio ni maldad en su corazón. Se abstiene de habladurías, mentiras y calumnias; no salen pala-

bras engañosas de su boca...” (Obras, 8:175). Según Juan Wesley, el verdadero protestante no es el que argumenta y acusa, sino el que demuestra el amor y la misericordia de Dios, particularmente hacia aquellos que no comparten nuestras ideas, prácticas, y tradiciones teológicas.³⁴

Es valioso estar comprometido con su denominación, especialmente una denominación sana y saludable como la AIEC. Pero este compromiso con nuestra denominación no puede y no debe implicar enemistad con ninguna otra. Los otros pastores en nuestras ciudades son nuestros co-obreros, nuestros colegas, nuestros hermanos. Sé que en ciertos casos existe la tentación de indirectamente menospreciar o suavemente calumniar el ministerio de otra iglesia para enaltecer nuestro propio ministerio, pero obviamente no debemos buscar el éxito de nuestra iglesia a expensas de las virtudes cristianas. Así, en las nuevas 95 tesis elaboradas por los teólogos latinos en el libro *Nuestras 95 tesis*, la tesis 29 hasta la 32 tienen que ver con la unidad de la Iglesia.

29. Esa nueva reforma también requiere que nos deshagamos de nuestras divisiones y contiendas, para que en unidad de propósito podamos emprender la misión que nos ha sido encomendada en el momento presente. 30. La nueva reforma requiere una colaboración estrecha entre denominaciones, iglesias y tradiciones que tienen diversos dones. Unas tienen recursos económicos. Otras tienen una profunda vitalidad y celo evangelizador. Otras tienen amplia experiencia en la educación. Otras, en el servicio social y la defensa de la justicia. Nada de esto es propiedad de denominación o congregación alguna, sino que es don de Dios para la edifica-

ción de todo el cuerpo... 32. No reconocernos mutuamente como hermanos y hermanas es pecar contra quien le pidió al Padre “que todos sean uno, para que el mundo crea”. Es una actitud que requiere arrepentimiento, confesión y corrección.³⁵

Así, como parte de la Iglesia reformada que siempre se debe reformar, qué Dios nos ayude a realizar nuestras discusiones teológicas sin descuidar el amor fraternal.

Aceptación de la violencia

Hasta el momento he resaltado dos maneras en que la reforma protestante requiere más reformación: la primera fue la distinción inadecuada entre la Iglesia y el Estado, y la segunda fue la falta de amor en las disputas doctrinales. La tercera manera en que sugiero que la Iglesia puede seguir reformándose está relacionada a las dos anteriores. En estas últimas páginas quiero enfocarnos en el tema de la violencia, porque en el siglo 16 con frecuencia los reformadores aplicaron la violencia para solucionar sus disputas doctrinales, y porque la falta de distinción entre la Iglesia y el gobierno resultó en la aplicación de “la espada” del Estado para avanzar en la causa protestante. A decir verdad, la Reforma fue una época de guerras religiosas.³⁶

La violencia de la Reforma

Durante la Reforma sucedía que “los policías arrestaban a quienes no asistían a la iglesia; la excomunión religiosa incluía la pérdida de la ciudadanía y aun el destierro.”³⁷ Pero a veces las comunidades reformadas sencillamente mataron a personas que ellos consideraban herejes. Un ejemplo famoso es el caso del español Serveto,

quien fue quemado vivo como hereje en 1553 en Ginebra (época cuando Calvino era un líder en la ciudad).³⁸ Casos similares sucedieron durante la Reforma en Inglaterra; la reina Elizabeth quemó anabaptistas y James I también incendió a unos herejes con teologías similares a las de Serveto.³⁹

Adicionalmente, los católicos y los protestantes se asesinaban unos a otros con mucha frecuencia. Durante mi doctorado, oraba muchas mañanas en la capilla de la universidad, una iglesia que se llama *St Mary the Virgin*. Fue el primer edificio oficial de la universidad cuando se fundó en el siglo 13, y así durante el proceso de la Reforma esta iglesia pasó de ser una iglesia católica a ser una iglesia protestante. Dentro de la iglesia, hay una placa que nombra a todos los cristianos, protestantes y católicos, que fueron ejecutados durante estos conflictos. Hasta el día de hoy en Oxford está marcado el lugar de la calle principal de la ciudad donde Hugh Latimer, Thomas Cranmer y Nicholas Ridley fueron quemados vivos por razón de su teología protestante.

A veces la violencia sobrepasó los límites de casos de herejía y los reformadores aún llegaron a fomentar la guerra por razones efectivamente políticas. Por ejemplo, consideren la Guerra de los Campesinos. Durante las primeras décadas de la Reforma, los príncipes alemanes habían llegado a ser más y más duros y explotadores con sus campesinos, subiendo los impuestos, limitando su acceso a las tierras comunes, prohibiendo a los campesinos cazar y pescar, manipulando los mercados etc.⁴⁰ Consecuentemente, los campesinos se rebelaron en contra de la opresión. Pero Lutero, quien había sido tan protegido por Federico de Sajonia, no buscaba justicia para los campesinos, sino que incitaba la violencia contra ellos. Lutero escribió un panfleto en 1526 que se llama *Contra*

de las hordas ladronas y asesinas de campesinos y en este panfleto animaba a las autoridades a matar a estos campesinos revolucionarios: “¡Apuñale, hiera, mate quien pueda!” escribió el gran reformador.⁴¹ Después de que la rebelión fue pisoteada por los príncipes alemanes, algunas personas criticaron a Lutero por no haber pedido misericordia para los campesinos derrotados. Él respondió que, durante la rebelión de los campesinos, cuando ellos estaban robando y quemando y saqueando, nadie hablaba de misericordia. Todos los campesinos hablaban de sus “derechos, derechos, derechos” y Lutero dijo, “hay que contestar a gente así con un puño... Es necesario desabrochar sus oídos con balas de mosquetes hasta que sus cabezas salten de sus hombros.”⁴² El hombre que no temía de alzar la voz en contra del Papa y el Emperador del Sagrado Imperio Romano apoyó los abusos de los príncipes alemanes.

Además, había reformadores al otro lado de la guerra de los campesinos. El Reformador Thomas Münzter criticaba a los príncipes de Sajonia como anguilas que se aparearon con serpientes (es decir, los sacerdotes y los clérigos). Münzter participó en la guerra y la fomentó con lenguaje apocalíptico. Él aún convocó un grupo de insurgentes a un lugar llamado Frankenhause y los inspiró a entrar en batallas contra los príncipes, prometiéndoles que Dios pelearía a su favor, que ellos eran invencibles. Él se equivocó, de manera grave. Después de la matanza de tal vez 6,000 campesinos, Münzter se escondió en el ático de una casa, pero sin éxito. Fue descubierto, torturado y decapitado.⁴³

Para ser muy claro: la guerra de los campesinos sucedió dentro de Sajonia, el corazón de la Reforma, cuando la reforma estaba en plena marcha, y había reformadores de los dos lados animando a la gente y sus líderes a participar en una violencia salvaje.

La Reforma no nos brinda muchos ejemplos de personas que querían evitar la violencia, salvo tal vez el ejemplo del gran líder anabaptista, Menno Simons. De pronto fue Menno Simons el que rescató el movimiento anabaptista de la ignominia después del vergonzoso comportamiento de Jan van Leiden en la ciudad de Münster (recuerden que Leiden fue el anabaptista que se declaró rey de la nueva Jerusalén en Münster, y que tenía 16 esposas). En contraste con Jan van Leiden, Simons abogó por un pacifismo completo, conforme a muchas de las enseñanzas de Jesús. El movimiento anabaptista que surgió en su nombre es naturalmente la denominación menonita. Desafortunadamente, el pacifismo de Simons es tan radical que muchos protestantes subsecuentes lo han descartado como demasiado idealista. Pero si buscamos un referente de la Reforma en contra de la violencia desmedida, de pronto debemos recuperar algo del testimonio de Menno Simons.

La violencia y la Iglesia de Colombia

Al reflexionar sobre cómo la Iglesia de Colombia puede pensar sobre la violencia a la luz de (y en contra de) la Reforma, no propongo entrar en un debate sobre los méritos relativos del pacifismo en comparación con la teoría de la guerra justa. Aún sin tocar estos temas, imagino que podemos ponernos de acuerdo en que la violencia es un flagelo que ha afligido y sigue afligiendo el país. Ni siquiera tenemos que tocar el conflicto entre el gobierno y la guerrilla y los paramilitares y los carteles; solo tenemos que salir de nuestras propias puertas, porque la violencia está en nuestros barrios, con las pandillas que mantienen su control de la zona a través de la aplicación de una violencia a veces sádica. A decir ver-

dad, ni siquiera tenemos que salir de las puertas, porque la violencia está en las casas.

Entonces, para concluir este capítulo, quiero reflexionar sobre un texto del Antiguo Testamento que en gran manera me viene a la mente cuando pienso sobre la historia reciente de Colombia. Este relato está en Jueces 19-21.

Alguna vez había un levita que tenía una concubina. Después de una pelea, ella huyó del levita y volvió a su padre. El levita la siguió, la recuperó, y el padre de la concubina la devolvió al levita. Ellos comenzaron su viaje de regreso a la casa del levita, pero se puso el sol y ellos fueron obligados a pasar la noche en Guibeá, una ciudad en la región de Benjamín. Un solo hombre les ofreció hospitalidad, un hombre de Efraín (la región donde vivía el levita) y no de la tribu de Benjamín. Parece en ese momento del relato que solo hay un buen hombre en esa ciudad, un anciano de Efraín.

Aquella noche los hombres de Guibeá salieron y tocaron la puerta del anciano. Demandaron que él les soltara al levita para que ellos pudieran violarlo. La solución que esos dos hombres “buenos” sugieren ante esta situación es ofrecer la concubina y la hija del anciano a la muchedumbre para satisfacer sus deseos sexuales. El levita agarra a su concubina y la tira de la casa y los hombres de la ciudad pasan la noche violándola hasta que ellos la sueltan y ella colapsa en el patio del anciano. Al amanecer, el levita abre la puerta de la casa y ve su concubina tendida en el patio, con las manos en el umbral de la casa. “Levántate, vámonos,” dice el levita, incompasivo. Pero ella no le contesta, de modo que él agarra un cuchillo y corta a su concubina en 12 pedazos, mandando

un pedazo a cada una de las tribus de Israel, diciendo, “Piensen en esto, considérenlo, y tomen la palabra” (Jueces 19:30).

Se estima que 40%⁴⁴ de las mujeres en Colombia han experimentado la violencia física o sexual *a manos de sus parejas*. Cuando uno toma en cuenta el abuso emocional o psicológico, estas cifras suben a 60 o 70%.⁴⁵ Las cifras de abuso físico solamente disminuyen *un poco* dentro de las iglesias evangélicas, pero la incidencia de abuso emocional *sube* para miembros de iglesias evangélicas. También un estudio reciente de evangélicos en Ecuador descubrió que 60% de los evangélicos fueron víctimas de violencia doméstica física como niños, y que 40% de las mujeres evangélicas *reconocen* haber sido víctimas de violencia sexual cuando eran niñas.⁴⁶ Esto quiere decir que *muchas* de las mujeres e hijos en nuestras iglesias, muchas de las hermanas y niños que levantan sus manos con nosotros durante lo adoración, también viven con hombres que alzan manos violentas contra ellas. “Piensen en esto, considérenlo, y tomen la palabra.” (Si usted busca recursos para enfrentar la violencia doméstica en su iglesia, por favor consulte la nota anterior).

Al recibir el cuerpo descuartizado de la concubina, las demás tribus de Israel se sienten horrorizadas, y con razón, por la violación brutal de la concubina (aunque no parece que les inquieta la brutalidad del levita). En reacción, ellos deciden entrar en guerra en contra de la tribu de Benjamín. Las batallas son salvajes, y la matanza que resulta es aún peor. El ejército de los israelitas, al vencer a los benjaminitas, decidió eliminar no solamente a los guerreros, sino también a los habitantes de todas las ciudades de la tribu de Benjamín, matando casi todos sus niños y mujeres. Los hijos de Israel cometieron genocidio en contra de su hermano. Personas de

Benjamín cometieron atrocidades, es cierto, pero la respuesta de Israel fue peor, y el victimario se volvió víctima.

En Colombia, se han cometido atrocidades. La reacción natural de las víctimas es con frecuencia buscar la venganza. A veces la venganza resulta en barbaries aún más reprehensibles. La güerilla comete una atrocidad, los paramilitares responden con algo peor, y las nuevas víctimas se alinean en contra de los nuevos victimarios y las olas de venganza y salvajadas se multiplican y se propagan hasta que todos tienen justificaciones razonables para su odio y su rabia y parece que todos, en su sed de venganza, han llegado a ser victimarios de otros inocentes, dando a luz a una nueva generación de victimarios, hasta que todos son culpables, y nadie es inocente, y nadie puede imaginar una salida.

Al ver que la tribu de Benjamín está a punto de desaparecer (porque ellos habían asesinado las mujeres y los niños de Benjamín), las otras tribus lamentan su decisión, pero por razón de haber jurado que nunca darían sus hijas en matrimonio a un benjaminita, ellos tienen que buscar una manera alternativa de encontrar nuevas mujeres para los sobrevivientes de Benjamín. Entonces ellos arman dos planes. En primer lugar, ellos suben a Jabes-Galaad, a una ciudad que no participó con ellos en el genocidio de Benjamín, y los israelitas exterminan a filo de espada a todos los hombres y todas las mujeres no-virgenes de la ciudad. Después secuestran las vírgenes para ser esposas de los benjaminitas (cabe aclarar que una virgen en esa época habitualmente era lo que nosotros consideramos una menor de edad). Pero solamente logran capturar 400 chicas así, entonces buscan realizar otra atrocidad para complementar la cifra. Suben a la ciudad de Siló, donde un festivo religioso está en marcha, y cuando las jóvenes salen

para tomar parte en esta *celebración religiosa*, los benjaminitas las secuestran, y las toman para sí como sus esposas, que quiere decir, las violan. Efectivamente, la violación y el homicidio de una mujer, la concubina, ha resultado en el homicidio de *miles* de inocentes y en *centenas* de violaciones de jóvenes inocentes. Este es el ciclo diabólico de la venganza y la violencia, nos cuenta el libro de Jueces. “En aquella época no había rey en Israel; cada uno hacía lo que le parecía mejor.”

Aquí en Colombia, la violencia y la venganza marcan nuestra realidad cotidiana. Está en nuestros barrios y en los hogares de nuestras congregaciones. Pero el siglo 21 no tiene que ser como la época de los jueces. Hoy en día sí hay un rey, no en Israel sino en el trono celestial, de modo que no tenemos la libertad de hacer lo que nos parece mejor, sino que somos llamados a ser los testigos y agentes de la voluntad divina en el mundo. Entonces hago eco de las palabras del Levita, “Piensen en esto, considérenlo, y tomen la palabra.” Qué lo consideremos mejor que el levita, mejor que las tribus de Israel, mejor que los reformadores. Qué nuestro Rey, el Mesías crucificado, nos ayude.

Capítulo 4
Soli Deo gloria
**La supremacía de la gloria de Dios
en la Reforma y hoy**

Después de dedicar el capítulo anterior a varias críticas a la Reforma, quiero terminar este libro con una afirmación robusta de uno de los principios elementales de la Reforma: ¡*Soli Deo gloria!* Esto quiere decir “La gloria solo a Dios”. El capítulo está dividido en dos secciones: *soli Deo gloria* en la Reforma, y *soli Deo gloria* en la Iglesia de hoy. Además, subdivido cada mitad de la conferencia otra vez, explicando cómo la idea de *soli Deo gloria* expresa por un lado una negación de la glorificación de los seres humanos, y por el otro lado una afirmación de la supremacía de Dios.

***Soli Deo gloria* en la Reforma**

Comenzamos entonces con un estudio de *soli Deo gloria* en la Reforma, y nos enfocamos primeramente en la manera en la que esta expresión buscaba resistir la glorificación de los seres humanos.

Un “no” a la glorificación de los humanos

El concepto de *soli Deo gloria* no fue una innovación de la Reforma, pero su énfasis en el movimiento protestante está radicado en la revelación primordial que Lutero tuvo en la torre del Claustro Negro cuando estaba estudiando Romanos. Al llegar a entender que los seres humanos son perdonados y justificados completa-

mente independiente de sus buenas obras, completamente aparte de su piedad o integridad o esfuerzo, y completamente por razón de la obra de Jesús en la cruz, Lutero descentralizó el ser humano del proceso de justificación, aunque previamente en la mente de Lutero y de muchas otras personas de la época, el ser humano tenía una responsabilidad fundamental en la justificación. Pero cuando uno ve que la fe es el único criterio humano para la justificación, entonces llega a ver que el único actor involucrado en la justificación es Dios. Por tal razón el hombre, que no lleva la responsabilidad para justificarse, tampoco recibe la gloria por su estatus de perdonado. Al contrario, solo Dios merece la gloria por nuestra justificación.

Lo mismo aplica con respecto al proceso de santificación. Aunque la doctrina de la santificación sí afirma que dedicamos nuestros esfuerzos y aplicamos nuestra voluntad a la santidad, también vimos hace dos días que este esfuerzo y el mero anhelo de cooperar con Dios en el proceso de nuestra santificación depende de la gracia previa de Dios mismo. Entonces aún en nuestro proceso de santificación no merecemos el crédito, sino que es solamente Dios el que merece la gloria por nuestra santificación.¹ En resumidas cuentas, la doctrina de *soli Deo gloria* niega que los seres humanos merecen gloria por su propia salvación.

Más allá de negar que nosotros mismos merecemos gloria por ser salvos, la doctrina de *soli Deo gloria* está opuesta a la percibida glorificación de otras entidades por parte de miembros de la Iglesia Católica. Estoy pensando en particular en la veneración de la Virgen, de los santos, y a veces de los ángeles, que es común en la práctica popular de la Iglesia Católica. Cabe notar que la postura oficial actual de la Iglesia Católica es totalmente conforme con la

idea de *soli Deo gloria*. Pero en términos prácticos, durante la época de la Reforma tal como en el día de hoy, la práctica cotidiana y la percepción popular de la gente religiosa no siempre cuadran con la doctrina oficial. (Debo aclarar que la veneración de un santo, en la Iglesia Católica, no es idéntica con la adoración del santo, por lo menos técnicamente. Pero popularmente esta distinción con frecuencia se vuelve muy borrosa).

Uno de los aportes de la Reforma es indicar que todo lo que hacen los santos, todo lo que ha hecho la Virgen, todo lo que hacen los ángeles, también se debe a la gracia de Dios. Tal como la transformación de nuestras voluntades se debe a Dios, asimismo la piedad y las buenas obras y los ministerios de los santos, de la virgen y de los ángeles se deben al poder transformador y sustentador de Dios. *Sola gratia* aplica también a los ángeles y a los santos y a la Virgen, y por tal razón ellos no merecen más gloria que cualquier otra persona. Es Dios el que merece la gloria por lo que él logró a través de sus vidas y sus ministerios. Indudablemente debemos celebrar lo que Dios ha obrado a través de sus santos y María; indudablemente debemos ser agradecidos por su impacto en la Iglesia y en el mundo; pero solo Dios merece la gloria por sus hazañas, tal como en el caso nuestro.

Un “sí” a la supremacía de Dios: la supremacía y soberanía de Dios en Calvino

Si *soli Deo gloria* implica una negación de la legitimidad de glorificar a los seres humanos por lo que Dios ha hecho en sus vidas, el otro lado de la moneda es que *soli Deo gloria* es una afirmación de la supremacía de Dios. No hay ningún teólogo de la Reforma

que más ha contribuido a nuestra comprensión y celebración de la supremacía y soberanía de Dios que Juan Calvino.

De pronto el centro de la teología de Martín Lutero era la justificación por fe. Calvino indudablemente afirmaba la idea de justificación por fe, pero para Calvino el centro, el meollo de su teología, era la soberanía de Dios.² ¿Cómo llegó Calvino a esta conclusión? Comenzamos con el rol de Dios en crear y mantener el universo. Romanos 11:36 (cf. Col. 1:16-17) insiste que Jesús es el creador y sustentador de todo el universo, de modo que toda la creación depende de él para su existencia.³ “Porque todas las cosas proceden de él, y existen por él y para él. ¡A él sea la gloria por siempre!” (Rom. 11:36)

Así, según Calvino, no hay nada que sucede y que quede fuera del alcance de Dios, sino que todo depende de Dios y así solo Dios merece la gloria para todo lo loable en la creación y en la historia. Calvino afirma esto en los términos más fuertes posibles.

Dios gobierna de tal manera todas las cosas con su secreto Consejo, que nada acontece en el mundo que Él no lo haya determinado y querido a propósito. (Calvino, *Institución* 1.16.3)

Dios de tal manera se cuida de regir y disponer cuanto sucede en el mundo, y que todo ello procede de lo que Él ha determinado en su consejo, que nada ocurre al acaso o por azar. (Calvino, *Institución* 1.16.4)

Cualquiera que haya aprendido por boca de Cristo que todos los cabellos de nuestra cabeza están contados (Mt. 10:30)... admitirá como cierto que todo cuanto acontece está dispuesto así por secreto designio de Dios. (Calvino, *Institución* 1.16.2)

Si Dios es el creador y sustentador soberano de toda la creación y si Dios es el agente primordial de nuestra salvación, entonces Calvino concluye que todo lo que hacemos debe ser para la gloria del Señor. Como dijo Pablo, “ya sea que coman o beban o hagan cualquier otra cosa, háganlo todo para la gloria de Dios” (1 Cor. 10:30).

Esta perspectiva se expresa de manera hermosa en la primera pregunta del Catecismo Menor de Westminster (uno de los catecismos reformados más famosos). El catecismo comienza preguntando, “¿Cuál es el fin principal del hombre?” La respuesta que da es, “El fin principal del hombre es el de glorificar a Dios y gozar de él para siempre.”

La meta principal de nuestra existencia es glorificar a Dios. Qué mensaje tan chocante para el egoísmo dominante de la cultura occidental, que dice que la persona misma es su propio fin, que existimos simplemente para agradarnos, para alcanzar nuestras propias metas, que somos los arquitectos de nuestros propios sueños y los dioses de nuestras propias religiones que sacrifican todo en el altar del ego. Nuestra cultura es antropocéntrica, que quiere decir que se centra en el ser humano. Aun muchas expresiones del cristianismo han tragado este antropocentrismo, predicando de tal manera que uno imagina que el propósito del cristianismo es que Dios nos bendiga. En tal esquema, la salvación por fe es reducida a meramente poseer la fe necesaria para que Dios enriquezca mi negocio, para que Dios me de las cosas terrenales que quiero, para que Dios me conceda la mujer hermosa que me llame la atención, porque en este esquema Dios no es la meta final del cristiano, sino que yo soy la meta final de Dios.

Es fascinante que una herejía tan grave puede estar tan íntimamente relacionada con la verdad (pero las mejores herejías siempre cuentan con una buena medida de la verdad). Sin negar nada de lo que he dicho en contra del antropocentrismo de muchas formas del cristianismo, no quisiera negar que nuestra felicidad está conectada a los propósitos divinos. Noten bien que la respuesta a la primera pregunta del catecismo dice que “el fin principal del hombre es el de glorificar a Dios y gozar de él para siempre.” ¿“Y gozar de él para siempre”? Casi parece que hay un error en este primer punto del catecismo, porque supuestamente está preguntando cuál es *el* fin principal, singular, del hombre, y después enumera *dos* fines: primero, glorificar a Dios y segundo, gozar de él para siempre.

Pero la contradicción solamente es aparente. La contradicción es meramente aparente porque *Dios es glorificado climáticamente cuando nosotros gozamos de él*. Cuando nos satisfacemos en él, cuando reconocemos que todo lo que somos y tenemos proviene de él y volverá a él, cuando nos regocijamos en sus bondades infinitas, Dios es sumamente glorificado. Entonces con razón John Piper ha ajustado este primer punto del Catecismo de Westminster, para decir que el fin principal del hombre es glorificar a Dios *por medio de* gozar de él para siempre. Piper dice que Dios es más glorificado cuando estamos más satisfechos, cuando estamos más deleitados en él.⁴

Tal vez, en reacción a esta idea, pensamos que “deleitarnos en Dios” requiere que distorsionemos nuestros deseos, que aprendamos a gozar de cosas que son contra intuitivas, que son contrarias a nuestra naturaleza humana. Quizás suponemos que deleitarnos de Dios es algo saludable que nos acostumbramos a hacer por me-

dio de un esfuerzo de vencer nuestros deseos naturales, como si el gozar en Dios equivale a comer remolacha: inicialmente, es asquerosa, pero es saludable, así que vale la pena comerla, y tal vez después de muchos años de comerla, nos acostumbraremos a la remolacha y aguantaremos comerla sin atragantarnos o sentir náuseas.

Pero es una suposición errónea imaginar que glorificar a Dios es similar a acostumbrarse a comer verduras, porque no reconoce que somos constituidos fundamentalmente para el propósito de gozar de Dios y glorificarlo a él. Dios nos creó para glorificarlo a él y entonces nuestra composición, nuestra constitución esencial, fue formada para anhelar a Dios y sentirnos climáticamente realizados en glorificarlo a él. Dios es lo que nuestros corazones de veras anhelan. El problema es que hemos sido engañados de modo que creemos que lo que de veras queremos es la seguridad o la comodidad o el amor de una persona hermosa o el reconocimiento y el honor de una muchedumbre, pero en nuestro ser más profundo, esto no es lo que queremos y nuestra búsqueda del amor y de la gloria y de la riqueza es una distracción que nos tiene vagabundeando por todo el mundo persiguiendo algo que nunca nos puede satisfacer porque fuimos diseñados para encontrar satisfacción en Dios. No hay nadie que lo ha dicho con más belleza que San Agustín, quien inició sus famosas *Confesiones* diciéndolo a Dios,

Con todo, quiere alabarte el hombre, pequeña parte de tu creación. Tú mismo le estimulas a ello, haciendo que se deleite en alabarte, porque *nos has hecho para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que repose en ti*. (Agustín, *Confesiones* 1.1)

“Nos has hecho para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que repose en ti”. Qué belleza, ¿cierto? Ahora, fíjense bien en la lógica hermosa de esta idea: existimos con el propósito de glorificar a Dios. Dios es más glorificado cuando gozamos de él.⁵ Y Dios nos creó de tal forma que el anhelo más fundamental de nuestro ser es Él. Entonces el fin principal de nuestra existencia es hacer la cosa que más profundamente anhelamos hacer: deleitarnos en Dios.

Así, Jonathan Edwards, el gran teólogo puritano, escribió, “Por medio de buscar su gloria, Dios busca el bien de sus criaturas, porque la expresión de su gloria implica la alegría de sus criaturas.”⁶

Además, cuando llegamos a ser orientados hacia nuestro fin principal de glorificar a Dios en el mundo, esto no implica que las cosas de la creación deben perder su sabor o que debemos dejar de gozar de la creación. Muy al contrario, nuestra capacidad de gozar de la creación debe *crecer* cuando conocemos nuestro fin principal.⁷

La creación, tal como nosotros, fue creada para la glorificación de Dios, y para facilitar nuestra glorificación y gozo de Dios. Dios creó el mundo como un medio para comunicarnos su amor y su deleite y su bondad, y cuando reconocemos esto, podemos disfrutar de la creación de esta manera, como un medio de conocer la naturaleza y la generosidad de Dios.⁸ Cuando pensamos que el mundo material es todo lo que hay, cuando buscamos satisfacer nuestros anhelos más existenciales por medio de la comida o el sexo o la belleza o la música, las cosas del mundo nos decepcionan, porque nunca fueron diseñadas para ser nuestra meta principal ni para satisfacer nuestros anhelos esenciales. Pero cuando las cosas del mundo son reconocidas como medios para glorificar a Dios (en vez de ser fines para asegurar que la vida valga la pena),

entonces la comida y la belleza y el sexo, la música y el arte, el deporte y el baile llegan a brindar un *mayor* grado de deleite, porque nos permiten experimentar no solamente sus propias características intrínsecas sino también al Dios que los creó, que los constituyó, para comunicar y convivir con nosotros. Es por tal razón que el profeta Isaías describe el pacto eterno con Dios en términos no solamente de venir a Dios, de escuchar a Dios, y de vivir, sino también de tomar leche y vino y deleitarnos en comidas deliciosas.

¡Vengan a las aguas todos los que tengan sed! ¡Vengan a comprar y a comer los que no tengan dinero! Vengan, compren vino y leche sin pago alguno. ¿Por qué gastan dinero en lo que no es pan, y su salario en lo que no satisface? Escúchenme bien, y comerán lo que es bueno, se deleitarán con manjares deliciosos. Presten atención y vengan a mí, escúchenme y vivirán. Haré con ustedes un pacto eterno, conforme a mi constante amor por David.⁹

Isaías 55:1-3

¿Cuál es el fin principal del hombre? El fin principal del hombre es el de glorificar a Dios por medio de gozar de él para siempre.

Soli Deo gloria hoy

Ya que entendemos que el concepto de *soli Deo gloria* en la Reforma implicó un “no” a la glorificación del ser humano, por un lado, y por otro lado una afirmación de la supremacía y soberanía de Dios, podemos pasar a reflexionar sobre lo que esto significa para nosotros en el día de hoy. De nuevo, creo que implica un “no” a nosotros y también un “sí” a Dios.

Un “no” a la glorificación de los humanos

En cierto sentido, este punto es obvio. Claro que entendemos que Dios no existe para glorificarnos. Cuando recitamos el Padre Nuestro, comenzamos diciendo, “santificado sea *tu* nombre, Dios. Ven-ga *tu* reino, Dios” (Lc. 11:2). En principio, entendemos que servimos a su reino. Pero a veces nos distraemos de esta realidad básica, e imaginamos que Dios nos va a glorificar en términos terrenales.

Dios no promete glorificarnos en formas terrenales

Naturalmente, no usamos la palabra “glorificar”, pero a veces llegamos más o menos a pensar que Dios va a glorificarnos... sencillamente usamos la palabra “bendecir” en vez de la palabra “glorificar”. A veces pensamos que Dios nos va a “bendecir” con un ministerio exitoso, que Dios nos va a “bendecir” con una congregación grande, que Dios nos va a “bendecir” con diezmos abundantes y así que Dios nos va a “bendecir” con un cierto estilo de vida. Y si esperamos que Dios nos va a “bendecir” con fama en nuestra ciudad o en nuestra denominación, efectivamente hemos llegado a creer que Dios nos va a glorificar. No lo hicimos intencionalmente ni directamente, pero al fin y al cabo nuestras expectativas de bendición se pueden distorsionar en un anhelo por la gloria. Aunque no predicamos explícitamente una teología de la prosperidad, yo sé, por experiencia personal, que suposiciones de la teología de la prosperidad pueden entrar en el discurso de personas que no se consideran partidarios del evangelio de la prosperidad. Entonces quiero resaltar algunos mensajes del Evangelio de Lucas para recordarnos con mucha claridad que Dios no promete glorificarnos, y que, aunque Dios sí quiere bendecirnos, estas bendiciones no se deben confundir necesariamente con nuestros

anhelos terrenales. A veces, sí, Dios nos bendice con abundancia material o con una familia grande y saludable, o con un ministerio vibrante, y es totalmente legítimo gozar de estas cosas y honrar a Dios por ellas. Pero el hecho de que Dios a veces nos da tales cosas no implica que Dios *promete que siempre* nos las dará. Consideremos lo que el Evangelio de Lucas nos enseña.

El Tercer Evangelio deja en claro que Dios no nos promete riquezas; al contrario, indica muy explícitamente que las riquezas son peligrosas, que pueden ser espinas que brotan en la huerta del alma y estrangulan la cosecha del reino en nuestras vidas.¹⁰ Jesús no nos promete afluencia, pero sí promete que nos dará pan diario de comer (Lucas 11:3), y ropa con que vestirnos, y que, al fin y al cabo, nos dará el reino.

No se preocupen por su vida, qué comerán; ni por su cuerpo, con qué se vestirán... Fíjense en los cuervos: no siembran ni cosechan, ni tienen almacén ni granero; sin embargo, Dios los alimenta. ¡Cuánto más valen ustedes que las aves!... Fíjense cómo crecen los lirios. No trabajan ni hilan; sin embargo, les digo que ni siquiera Salomón, con todo su esplendor, se vestía como uno de ellos. Si así viste Dios a la hierba que hoy está en el campo y mañana es arrojada al horno, ¡cuánto más hará por ustedes, gente de poca fe! Así que no se afanen por lo que han de comer o beber; dejen de atormentarse. El mundo pagano anda tras todas estas cosas, pero el Padre sabe que ustedes las necesitan. Ustedes, por el contrario, busquen el reino de Dios, y estas cosas les serán añadidas. No tengan miedo, mi rebaño pequeño, porque es la buena voluntad del Padre darles el reino.

Lucas 12:22-32

Además, Jesús no nos promete la fama, la popularidad, el éxito, o un ministerio celebrado. Más bien él dice,

Dichosos ustedes cuando los odian, cuando los discriminen, los insulten y los desprestigien por causa del hijo de hombre... ¡Ay de ustedes cuando todos los elogian! Dense cuenta de que los antepasados de esta gente trataron así a los *falsos* profetas.

Lucas 6:22, 26

Dios no nos promete la popularidad, y también advierte que nuestro compromiso con el evangelio nos podría costar amigos y aun el apoyo de la familia (cf. Lucas 9:57-62; 14:26). Pero Jesús sí nos promete que, en la Iglesia, recibiremos una nueva familia.

—Les aseguro—respondió Jesús—que todo el que por causa del reino de Dios haya dejado casa, esposa, hermanos, padres o hijos, recibirá mucho más en este tiempo; y en la edad venidera, la vida eterna.

Lucas 18:29-30

Dios tampoco nos promete la buena salud ni una larga vida. Al contrario, indica que ser el discípulo de Jesús habitualmente va a implicar sufrimiento, cargando la cruz cada día, y posiblemente muriendo así.

Si alguien quiere ser mi discípulo, que se niegue a sí mismo, lleve su cruz cada día y me siga. Porque el que quiera salvar su vida, la perderá; pero el que pierda su vida por mi causa, la salvará

Lucas 9:23-24; cf. 14:27

Lutero entendía esto, entendía que la glorificación de Dios en la vida del hombre habitualmente pasaría cuando los hombres siguieran el camino del mesías sufriente. Por esta razón, las últimas dos tesis que el clavó en la puerta de la Iglesia en Wittenberg dicen:

94. Es menester exhortar a los cristianos que se esfuercen por seguir a Cristo, su cabeza, a través de penas, muertes e infierno. 95. Y a confiar en que entrarán al cielo a través de muchas tribulaciones, antes que por la ilusoria seguridad de paz.

Que no nos confundamos con el eufemismo de “bendiciones”. *Soli Deo gloria* puede significar que glorificaremos a Dios a través del sufrimiento, de modo que tenemos que entregar a Dios nuestros anhelos por la comodidad financiera, la familia, la fama.

Sé que estos temas son pesados, entonces antes de continuar, comparto un comentario de Lutero que me parece relevante (y chistoso). Lutero dijo una vez,

Los jóvenes son tentados por las mujeres. Hombres que tienen 30 años son tentados por el oro. Cuando tienen 40 años son tentados por el honor y la gloria. Y cuando tienen 60 años dicen a sí mismos, “¡Qué hombre tan piadoso soy!”¹¹

Todo lo que he dicho en esta sección aplica a cualquier cristiano; pero ahora quiero pasar a pensar más precisamente en lo que el “no” de *soli Deo gloria* significa para los líderes cristianos, para los pastores y los maestros.

Dios no promete glorificar a los líderes de la Iglesia

Imagino que ustedes abrazaron el ministerio pastoral porque sintieron que Dios les llamó, porque querían servirle a él, y no porque buscaban auto engrandecerse. Sé que, cuando Dios me llamó a ser un misionero a la edad de 14 años, mi deseo sencillamente era servirle. Imagino que lo mismo era cierto con los escribas y los fariseos. Pero, en el trascurso de la vida, nuestras motivaciones se pueden mezclar con otras consideraciones, y nos podemos desviar, y terminar siendo como los fariseos y escribas.

Jesús les dijo a sus discípulos: Cuidense de los maestros de la ley. Les gusta pasearse con ropas ostentosas y les encanta que los saluden en las plazas, y ocupar el primer puesto en las sinagogas y los lugares de honor en los banquetes.

Lucas 20:45-46

Es cierto que un cierto estatus acompaña al ministerio pastoral, por lo menos a los ojos de los miembros de nuestras congregaciones. Este es un tema que exploramos hace dos días. Debemos estar muy pendientes de los peligros que el estatus y la fama presentan, porque nos acechan paulatinamente. Como escribe Nora Lozano Díaz, una profesora de teología bautista,

Algunos... vienen de tradiciones culturales donde existen “cacicazgos” —es decir, sistemas en los que el poder se centra en un líder poderoso, normalmente varón... [E]stos líderes pueden volverse abusivos con sus congregaciones.¹²

Aclaro que cada pastor que yo conozco de la AIEC es un hombre humilde que ama a su rebaño y le sirve sacrificialmente. Lo que dice la doctora Lozano Díaz hace referencia a una situación extrema. Pero es importante reconocer que el estatus, el honor y el poder que acompañan el rol de ser un líder en la iglesia también implican tentaciones y peligros para la persona que entró al ministerio honestamente con el propósito de servir. Tenemos que disciplinarnos a mantener esta disposición de servir al pueblo de Dios de manera humilde, aun si implica que vamos a pastorear todos nuestros días en un rebaño pequeño en un pueblo cuyo nombre la gente en Bogotá no conoce, aun si implica que nunca alcanzaremos un estatus alto en la denominación o a los ojos del mundo.

Tengo experiencia de primera mano sobre cómo nuestras motivaciones iniciales sencillas pueden ir mezclándose con otras motivaciones después de varios años de seguir el camino que Dios nos tiene preparado. Como mencioné, Dios me llamó a ser un misionero desde muy joven, y entonces me dediqué a seguir su voluntad. Con el transcurso del tiempo Dios me aclaró que la manera en la que él esperaba que yo sirviera a la Iglesia fuera como teólogo, capacitando a pastores y líderes, entonces con este propósito y siguiendo los consejos de mis mentores me mudé a Europa e inicié estudios doctorales y posdoctorales. Pero algo sucedió, algo inesperado, durante mis años en Europa. Imperceptiblemente, adquirí una nueva característica: la ambición. Llegué a ser ambicioso. Ambicioso para el reino, sí, con ganas de tener un gran impacto, un impacto estratégico en una obra verdaderamente importante: el crecimiento de la Iglesia en América Latina. Y no todo en la ambición está mal: es bueno querer contribuir de manera importante a la obra del reino. Pero...

Pero además de tener la ambición de contribuir de manera significativa al Reino, también llegué a anhelar que mis colegas en la academia y mis amigos líderes en la Iglesia me admirarían por la decisión de salir de la academia y ser un misionero. Es más, por medio de abandonar el sistema universitario del norte y mudarme a una parte del globo con relativamente poca teología académica, yo anhelaba—o, siendo honesto, anhelo—que mi teología y mi enseñanza sean reconocidas como más importantes e impactantes que la teología y la enseñanza de mis colegas trabajando en universidades cómodas y bonitas en Europa. Mi ambición misionera santa se mezcló con ambición egoísta, y por debajo de mi afirmación, a voz en cuello, de *soli Deo gloria*, se puede escuchar un eco, “y gloria a mí también”.

Pues, no obstante mis ambiciones (las justas y las pecaminosas), debo aceptar que quizás nunca vaya a tener un impacto visiblemente grande en el mundo. Durante los últimos años, he tenido que contemplar la posibilidad real de que nunca voy a escribir un libro que será celebrado ni por la Iglesia ni por el gremio teológico; que nunca seré más que un profesor adecuado; que la institución a la que dedico mis energías no recibirá mayor grado de reconocimiento o fama; que mis amigos y colegas del norte me califiquen como un fracaso profesional. Tal vez esto pasará, tal vez no. Pero si pasa, si esto es lo que Dios tiene para mí, es importante que yo pueda aceptarlo. Todavía no me he reconciliado a esta posibilidad; es algo que estoy contemplando y sobre lo cual estoy orando. Pero en la medida en la que *no* me puedo reconciliar a un futuro que es nimio a los ojos del mundo, en esa medida veo que yo no creo en la *soli Deo gloria*.

Tengo un amigo que conocí en Escocia, cuando estábamos haciendo nuestros doctorados en la universidad de Saint Andrews. El nombre de mi amigo es Joshua Moon. Les cuento que Joshua es brillante. En todo el grupo de los teólogos haciendo sus doctorados en Saint Andrews, nos fue claro que Joshua era especial, que tenía un talento particular, que podría ser un gran éxito en el mundo teológico. Inteligente, elocuente, capaz de escribir y predicar, investigar y enseñar, el hombre es el paquete completo. Además, desde el comienzo de sus estudios, dejó en claro que, al terminar su doctorado, él volvería a pastorear en una pequeña iglesia reformada. Sus profesores buscaron cambiar su proyección, pero él sabía que este era el plan de Dios para él. Entonces terminó su doctorado, publicó su libro y se fue a pastorear en una iglesia pequeñita.

A decir verdad, yo siempre anticipé que Joshua rápidamente transformaría su iglesia pequeña en una congregación famosa, o que él se trasladaría a ser el pastor de una iglesia más grande. Pero no. Trabajó fielmente en esta pequeña iglesia. Hace cuatro años yo lo visité, y le pregunté cómo era para él seguir en ese ministerio muy pequeño y muy humilde cuando la gente todavía estaba animándolo a volver a la academia o a buscar un ministerio más visible. Y él me contestó con una sonrisa y dijo que él solamente quiere cultivar la tierrita que Dios le había encargado. Me citó una línea de un himno viejo que dice, “estoy contento de ocupar un espacio pequeño, si tú, Señor, eres glorificado.”¹³

Quisiera poder decirles que, hoy en día, yo ya podría ver el fruto de la fidelidad de Josh. Pero la realidad es que, hace dos años, él se sintió obligado a salir de su puesto pastoral en esa iglesia, y desde entonces él ha estado buscando empleo en el ministerio de nuevo. Cuando le escribí en junio de este año para preguntar

cómo va el proceso, me dijo que se le acaban de ofrecer un puesto académico... y que él lo rechazó, porque su anhelo más profundo es predicar y pastorear de nuevo, no obstante el riesgo que implica rechazar un buen puesto como profesor. El Reverendo Dr. Moon sigue persiguiendo su vocación fielmente y pacientemente y sacrificadamente, porque *soli Deo gloria*.

Tal vez algún día, en 5 o 10 o 20 años, Joshua verá abundante fruto por razón de su fidelidad y sacrificio... pero tal vez no. Piensen bien en lo que dice Hebreos 11. A veces este texto se llama el “salón de la fama de la fe”, porque a lo largo de 35 versículos celebra como los héroes del Antiguo Testamento—Enoc, Noé, Abraham, Moisés, etc.—realizaron sus proezas espirituales “por la fe”. Tenemos ganas de imitar tales personas, ¡naturalmente! Pero mira lo que viene a continuación:

Otros, en cambio, fueron muertos a golpes, pues para alcanzar una mejor resurrección no aceptaron que los pusieran en libertad. Otros sufrieron la prueba de burlas y azotes, e incluso de cadenas y cárceles. Fueron apedreados, aserrados por la mitad, asesinados a filo de espada. Anduvieron fugitivos de aquí para allá, cubiertos de pieles de oveja y de cabra, pasando necesidades, afligidos y maltratados. ¡El mundo no merecía gente así! Anduvieron sin rumbo por desiertos y montañas, por cuevas y cavernas. Aunque todos obtuvieron un testimonio favorable mediante la fe, ninguno de ellos vio el cumplimiento de la promesa.

Hebreos 11:35-39

¡“Ninguno de ellos vio el cumplimiento de la promesa”! Son hombres y mujeres de los cuales el mundo no era digno, pero de todos

modos nosotros ni siquiera conocemos sus nombres... son héroes anónimos en el salón de la fama de la fe. ¿Qué tal ser una persona así? Si creemos *soli Deo gloria*, debe estar bien con nuestras almas.

En el siglo 19 vivía un pastor escocés llamado Robert Murray M'Cheyne... fue el pastor que diseñó el calendario para leer toda la Biblia en un año. Uno de mis profesores previos citaba los sermones de M'Cheyne con mucha frecuencia, y son poderosos. Pero les digo, aquel hombre luchó a lo largo de la vida con muchas dificultades de salud, y al fin y al cabo murió a la temprana edad de 29 años. El Dr. Moon me contó que, durante una de sus épocas de enfermedad, M'Cheyne escribió en su diario que le dijo al Señor, “Señor, yo voy a predicar, voy a correr, voy a visitar a la gente, voy a luchar”.¹⁴ Y el Señor le contestó, “No. Tú vas a acostarte en tu cama y vas a sufrir.” En este sentido, el mensaje del Señor a M'Cheyne fue similar a lo que leemos en Hebreos 11. La historia del cristianismo se moldeó por héroes sufrientes anónimos que apostaron hasta la vida en la creencia *soli Deo gloria*.

Un “sí” a la supremacía de Dios en la vida y el ministerio

Yo he argüido que la doctrina de *soli Deo gloria* implica, por un lado, un “no” a la glorificación de los hombres, en el sentido de que Dios no promete glorificarnos en sentidos terrenales y que Dios no está comprometido con la glorificación o la exaltación de los líderes y los maestros de las iglesias. Pero hay otro lado de la moneda de *soli Deo gloria*, y ahora volvemos nuestra atención a él. *Soli Deo gloria* implica la supremacía de Dios en nuestras vidas y en nuestros ministerios, y eso debe ser una fuente de consuelo y de alegría.

La glorificación de Dios en nuestra salvación

Primera de Pedro 2:9-10 dice:

Ustedes son linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo que pertenece a Dios, para que proclamen las obras maravillosas de aquel que los llamó de las tinieblas a su luz admirable. Ustedes antes ni siquiera eran pueblo, pero ahora son pueblo de Dios; antes no habían recibido misericordia, pero ahora ya la han recibido.

1 Pedro 2:9-10

Pedro escribe a los creyentes de su audiencia recordándoles que, no obstante su situación actual de persecución e ignominia, ellos son un linaje escogido, un real sacerdocio, una nación santa. Él también deja en claro que esto no se debe a su pureza ni su estatus étnico ni a sus obras, sino al mero hecho de que ellos han recibido la misericordia de Dios. Pedro resalta que su elección misericordiosa al estatus honrado de ser un real sacerdocio tiene una meta principal: que ellos proclamen las obras maravillosas de Dios. Dicho de otra manera, su elección y salvación misericordiosa tienen el propósito de glorificar a Dios (*soli Deo gloria*). Esta realidad no solamente aplica a ellos, sino sigue siendo cierta para nosotros también. Nos debe consolar porque, como dice Filipenses 1:16, “el que comenzó tan buena obra en ustedes la irá perfeccionando hasta el día de Cristo Jesús”... ¿Por qué? Por la gloria de su nombre. El compromiso de Dios con su propia gloria debe ser una fuente de consolación para nosotros porque nos da seguridad que Dios va a llevar a cabo lo que él ya comenzó en nuestras vidas y en nuestra salvación. La realidad de pertenecer a un Dios que

está celosamente comprometido con su propia gloria es nuestro consuelo fundamental.

Previamente les leí la primera pregunta y respuesta del famoso catecismo de Westminster. Ahora les voy a contar cuál es la primera pregunta y respuesta de otro famoso catecismo Reformado, el Catecismo de Heidelberg.

Pregunta: ¿Cuál es tu único consuelo tanto en la vida como en la muerte?

Respuesta: Que yo, con cuerpo y alma, tanto en la vida como en la muerte, *no me pertenezco a mí mismo, sino a mi fiel Salvador Jesucristo*, que me libró del poder del diablo, satisfaciendo enteramente con preciosa sangre por todos mis pecados, y me guarda de tal manera que sin la voluntad de mi Padre celestial ni un solo cabello de mi cabeza puede caer, antes es necesario que todas las cosas sirvan para mi salvación. Por eso también *me asegura*, por su Espíritu Santo, la vida eterna y me hace pronto y aparejado para vivir en adelante según su santa voluntad.¹⁵

Nuestra única consolación es pertenecer, no a nosotros mismos, sino a él. ¿Por qué sería esto una consolación, no ser los dueños de nuestras propias vidas? Porque podemos confiar que él es capaz de hacer para nosotros lo que no podemos hacer. Yo no soy capaz de perdonar mis propios pecados; yo no soy capaz de efectuar mi propia santificación; yo no soy capaz de glorificarme en el último día. Pero Dios es capaz de hacer todo eso. Adicionalmente, sabemos que Dios no solamente puede hacer esto, sino que está comprometido con el cumplimiento de este plan. Dios va a cum-

plir con sus propósitos para nuestro bien porque *su gloria depende de cumplir con sus promesas*.¹⁶

La glorificación de Dios en perdonarnos

La realidad es que la gloria del nombre de Dios está detrás de cada paso de nuestra salvación, y por razón de la pasión de Dios por su propia gloria podemos confiar en su compromiso con nuestra salvación. En primer lugar, podemos confiar con el perdón de Dios, porque la Biblia deja en claro que Dios se glorifica en perdonarnos.¹⁷ Así dicen los Salmos,

Por amor a tu nombre, Señor, perdona mi gran iniquidad.

Salmo 25:11

Oh Dios y Salvador nuestro, por la gloria de tu nombre, ayúdanos; por tu nombre, líbranos y perdona nuestros pecados.

Salmo 79:9; cf. Jer. 14:7, 9

Dios nos perdona para que su nombre sea glorificado.

La glorificación de Dios en ayudarnos

Además, podemos confiar en la ayuda de Dios, en su rescate, por razón del compromiso divino con su propia gloria.¹⁸ ¡Dios nos ayuda a nosotros parcialmente porque le beneficia a él! Así dijo Dios al salmista: “Invócame en el día de la angustia; yo te libraré y tú me honrarás” (Sal. 50:15). Jesús igualmente prometió, “Cualquier cosa que ustedes pidan en mi nombre, yo la haré; así será glorificado el Padre en el Hijo.” (Jn. 14:13).

De nuevo resalto que esta glorificación de Dios no es contraria a nuestro bien, porque nuestro bien coincide con la glorificación de Dios. “Hasta ahora no han pedido nada en mi nombre. Pidan y recibirán, *para que su alegría sea completa*.” (Jn. 16:24). Comparando estos dos versículos, que vienen del mismo discurso de Jesús en el Cuarto Evangelio, vemos que Dios hace lo que pedimos en su nombre para que él sea glorificado y *simultáneamente* para que nuestra alegría sea completa. Dios nos da lo que pedimos por dos razones entrelazadas: su gloria y nuestra alegría. Es como dijo John Piper, “Dios es más glorificado en nosotros cuando nosotros estamos más satisfechos en él.”¹⁹

Obviamente, esta no es una promesa de darnos cualquier cosa que deseamos, sino es un compromiso de extendernos cualquier cosa que coincide con los deseos de un corazón bien orientado hacia su meta eterna: la glorificación del Señor. Así el salmista dice, “Deléitate en el Señor, y él te concederá los deseos de tu corazón.” (Sal. 37:4) Dios no nos concede los deseos pecaminosos de nuestros corazones, los cuales al fin y al cabo nos son dañinos, sino que Dios nos regala todos los deseos de nuestros corazones cuando nuestros corazones se deleitan en él, porque nuestro último florecimiento va de la mano con un estilo de vida contiguo con la voluntad del Dios que nos creó.

La glorificación de Dios en santificarnos

Además de saber que Dios nos va a perdonar y nos va a ayudar por razón de su compromiso con su propia gloria, sabemos que Dios nos va a santificar, porque Dios es exaltado en nuestra santificación. El Salmo 23:3 explica que la razón por la cual Dios nos guía

por sendas de justicia es para enaltecer su propia fama. “Me guía por sendas de justicia *por amor a su nombre*.” (Sal. 23:3).

Cuando me siento desesperado por la persistencia de mi pecado o impaciente con mi santificación, puedo descansar en el compromiso de Dios con su propia supremacía. Sé que Dios va a seguir guiándome adelante en mi santificación porque él está apasionado por su propia gloria, y con mi transformación él será más glorificado en mi vida. Así podré corresponder más y más al imperativo de Pablo en Colosenses 3: “Todo lo que hagan, de palabra o de obra, háganlo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios el Padre por medio de él.” (Col. 3:17).

La glorificación de Dios en glorificarnos

El mismo compromiso de Dios con su propia gloria que es la clave para nuestra justificación, para nuestro apoyo y para nuestra santificación, también es la fuente de nuestra esperanza que, al fin y al cabo, Dios cumplirá y perfeccionará su obra en nosotros y que seremos glorificados cuando se finaliza este trabajo en nuestras vidas. La carta de Judas nos recuerda que es Dios el que es garante de nuestra perseverancia en la fe. La epístola termina con una doxología “al único Dios, nuestro Salvador, que puede guardarlos para que no caigan, y establecerlos sin tacha y con gran alegría ante su gloriosa presencia.” (Jud. 24).

Más que simplemente poder preservarnos, Pablo también dice que Dios tomó la decisión de glorificarnos desde antes de nuestra creación. La decisión de glorificarnos finalmente fue parte de su plan en nuestra elección.

[Dios] lo hizo para dar a conocer sus gloriosas riquezas a los que eran objeto de su misericordia, y a quienes de *antemano* preparó *para esa gloria*.

Romanos 9:23

¿Por qué puedo confiar que Dios no me va a abandonar? Porque Dios decidió no abandonarme antes de crearme. Así, cuando Dios cumple su obra en el mundo y es exaltado sobre toda la tierra, cuando cada rodilla en los cielos y en la tierra y debajo la tierra se doble ante él y le reconozca como el Señor, cuando Dios sea climáticamente glorificado, yo también seré reivindicado con él. Entonces, como Pablo, digo que, “nos regocijamos en la esperanza de la gloria de Dios” (Rom. 5:2) porque también implicará nuestra propia gloria.

Lo fascinante e irónico de la doctrina de *soli Deo gloria* es que el compromiso de Dios con su propia gloria, en la culminación de todas las cosas también resultará en nuestra glorificación. Pablo indica que Dios está tan comprometido con su propia gloria que sabemos que él nos glorificará a nosotros. ¡Qué ironía tan espléndida! Aunque la doctrina de *soli Deo gloria*, por un lado, implica una negación de la glorificación de los hombres en formas terrenales, por el otro lado implica un compromiso, una garantía de la glorificación de nosotros en términos escatológicos y celestiales.

La glorificación de Dios en la misión de su pueblo

La doctrina de *soli Deo gloria* no es meramente un consuelo para nosotros como individuos; también es un consuelo para nuestra participación en la misión del pueblo de Dios. Cuando nos sentimos deprimidos, desesperados en cuanto al futuro de nuestro

ministerio o en cuanto al impacto que percibimos que tiene nuestro ministerio, la pasión de Dios por su propia gloria nos debe dar ánimo y aliento.

Desde el comienzo del pacto con Abraham, vemos que el plan de Dios para su pueblo tenía el propósito de glorificar su nombre. Cuando Dios se comunicó con Abraham por primera vez, le dijo que la descendencia del patriarca sería una bendición a todas las naciones.

¡Por medio de ti serán bendecidas todas las familias de la tierra!

Génesis 12:3

Todas las naciones del mundo serán bendecidas por medio de tu descendencia.

Génesis 22:18

Pero, aunque la elección de Abraham tiene el propósito de bendecir a su familia, y a través de su familia a todas las naciones, esta elección también tenía el propósito de glorificar a Dios. Vamos a ver que la elección del pueblo de Israel, aunque es para su bendición y aunque representa una manera de bendecir todas las naciones del mundo, esta elección también tenía el propósito de glorificar a Dios. La glorificación de Dios no va en contra de nuestro gozo, sino que Dios es glorificado cuando nosotros más nos deleitamos en él.²⁰

El Antiguo Testamento testifica que las maravillas que Dios hace a través de su pueblo y a través de sus líderes, tienen el propósito de glorificar su nombre. Antes del éxodo, Dios dijo al faraón, “Te he dejado con vida precisamente para mostrarte mi poder, y para

que mi nombre sea proclamado por toda la tierra” (Ex. 9:17). Dios quería la oportunidad de multiplicar milagros en la salvación de Israel para manifestar su gloria ante todas las naciones de la tierra.

Es así que el profeta Isaías también entiende el éxodo:

El que hizo que su glorioso brazo marchara a la derecha de Moisés, el que separó las aguas a su paso, para ganarse renombre eterno... Fue así como guiaste a tu pueblo, para hacerte un nombre glorioso.

Isaías 63:12, 14

Aun cuando la gente fue rebelde, y no quería confiar en Dios, Dios la salvó, para glorificarse a sí mismo. El salmista dice:

Cuando nuestros padres estaban en Egipto, no tomaron en cuenta tus maravillas; no tuvieron presente tu bondad infinita y se rebelaron junto al mar, el Mar Rojo. Pero Dios los salvó, haciendo honor a su nombre, para mostrar su gran poder.”

Salmos 106:7-8

Así el salmista instruye a los israelitas que ellos deben exaltar el nombre del Señor entre las naciones, porque Dios hizo tales maravillas para que los gentiles glorifiquen su nombre también.

Canten al Señor un cántico nuevo; canten al Señor, habitantes de toda la tierra. Canten al Señor, alaben su nombre; anuncien día tras día su victoria. Proclamen su gloria entre las naciones, sus maravillas entre todos los pueblos.

Salmos 96:1-3

El compromiso de Dios con su glorificación a través de Israel y entre las naciones es tan fuerte que Dios aguanta y perdona la inconstancia y el pecado de su pueblo. En el libro de Josué, cuando la rebelión de Acán casi descarriló la conquista de la tierra prometida, Josué no apela a Dios y pide su perdón con base en las cualidades del pueblo de Israel, como si ellos merecieran el perdón de Dios. Josué reconoce que su pueblo no merece perdón. Entonces él apela al compromiso de Dios con su gloria para mover a Dios a perdonar al pueblo. Josué 7:8-9 dice:

Dime, Señor, ¿qué puedo decir ahora que Israel ha huido de sus enemigos? Los cananeos se enterarán y llamarán a los pueblos de la región; entonces nos rodearán y nos exterminarán. ¿¡Qué será de tu gran prestigio!?

Entonces, cuando el pueblo de Dios erraba, Dios no rescindió su elección. Esto no fue porque ellos merecían otra oportunidad, sino porque Dios ama su gloria y no va a abandonarla por nuestra inconstancia.

El primer libro de Samuel narra algo similar. Samuel predijo que Israel, al recibir un rey, se apartaría de los caminos del Señor. Pero el profeta indica que esto no anularía la elección de Israel.

Por amor a su gran nombre, el SEÑOR no rechazará a su pueblo.
1 Samuel 12:22

Dios tiene paciencia con nosotros porque decidió glorificarse a través de nosotros. Entonces, cuando Israel efectivamente se rebeló en contra de Dios, y por razón de sus muchos pecados ellos

fueron castigados con la expulsión de la tierra prometida, Dios no obstante dejó en claro que los restauraría, por la gloria de su nombre. Así dicen los profetas Ezequiel y Daniel:

Por eso, adviértele al pueblo de Israel que así dice el SEÑOR omnipotente: “Voy a actuar, pero no por ustedes sino por causa de mi santo nombre, que ustedes han profanado entre las naciones por donde han ido. Daré a conocer la grandeza de mi santo nombre, el cual ha sido profanado entre las naciones, el mismo que ustedes han profanado entre ellas. Cuando dé a conocer mi santidad entre ustedes, las naciones sabrán que yo soy el SEÑOR.

Ezequiel 36:22-23

Así dice el SEÑOR omnipotente: Ahora voy a cambiar la suerte de Jacob. Tendré compasión de todo el pueblo de Israel, y celaré el prestigio de mi santo nombre.

Ezequiel 39:25

¡Señor, escúchanos! ¡Señor, perdónanos! ¡Señor, atiéndenos y actúa! Dios mío, haz honor a tu nombre y no tardes más; ¡tu nombre se invoca sobre tu ciudad y sobre tu pueblo!

Daniel 9:19

No obstante la multiplicación de los peores pecados de parte de la nación de Israel, Dios no los abandonó, porque Dios estaba comprometido con la glorificación de su nombre a través del pueblo de Israel y a favor de las naciones de la tierra. Su perseverancia con el pueblo y con su misión se debe a su compromiso con su gloria, y entonces a través de los profetas Dios promete:

Yo manifestaré mi gloria entre las naciones. Todas ellas verán cómo los he juzgado y castigado.

Ezequiel 39:21

Yo, por causa de sus acciones y sus ideas, estoy a punto de reunir a gente de toda nación y lengua; vendrán y verán mi gloria. Les daré una señal, y a algunos de sus sobrevivientes los enviaré a las naciones: a Tarsis, Pul, Lidia (famosa por sus arqueros), Tubal y Grecia, y a las costas lejanas que no han oído hablar de mi fama ni han visto mi gloria. Ellos anunciarán mi gloria entre las naciones.

Isaías 66:18-19

En el Antiguo Testamento, Israel tenía la misión de glorificar el nombre de su Dios entre las naciones. Cuando llegamos al Nuevo Testamento, esta llega a ser la misión de la Iglesia, de nosotros. Así dice Jacobo en el concilio de Jerusalén, “Dios desde el principio tuvo a bien escoger de entre los gentiles un pueblo para honra de su nombre” (Hch. 15:14). La misión evangelista de la Iglesia entre las naciones tiene el propósito de glorificar el nombre de Dios. El libro de Hechos relata cómo esta misión entre los gentiles va cubriendo el imperio romano, y cómo los conversos gentiles llegan a ser evangelistas y proclaman el nombre del Señor entre las naciones.

Tan fuerte era su compromiso con la gloria de Dios, con *soli Deo gloria*, que Pablo estaba dispuesto a perseverar en esta misión de glorificar a Dios aún hasta el punto de morir. Cuando el apóstol fue informado a través de una profecía que él sería encadenado y encarcelado al subir a Jerusalén, él dijo, “Por el nombre del Señor

Jesús estoy dispuesto no solo a ser atado sino también a morir en Jerusalén” (Hch. 21:13).

La razón por la cual he enfatizado que el tema de la glorificación del nombre de Dios resuena como un estribillo a lo largo de todo el texto bíblico es para mostrar que la misión de Dios, en el pueblo de Israel y en la Iglesia, es motivada por el celo que Dios tiene por su gloria, por su fama. No obstante los errores del pueblo, no obstante la inconstancia que ellos manifiestan, no obstante las persecuciones que ellos enfrentan, la misión de Dios sigue adelante, porque nadie puede impedir a Dios, y Dios ha decidido glorificarse a través de su pueblo.

Para nosotros, como ministros, como líderes de iglesias y comunidades, como siervos en el rebaño del Señor, como misioneros trabajando en la cosecha del mundo, debe ser una consolación enorme. Es un consuelo porque sabemos que el éxito de nuestros ministerios no depende de nosotros, sino de él, y que él decidió glorificarse en nuestros ministerios. Esto nos consuela porque sabemos que, al enfrentar obstáculos o persecución u oposición, tal como enfrentaron Pablo y Pedro y Santiago, no tenemos que temer, porque Dios ya decidió glorificarse a través de nuestro ministerio, a través de la misión de su Iglesia. Corremos con perseverancia, en nuestros ministerios y en nuestras vidas espirituales personales, porque sabemos que el Dios soberano se comprometió a glorificarse en nosotros. Descansamos en la doctrina de la soberanía y la supremacía de Dios porque significa que nuestro trabajo, aunque no sea reconocido por el mundo, no será en vano.

Para concluir, volvamos a la primera pregunta del Catecismo de Heidelberg:

Pregunta: ¿Cuál es tu único consuelo tanto en la vida como en la muerte?

Respuesta: [Mi único consuelo es] Que yo, con cuerpo y alma, tanto en la vida como en la muerte, no me pertenezco a mí mismo, sino a mi fiel Salvador Jesucristo, que me libró del poder del diablo, satisfaciendo enteramente con preciosa sangre por todos mis pecados, y me guarda de tal manera que sin la voluntad de mi Padre celestial ni un solo cabello de mi cabeza puede caer, antes es necesario que todas las cosas sirvan para mi salvación. Por eso también me asegura, por su Espíritu Santo, la vida eterna y me hace pronto y aparejado para vivir en adelante según su santa voluntad.

Soli Deo gloria.

Bibliografía

- Alfaro, Sammy. “La Reforma desde una perspectiva pentecostal”. *En Nuestras 95 tesis: a 500 años de la Reforma*, ed. Alberto L. García y Justo L. González, Kindle location 2263-461. Orlando, FL: Asociación para la Educación Teológica Hispana, 2016.
- Bonar, Andrew A. *The Biography of Robert Murray M'Cheyne*. Tredition Classics. Hamburg: Tredition 2005.
- Bott, Sarah, Alessandra Guedes, Mary Goodwin y Jennifer Adams Mendez. *Violence against Women in Latin America and the Caribbean: Summary Report: A Comparative Analysis of Population-Based Data from 22 Countries*. Pan American Health Organization, 2013.
- Calvino, Juan. *Institución de la religión cristiana*. 2 vols, 4a ed. Trad. de Cipriano de Valera, Luis de Usoz y Río En. Barcelona: FELiRé, 1559, 1994.
- Cardoza Orlandi, Carlos F. “La Reforma del siglo dieciséis y la misión cristiana: lecciones para la iglesia de hoy”. En *Nuestra 95 tesis: a 500 años de la reforma*, ed. Alberto L. García y Justo L. González, Kindle locations 3237-497. Orlando, FL: Asociación para la Educación Teológica Hispana, 2016.
- Collinson, Patrick. *The Reformation: A History*. Modern Library Chronicles, vol. 19. New York: Modern Library, 2006.

- Espín, Orlando O. “A 500 años de la tesis de Lutero: una perspectiva católica”. En *Nuestras 95 tesis: a 500 años de la Reforma*, ed. Alberto L. García y Justo L. González, Kindle locations 355-506. Orlando, FL: Asociación para la Educación Teológica Hispana, 2016.
- González, Justo L. “Explicación de nuestras 95 tesis”. En *Nuestras 95 tesis: a 500 años de la Reforma*, ed. Alberto L. García y Justo L. González, Kindle locations 3511-683. Orlando, FL: Asociación para la Educación Teológica Hispana, 2016.
- Hansen, Guillermo. *En las fisuras: esbozos luteranos para nuestro tiempo*. Buenos Aires: Iglesia Evangélica Luterana Unida, 2010.
- Janz, Denis, ed. *A Reformation Reader*. Minneapolis: Fortress, 1999.
- López-Ávila, Diana. “Conoce las cifras de violencia doméstica y empoderamiento de la mujer en América Latina”. Gente saludable. <https://blogs.iadb.org/salud/2016/03/04/empoderamiento-de-la-mujer/>. Fecha de último acceso 25 de julio de 2017.
- Lotz, David W. “*Sola Scriptura*: Luther on Biblical Authority”. *Interpretation* 35, n.o 3 (1981): 258-73.
- Lozano, Nora O. “Los bautistas y la Reforma: reflexiones de una mujer latina”. En *Nuestras 95 tesis: a 500 años de la Reforma*, ed. Alberto L. García y Justo L. González, Kindle location 1381-555. Orlando, FL: Asociación para la Educación Teológica Hispana, 2016.
- Lutero, Martín. “Contra la hordas ladronas”. <http://escriturayverdad.cl/wp-content/uploads/ObrasdeMartinLutero/15211525Contine/1525ContraLasHordasLadronas.pdf>. Fecha de último acceso 25 de junio de 2017.
- Magallanes, Hugo. “La Reforma protestante desde una perspectiva latina y metodista”. En *Nuestras 95 tesis: a 500 años de la Reforma*, ed. Alberto L. García y Justo L. González, Kindle locations 1565-756. Orlando, FL: Asociación para la Educación Teológica Hispana, 2016.

- Malcolm, Lois. “Martin Luther and the Holy Spirit”. En *Oxford Research Encyclopedia of Religion*. Oxford: Oxford University Press, 2017.
- Marshall, Mandy. “Dia 15: resultados del estudio de base en latinoamérica”. Restored. <http://www.restoredrelationships.org/news/2014/12/09/dia-15-resultados-del-estudio-de-base-en-latinoamerica/>. Fecha de último acceso 25 de julio de 2017.
- Martínez Guerra, Juan Francisco. “Una Reforma incompleta: las 95 tesis de Lutero desde una perspectiva anabaptista”. En *Nuestras 95 tesis: a 500 años de la Reforma*, ed. Alberto L. García y Justo L. González, Kindle locations 1212-380. Orlando, FL: Asociación para la Educación Teológica Hispana, 2016.
- Mouw, Richard J. *Calvinism in the Las Vegas Airport: Making Connections in Today's World*. Grand Rapids: Zondervan, 2004.
- Nouwen, Henri J. M. *El sanador herido*. Colección saucé. Trad. de Emilio Ortega. Madrid: PPC, 2001.
- “Nuestras 95 tesis”. En *Nuestras 95 tesis: a 500 años de la Reforma*, ed. Alberto L. García y Justo L. González, Kindle locations 3691-893. Orlando, FL: Asociación para la Educación Teológica Hispana, 2016.
- Palomino López, Salatiel. “La Reforma desde una perspectiva reformada y latina”. En *Nuestras 95 tesis: a 500 años de la Reforma*, ed. Alberto L. García y Justo L. González, Kindle locations 757-975. Orlando, FL: Asociación para la Educación Teológica Hispana, 2016.
- Piper, John. *Desiring God: Meditations of a Christian Hedonist*. 10th Anniversary ed. Sisters, OR: Multnomah, 1996.
- . *God's Passion for His Glory: Living the Vision of Jonathan Edwards: With the Complete Text of The End for Which God Created the World*. Wheaton, IL: Crossway, 1998.
- . *The Pleasures of God: Meditations of God's Delight in Being God*. Revised ed. Sisters, OR: Multnomah, 2000.

Bibliografía

- Recinos, Harold J. “La Reforma desde una perspectiva de justicia social: una lectura desde los crucificados”. En *Nuestras 95 tesis: a 500 años de la Reforma*, ed. Alberto L. García y Justo L. González, Kindle locations 2787-3062. Orlando, FL: Asociación para la Educación Teológica Hispana, 2016.
- Restan Padilla, Ubaldo y Miguel Bedoya Cardenas. *70 años de historia y misión AIEC*. AIEC, 2015.
- Romero, Oscar. “Homilía del 23 de marzo de 1980”. <http://www.sicsal.net/romero/homilias/C/800323.htm>. Fecha de último acceso 25 de julio de 2017.
- Silcock, Jeffrey G. “Luther on the Holy Spirit and His Use of God’s Word”. En *The Oxford Handbook on Martin Luther’s Theology*, ed. Robert Kolb, Irene Dingel y L’ubomír Batka, 294-309. Oxford: Oxford University Press, 2014.
- Smith, James K.A. *Letters to a Young Calvinist: An Invitation to the Reformed Tradition*. Grand Rapids: Brazos, 2010.
- Wawrykow, Joseph. “John Calvin and Condign Merit”. *Archiv für Reformationsgeschichte* 83 (1992): 73-90.
- Witt, Lance. *Replenish: Leading from a Healthy Soul*. Grand Rapids: Baker, 2011.
- Zahl, Simeon. *Pneumatology and the Theology of the Cross in the Preaching of Christoph Friedrich Blumhardt: The Holy Spirit Between Wittenberg and Azusa Street*. T&T Clark Studies in Systematic Theology. London: T&T Clark, 2010.

Notas

Capítulo 1

1. Patrick Collinson, *The Reformation: A History*, Modern Library Chronicles, vol. 19 (New York: Modern Library, 2006), Kindle locations 634-44.
2. Collinson, *The Reformation*, Kindle location 655.
3. Además, él temía que la gente tenía una perspectiva distorsionada sobre la autoridad de su líder eclesial, el Papa.
4. Orlando O. Espín, “A 500 años de la tesis de Lutero: una perspectiva católica”, en *Nuestras 95 tesis: a 500 años de la Reforma*, ed. Alberto L. García y Justo L. González (Orlando, FL: Asociación para la Educación Teológica Hispana, 2016), Kindle locations 424-32. Luego el autor continúa:

“Vender indulgencias” hoy es pensar que orar por los más pobres y por la salvación de sus almas es suficiente para un discípulo de Cristo. “Vender indulgencias” hoy, como en 1517, es hacer que se crea que el cumplimiento con “lo religioso” (alabar, orar, estudiar, etc.) puede tomar el lugar central y exigente que en el evangelio tiene solamente el amor servicial... hacia los indigentes de nuestras sociedades. (Espín, “A 500 años de la tesis de Lutero”, Kindle locations 482-85).
5. Collinson, *The Reformation*, Kindle locations 676-84. Todas las traducciones de citas secundarias en inglés fueron realizadas por el autor.
6. Collinson, *The Reformation*, Kindle locations 116-27.
7. Collinson, *The Reformation*, Kindle locations 775-79.

8. A veces la gente no entiende bien cuál es la diferencia entre el texto bíblico en sí y una interpretación del texto, así que brindo a continuación unos ejemplos: 1) ¿Qué significa “la justicia de Dios” en Romanos? ¿Su justicia en castigar los pecadores, o las justicias que él imputa a los que tienen fe? 2) Cuando 1 Cor. 14 dice “Las mujeres guarden silencio en las iglesias, porque no les es permitido hablar”, ¿quiere decir que las mujeres nunca deben decir nada en la iglesia, o que no deben predicar, o tal vez solamente se aplicaba en la audiencia de la carta de Corintios, y no a nosotros? 3) Daniel tuvo una visión de cuatro bestias horribles subiendo del mar. ¿De veras existían tales bestias, o eran símbolos de reinos históricos? ¿Cuáles?
9. Lois Malcolm, “Martin Luther and the Holy Spirit”, en *Oxford Research Encyclopedia of Religion* (Oxford: Oxford University Press, 2017), 2.
10. Justo L. González, “Explicación de nuestras 95 tesis”, en *Nuestras 95 tesis: a 500 años de la Reforma*, ed. Alberto L. García y Justo L. González (Orlando, FL: Asociación para la Educación Teológica Hispana, 2016), Kindle locations 3627-29.
11. “Nuestras 95 tesis”, en *Nuestras 95 tesis: a 500 años de la Reforma*, ed. Alberto L. García y Justo L. González (Orlando, FL: Asociación para la Educación Teológica Hispana, 2016), Kindle locations 3772-75.
12. “Nuestras 95 tesis”, Kindle locations 3857-58.
13. Es fascinante que el texto de Lucas 17:6 (“si tenéis fe como un grano de mostaza” se puede mover un sicómoro) se ha convertido en un texto que anima a la gente a cultivar más fe para que ejerzan más poder, aunque el énfasis del texto es en el *grado mínimo* de fe que uno necesita. En el contexto del Evangelio, los discípulos piden que Jesús aumente su fe, pero él les indica que aun con una pequeña cantidad de fe, Dios puede hacer mucho. La idea del texto no es que la fe nos brinde poder sobrenatural, sino que Dios puede hacer cualquier cosa que desee, aun con

- siervos débiles. Pero cuando indicamos que hay que esforzarnos para tener una fe más intensa, estamos enfocándonos en nuestro poder, en vez del poder de Dios.
14. Calvin, *Institutes* 2.5.14-15; 3.11.12; 3.15.3; Joseph Wawrykow, “John Calvin and Condign Merit”, *Archiv für Reformationsgeschichte* 83 (1992): 78-79. Todas las citas de Calvino son de Juan Calvino, *Institución de la religión cristiana*, 4a ed., 2 vols., trad. Cipriano de Valera, Luis de Usoz y Río En (Barcelona: FELiRé, 1559, 1994).
 15. Calvin, *Institutes* 3.14.21; 3.16.1; 3.18.1.
 16. “Creemos y afirmamos que a quienes Dios ha aceptado en su amado, y que han sido llamados eficazmente y santificados por su Espíritu, no pueden caer ni total ni definitivamente del estado de gracia, sino que ciertamente han de perseverar en él hasta el fin, y serán salvados eternamente” (Declaración de fe de la AIEC, §47).
 17. Justo antes del siguiente texto, Calvino escribió:

En cuanto a lo que dice la Escritura, que las buenas obras de los fieles son la causa de que el Señor les haga beneficios, esto se debe entender de tal manera que no se perjudique en nada cuanto hemos dicho; a saber, que el origen y el efecto de nuestra salvación consiste en el amor del Padre celestial; la materia o sustancia, en la obediencia a Cristo, su Hijo; el instrumento, en la iluminación del Espíritu Santo, o sea, la fe; y al fin, que sea glorificada la gran bondad de Dios. Esto no impide que el Señor reciba y acepte las obras como causas inferiores. (Calvino, *Institución* 3.14.21)
 18. Citado en Richard J. Mouw, *Calvinism in the Las Vegas Airport: Making Connections in Today's World* (Grand Rapids: Zondervan, 2004), Kindle locations 260-61.
 19. Malcolm, “Martin Luther and the Holy Spirit”, 8.

20. Guillermo Hansen, *En las fisuras: esbozos luteranos para nuestro tiempo* (Buenos Aires: Iglesia Evangélica Luterana Unida, 2010), 232
21. Lance Witt, *Replenish: Leading from a Healthy Soul* (Grand Rapids: Baker, 2011), Kindle location 431.
22. Witt, *Replenish*, Kindle location 580.
23. Henri J. M. Nouwen, *El sanador herido*, Colección saucé, trad. Emilio Ortega (Madrid: PPC, 2001), 90.
24. Nouwen, *El sanador herido*, 99-100.
25. Nouwen, *El sanador herido*, 107.
26. Denis Janz, ed. *A Reformation Reader* (Minneapolis: Fortress, 1999), 79.

Capítulo 2

1. Cf. David W. Lotz, “Sola Scriptura: Luther on Biblical Authority”, *Interpretation* 35, n.o 3 (1981): 266-67.
2. Collinson, *The Reformation*, Kindle locations 419-22.
3. Collinson, *The Reformation*, Kindle locations 219-27, elabora:

La paradoja es que la crítica de Lutero radicaba profundamente en la misma tradición que él denunciaba... La conciencia de Lutero, cada conciencia, fue enamorada de la Biblia como la palabra de Dios, el único verdadero fundamento de la fe de la Iglesia. Es el comienzo de sabiduría comprender que la Reforma no fue, en sus propios ojos, una novedad. Las novedades eran las distorsiones graves de la verdad que se habían aceptado como verdad en los siglos más recientes, las cuales conocemos como el catolicismo medieval. Sin embargo, Lutero mismo era una especie de católico tardomedieval. Y aún decir cosas duras sobre el Pontificio supremo fue parte del legado tardomedieval.
4. Collinson, *The Reformation*, Kindle locations 485-86.
5. Espín, “A 500 años de la tesis de Lutero”, Kindle locations 389-95, explica:

La herencia agustina que formó a Martín Lutero es indispensable para comprenderlo a él y a su pensamiento. Esa herencia insistía, entre otras cosas luego reflejadas en los escritos del reformador, en que las Escrituras eran el centro de la vida espiritual y de la reflexión teológica; no para beneficio, satisfacción o consolación personal, sino para bien de toda la comunidad eclesial... sin su herencia agustina no hubiera tenido muchas de las herramientas con las que luego pudo crear y reflexionar. Lutero no inventó la rueda, sino que hizo que sus contemporáneos reconocieran que era redonda.

6. Collinson, *The Reformation*, Kindle locations 775-79.
7. González, “Explicación de nuestras 95 tesis”, Kindle locations 6535
8. Carlos F. Cardoza Orlandi, “La Reforma del siglo dieciséis y la misión cristiana: lecciones para la iglesia de hoy”, en *Nuestra 95 tesis: a 500 años de la Reforma*, ed. Alberto L. García y Justo L. González (Orlando, FL: Asociación para la Educación Teológica Hispana, 2016), Kindle locations 3318-22; cf. James K.A. Smith, *Letters to a Young Calvinist: An Invitation to the Reformed Tradition* (Grand Rapids: Brazos, 2010), 40-41, 46-47.
9. Nora O. Lozano, “Los bautistas y la Reforma: reflexiones de una mujer latina”, en *Nuestras 95 tesis: a 500 años de la Reforma*, ed. Alberto L. García y Justo L. González (Orlando, FL: Asociación para la Educación Teológica Hispana, 2016), Kindle locations 1471-75.
10. Nueva tesis 72:

“Aunque nunca ha de sobreponerse a las Escrituras, la tradición de la iglesia, sobre todo la más antigua y cercana al tiempo de los apóstoles, merece respeto y puede servirnos de guía y de inspiración. Esto incluye a los personajes destacados que frecuentemente se llaman “santos”, así como a la innumerable multitud de fieles a través

- de la historia cuyos nombres desconocemos, pero cuyo testimonio hemos heredado.”
- “Nuestras 95 tesis”, Kindle location 3848.
11. Salatiel Palomino López, “La Reforma desde una perspectiva reformada y latina”, en *Nuestras 95 tesis: a 500 años de la Reforma*, ed. Alberto L. García y Justo L. González (Orlando, FL: Asociación para la Educación Teológica Hispana, 2016), Kindle locations 902-04.
 12. Collinson, *The Reformation*, Kindle locations 775-79.
 13. Cited in Mouw, *Calvinism*, Kindle locations 1009-11.
 14. Smith, *Letters*, 99.
 15. Ubaldo Restan Padilla y Miguel Bedoya Cardenas, *70 años de historia y misión AIEC* (AIEC, 2015), 34, 42-44, 55, 84, 96-99, 100-01, 85.
 16. Restan Padilla y Bedoya Cardenas, *70 años de historia y misión AIEC*, 115-16.
 17. Jeffrey G. Silcock, “Luther on the Holy Spirit and His Use of God’s Word”, en *The Oxford Handbook on Martin Luther’s Theology*, ed. Robert Kolb, Irene Dingel y Lubomír Batka (Oxford: Oxford University Press, 2014), 297-98; cf. Malcolm, “Martin Luther and the Holy Spirit”, 6.
 18. Simeon Zahl, *Pneumatology and the Theology of the Cross in the Preaching of Christoph Friedrich Blumhardt: The Holy Spirit Between Wittenberg and Azusa Street*, T&T Clark Studies in Systematic Theology (London: T&T Clark, 2010), 178-79
 19. Cf. Silcock, “Luther on the Holy Spirit”, 297.
 20. Zahl, *Pneumatology*, 117.
 21. Silcock, “Luther on the Holy Spirit”, 306.
 22. Zahl, *Pneumatology*, 169.
 23. Zahl, *Pneumatology*, 170, traducción mía. Zahl argumenta que un antídoto a este problema sería enfatizar el rol del Espíritu en buscar y condenar el pecado en el cristiano como la primera evidencia de la pre-

- sencia del Espíritu en un cristiano. En vez de resaltar los poderes del cristiano como supuestas evidencias del favor del Espíritu en ellos, uno evalúa primero el rol del Espíritu en criticar y poner fin al pecado en el cristiano.
24. Sammy Alfaro, “La Reforma desde una perspectiva pentecostal”, en *Nuestras 95 tesis: a 500 años de la Reforma*, ed. Alberto L. García y Justo L. González (Orlando, FL: Asociación para la Educación Teológica Hispana, 2016), Kindle locations 2305-09.
 25. Restan Padilla y Bedoya Cardenas, *70 años de historia y misión AIEC*, 58-70.
 26. Restan Padilla y Bedoya Cardenas, *70 años de historia y misión AIEC*, 70.
 27. Restan Padilla y Bedoya Cardenas, *70 años de historia y misión AIEC*, 71
 28. Restan Padilla y Bedoya Cardenas, *70 años de historia y misión AIEC*, 72
 29. Restan Padilla y Bedoya Cardenas, *70 años de historia y misión AIEC*, 185.
 30. La expresión se remonta al comienzo del siglo 17 y fue especialmente usado por Rupertus Meldenius, un teólogo luterano. Hoy en día, es el lema de la Iglesia Presbiteriana Evangélica de los Estados Unidos.

Capítulo 3

1. Espín, “A 500 años de la tesis de Lutero”, Kindle locations 378-80.
2. Lutero no buscaba crear una nueva Iglesia y a lo largo de su vida siempre creyó que no había dejado la Iglesia, aunque el liderazgo en Roma le había excomulgado. Espín, “A 500 años de la tesis de Lutero”, Kindle locations 409-10.
3. Espín, “A 500 años de la tesis de Lutero”, Kindle locations 378-80.

4. Espín, “A 500 años de la tesis de Lutero”, Kindle locations 402-05.
5. Además, cabe resaltar que sucedió, en las décadas que siguieron, una reforma católica, un movimiento dentro de la Iglesia Católica que sanó varias de las enfermedades y distorsiones en contra de los cuales los reformadores protestaron.

Por ejemplo, la literatura teológica y mística de santa Teresa de Ávila y san Juan de la Cruz, junto con la fundación de las órdenes de las Carmelitas Descalzas y los Carmelitas Descalzos respectivamente, crearon las condiciones para renovar la espiritualidad cristiana en conventos y órdenes monásticas y en la espiritualidad cotidiana de los creyentes... La orden de los jesuitas—la Sociedad de Jesús, fundada por san Ignacio de Loyola— representa un ejemplo importante de trabajo misionero para la iglesia universal. Mientras que las reformas protestantes están en todo su fulgor en Europa, los jesuitas extienden su ministerio a la región de Asia. El trabajo misionero de Francisco Javier y Roberto de Nobili, en Goa y en distintas regiones del sur de la India, y el de Mateo Ricci en la China, son modelos interculturales e interreligiosos de misión cristiana... Primero, todos ellos aprenden el lenguaje y la cultura del contexto (y en algunos casos de los contextos) donde ejercen su ministerio misionero. Como fuera en los casos de Nobili y Ricci, sus prácticas misionales interculturales encarnan la declaración paulina: “Me he hecho débil a los débiles...”

Cardoza Orlandi, “La Reforma del siglo dieciséis y la misión cristiana: lecciones para la iglesia de hoy”, Kindle locations 3385-96.

6. Palomino López, “Una perspectiva reformada”, Kindle locations 893-95.
7. Smith, *Letters*, 29.
8. Collinson, *The Reformation*, Kindle locations 731-36.
9. Citado en Harold J. Recinos, “La Reforma desde una perspectiva de justicia social: una lectura desde los crucificados”, en *Nuestras 95 tesis: a 500 años de la Reforma*, ed. Alberto L. García y Justo L. González (Orlando, FL: Asociación para la Educación Teológica Hispana, 2016), Kindle locations 2905-07.
10. Collinson, *The Reformation*, Kindle locations 785-89.
11. Cardoza Orlandi, “La Reforma del siglo dieciséis y la misión cristiana: lecciones para la iglesia de hoy”, Kindle locations 3357-49.
12. Cardoza Orlandi, “La Reforma del siglo dieciséis y la misión cristiana: lecciones para la iglesia de hoy”, Kindle locations 3359-60.
13. Collinson, *The Reformation*, Kindle locations 1871-74.
14. En reacción a esto, el rey Enrique VIII de Inglaterra—quien famosamente fomentó la Reforma en Inglaterra porque independencia del Papa le permitió casarse seis veces—dijo “este es un libro que yo y todos los reyes deben leer.” Collinson, *The Reformation*, Kindle locations 1732-35.
15. Collinson, *The Reformation*, Kindle locations 949-51.
16. Collinson, *The Reformation*, Kindle locations 966-67.
17. Collinson, *The Reformation*, Kindle locations 993-1004.
18. Collinson, *The Reformation*, Kindle locations 1690-92.
19. 1 de Pedro 2:13-14 expresa una perspectiva similar, “Sométanse por causa del Señor a toda autoridad humana, ya sea al rey como suprema autoridad, o a los gobernadores que él envía para castigar a los que hacen el mal y reconocer a los que hacen el bien” (cf. Isa. 45:1).
20. Oscar Romero, “Homilia del 23 de marzo de 1980,” <http://www.sicsal.net/romero/homilias/C/800323.htm>, fecha de último acceso 25 de julio de 2017.
21. Cardoza Orlandi, “La Reforma del siglo dieciséis y la misión cristiana: lecciones para la iglesia de hoy”, Kindle locations 3362-68.

22. “Nuestras 95 tesis”, Kindle location 3712-17.
23. Martín Lutero, “The Freedom of a Christian”, en Harold J. Grimm (ed.), *Luther’s Works, vol. 31: Career of the Reformer I* (Minneapolis: Fortress, 1957), 336.
24. Citado en Collinson, *The Reformation*, Kindle locations 783-85.
25. ¡Él también se casó con una chica de 15 años!
26. Collinson, *The Reformation*, Kindle locations 918-22.
27. Collinson, *The Reformation*, Kindle locations 927-31. La declaración de fe de la denominación AIEC, § 77, dice:
 Creemos y afirmamos que los que reciben dignamente este sacramento, participando exteriormente de los elementos visibles... También participan interiormente, por la fe, de una manera real y verdadera aunque no carnal ni corporal, sino alimentándose espiritualmente de Cristo crucificado y recibiendo todos los beneficios de su muerte. El cuerpo y la sangre de Cristo no están entonces ni carnal y corporalmente dentro, con o bajo el pan y el vino; sin embargo, es tan real pero espiritualmente presentes en aquella ordenanza para la fe de los creyentes, tanto como los elementos mismos lo están para sus sentidos corporales.
28. Juan Francisco Martínez Guerra, “Una Reforma incompleta: las 95 tesis de Lutero desde una perspectiva anabaptista”, en *Nuestras 95 tesis: a 500 años de la Reforma*, ed. Alberto L. García y Justo L. González (Orlando, FL: Asociación para la Educación Teológica Hispana, 2016), Kindle locations 1242-45.
29. Palomino López, “Una perspectiva reformada”, Kindle locations 942-47.
30. Martínez Guerra, “Una Reforma incompleta”, Kindle locations 1270-71.

31. Martínez Guerra, “Una Reforma incompleta”, Kindle locations 1313-14.
32. Con respecto a los calvinistas en particular, véase Smith, *Letters*, 10-11.
33. Restan Padilla y Bedoya Cardenas, *70 años de historia y misión AIEC*, 35,
34. Hugo Magallanes, “La Reforma protestante desde una perspectiva latina y metodista”, en *Nuestras 95 tesis: a 500 años de la Reforma*, ed. Alberto L. García y Justo L. González (Orlando, FL: Asociación para la Educación Teológica Hispana, 2016), Kindle location 1684-94.
35. “Nuestras 95 tesis”, Kindle location 3759-68.
36. Collinson, *The Reformation*, Kindle locations 156-59.
37. Palomino López, “Una perspectiva reformada”, Kindle locations 942-47.
38. Eruditos de Calvino buscan defenderlo, mostrando que Calvino había pedido que Serveto sea decapitado, en vez de quemado. Collinson, *The Reformation*, Kindle location 1115-20.
39. Collinson, *The Reformation*, Kindle locations 1115-20.
40. Collinson, *The Reformation*, Kindle locations 2035-37.
41. Martín Lutero, “Contra la hordas ladronas,” <http://escriturayverdad.cl/wp-content/uploads/ObrasdeMartinLutero/15211525Contine/1525ContralasHordasLadronas.pdf>, fecha de último acceso 25 de junio de 2017.
42. Citada en Collinson, *The Reformation*, Kindle locations 2058-63.
43. Collinson, *The Reformation*, Kindle locations 850-61.
44. 39,7% han sido físicamente abusadas por el esposo o novio en la vida, 22% durante los últimos 12 meses; Sarah Bott, Alessandra Guedes, Mary Goodwin y Jennifer Adams Mendez, *Violence against Women in Latin America and the Caribbean: Summary Report: A Comparative*

Analysis of Population-Based Data from 22 Countries (Pan American Health Organization, 2013), 6.

45. Diana López-Ávila, “Conoce las cifras de violencia doméstica y empoderamiento de la mujer en América Latina,” *Gente saludable*, <https://blogs.iadb.org/salud/2016/03/04/empoderamiento-de-la-mujer/>, fecha de último acceso 25 de julio de 2017.
46. Para los resultados de estudios rigurosos y detallados de la violencia en contra de la mujer en las iglesias evangélicas de América Latina, véanse el trabajo excelente de la ONG *Restaura*, especialmente Mandy Marshall, “Día 15: resultados del estudio de base en latinoamérica,” Restored, <http://www.restoredrelationships.org/news/2014/12/09/dia-15-resultados-del-estudio-de-base-en-latinoamerica/>, fecha de último acceso 25 de julio de 2017. *Restaura* también ofrece un paquete gratis de recursos para iglesias que buscan enfrentar la violencia doméstica: <http://www.restoredrelationships.org/resources/info/115/>, fecha de último acceso, 25 de julio de 2017.

Capítulo 4

1. Collinson, *The Reformation*, Kindle locations 116-27.
2. Mouw, *Calvinism*, Kindle locations 241-42; Smith, *Letters*, 101-02.
3. Smith, *Letters*, 14-15.
4. John Piper, *Desiring God: Meditations of a Christian Hedonist*, 10th Anniversary ed. (Sisters, OR: Multnomah, 1996), 238.
5. Piper, *Desiring God*, 238.
6. Jonathan Edwards escribió:

Es fácil concebir de cómo Dios buscaría el bien de la criatura... aun su felicidad, con base en Su consideración suprema de Sí Mismo, dado que Su alegría surge del ejercicio, por parte de la criatura, de

una consideración suprema a Dios,... en contemplar la gloria de Dios, en estimar y amarla, y en regocijarse en ella.

- Citado en John Piper, *God's Passion for His Glory: Living the Vision of Jonathan Edwards: With the Complete Text of The End for Which God Created the World* (Wheaton, IL: Crossway, 1998), 33. Otros textos que recalcan el compromiso de Dios con el gozo de los santos son 2 Cron. 16:9; Sal. 23:6; Lc. 12:32; Piper, *God's Passion for His Glory*, 34.
7. Smith, *Letters*, 123.
 8. Smith, *Letters*, Kindle location 1184.
 9. Cf. Piper, *God's Passion for His Glory*, 40.
 10. “La parte que cayó entre espinos son los que oyen, pero, con el correr del tiempo, los ahogan las preocupaciones, las riquezas y los placeres de esta vida, y no maduran” (Lc 8:14).
 11. Janz, *A Reformation Reader*, 78.
 12. Lozano, “Los bautistas y la Reforma”, Kindle locations 1515-18.
 13. “Content to fill a little space, if Thou be Glorified,” del himno “Father, I know that all my life”.
 14. Andrew A. Bonar, *The Biography of Robert Murray M'Cheyne*, Tredition Classics (Hamburg: Tredition 2005), <https://www.gutenberg.org/files/15251/15251.txt>.
 15. Mouw, *Calvinism*, Kindle locations 1324-29.
 16. El resto de este capítulo, incluso la selección de Escrituras, fue inspirado por el capítulo “The Pleasure of God in His Fame”, del libro de John Piper, *The Pleasures of God: Meditations of God's Delight in Being God*, revised ed. (Sisters, OR: Multnomah, 2000), 97-119.
 17. Piper, *Pleasures of God*, 107-09.
 18. Piper, *God's Passion for His Glory*, 43.
 19. Piper, *Desiring God*, 238.
 20. Piper, *Pleasures of God*, 98-107.

"En una época cuando las líneas que separaban una denominación de la otra se han borrado, cuando la herencia de la Reforma es, en el mejor de los casos, un recuerdo lejano, y cuando en las iglesias cristianas se observan claras señales de religiosidad popular, viene bien un libro como este. Si la iglesia cristiana está llamada a ser al mismo tiempo bíblica, histórica y autóctona, este libro podría ser de mucha utilidad para reflexionar en qué medida somos esas tres cosas. Por la claridad, seriedad y pertinencia con la que el Dr. Hays ha escrito este libro, considero indispensable su lectura para la iglesia cristiana en Colombia. No se me ocurre otra forma mejor para celebrar los 500 años de la Reforma."

Dr. Milton Acosta Benítez,

Profesor de Antiguo Testamento de la Fundación Universitaria Seminario Bíblico de Colombia.

"Una exposición de los principios fundamentales de la Reforma del siglo xvi, con referencia al momento histórico en el cual se dio y a su significado para la iglesia de hoy. Aunque las implicaciones contemporáneas se enfocan primordialmente foco en el trabajo pastoral en la Asociación de Iglesias Evangélicas del Caribe, en Colombia, su relevancia sobrepasa las fronteras denominacionales y nacionales."

Elizabeth Sendek,

Rectora de la Fundación Universitaria Seminario Bíblico de Colombia

Sola Scriptura
Sola Gratia
Sola Fide
Solus Christus
Soli Deo Gloria

